HARLEQUIN

Bianca



Dani Collins

Baile de disfraces



Dani Collins

Baile de disfraces



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Baile de disfraces, n.º 2398 - julio 2015
Título original: The Ultimate Seduction
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6770-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Tiffany Davis fingió ignorar la dura mirada que su padre y su hermano le lanzaron cuando entró en el despacho. No era fácil dejar que sus seres queridos la juzgaran por no haber ocultado lo bastante bien sus cicatrices. Le daban ganas de tirar a la basura el maquillaje líquido. «Este es el aspecto que tengo ahora. Tendréis que aceptarlo», quiso gritarles.

Pero su hermano le había salvado la vida al sacarla del coche en llamas. Ya se sentía bastante culpable por el accidente. Y todavía lloraba la muerte del novio de ella, su mejor amigo, y todo lo demás que Tiffany había perdido. No debía echar más sal en la herida, se dijo ella.

«Buena chica. Sigue mordiéndote la lengua para no decir lo que quieres. Así fue como te metiste en esto», se reprendió a sí misma con ironía.

Suspirando, Tiffany pensó que, quizá, era hora de hacer otra visita al psicólogo, ya que su mente no dejaba de llevarla una y otra vez a esa clase de monólogos interiores. Ambos hombres se pusieron tensos al escuchar su áspera exhalación.

Estar furiosa a todas horas era algo nuevo para Tiffany. Incluso para ella era difícil de aceptar, así que no podía culpar a su familia por reaccionar así. Sin embargo, su comprensión no calmaba su irritación.

—¿Sí? —preguntó Tiffany, echando mano de la poca paciencia que tenía esos días.

—Dínoslo tú. ¿Qué es esto? —inquirió Christian a su vez, al mismo tiempo que señalaba con la cabeza hacia una caja abierta que había sobre el escritorio de su padre. La tapa estaba marcada con el logotipo de una mensajería internacional y su contenido parecía el intento de un taxidermista de unir un cuervo con un pavo real.

—¿La boa de plumas que pedisteis por Navidad? —bromeó ella con ironía.

Sin embargo, ninguno de los dos hombres sonrió.

—Hablo en serio, Tiff —repuso Christian—. ¿Por qué esta máscara lleva tu nombre? ¿Has pedido ir tú en mi lugar?

A pesar de que no entendía a qué se referían, la angustia se apoderó de ella al ver aquel tocado. Después de haber llevado la cara vendada durante un año, se había jurado no volver a ponerse nunca más una máscara en la cara.

—No sé de qué me hablas.

Su tono helado hizo que ambos hombres apretaran los labios. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? La tensión que había entre su familia y ella podía palparse cada minuto del día. Si los atacaba, ellos se ponían a la defensiva. Si les mostraba su vulnerabilidad, se volvían tan sobreprotectores que la asfixiaban.

Habían estado a punto de perderla. Tiffany sabía que la querían y que se preocupaban por ella. No se relajarían hasta que su vida volviera a la normalidad. Lo malo era que su vida nunca volvería a ser normal. Lo que no le daba salida posible.

—¿Dónde creéis que quiero ir? —preguntó ella, tratando de sonar tranquila.

—Q Virtus —contestó su padre.

Ella se encogió de hombros y meneó la cabeza, sin comprender. No tenía tiempo para tonterías. Su trabajo era una de las pocas cosas que le quedaban después del accidente. Tenía que dirigir una compañía multimillonaria y quería hacerlo bien.

—Ryzard Vrbancic —explicó Christian—. Hemos pedido una entrevista con él.

Tiffany comprendió. Q Virtus era el club para hombres del que solía hablar Paulie.

—¿Queréis conocer al tirano en uno de esos clubs secretos? ¿Por qué? Ese hombre es un déspota.

—Bregnovia ha pedido ser reconocida por las Naciones Unidas. Ahora es un pueblo democrático.

Ella dio un respingo.

—¿El mundo entero pretende ignorar que ese tipo le robó todo el dinero al anterior dictador y que se ha comprado su puesto en la presidencia? Por mí, bien.

—Se están recuperando de una guerra civil. Necesitan el tipo de infraestructura que Davis y Holbrook pueden proporcionarles.

—Seguro que sí. ¿Por qué queréis quedar con él a escondidas? Llamadle y ofrecedle nuestros servicios —propuso ella.

—No es tan fácil. Nuestro país todavía no ha reconocido su gobierno, así que no podemos hablar con él abiertamente. Pero queremos ser los primeros en su lista cuando ese reconocimiento

llegue.

Tiffany alzó los ojos al cielo. No le gustaban los tejemanejes políticos.

—Por eso habéis preparado un encuentro clandestino…

—No se ha confirmado todavía. Eso sucederá cuando estés tú allí.

—¿Yo?

Christian apretó los labios. Sacó el pomposo plumaje de la caja. En realidad, era bastante hermoso. Una obra de arte. La mezcla de plumas de color azul, turquesa y oro cubría la parte de la frente y se extendía, de forma muy oportuna, sobre el lado izquierdo haciendo un bello dibujo. Dos cintas servían para atar ambos lados con un lazo.

Aquella máscara era como una representación de su cicatriz, pensó Tiffany, estremeciéndose. Con el corazón acelerado, negó con la cabeza. No iba a ir a ninguna parte, y menos en público, con aquel estúpido disfraz.

—¿Sabes cómo funciona Q Virtus? —le preguntó su hermano—. Esta máscara es tu ticket para entrar.

—De eso nada.

—Sí, Tiff, sí lo es —afirmó Christian y le dio la vuelta a la máscara. En el reverso, podía verse inscrito su nombre, junto a las palabras Isla Margarita, Venezuela—. ¿Lo ves? Solo tú puedes asistir.

Su padre asintió. Estaba claro que los dos hombres habían estado hablando largo rato del tema y habían tomado una decisión. Al parecer, no habían encontrado una solución mejor, lo que los llenaba de frustración.

Tiffany sabía que su padre estaba sufriendo mucha presión. Debía facilitarle las cosas y hacer lo que le pedía, se dijo.

No. Había empezado a vivir su propia vida, se recordó a sí misma. Estaba harta de servir a los propósitos de los demás. Aun así, la habían educado para mantener conversaciones civilizadas, no para mostrarse desafiante ni insolente.

—A mí me parece que, cuando me quite la máscara en la entrada para mostrar el nombre que lleva inscrito, pierde todo su sentido.

—Tiene un microchip con información sobre la persona a la que pertenece. Además, están hechas a medida.

—Es obvio que saben mucho sobre mí. Eso no me gusta nada. ¿No os parece raro que supieran exactamente cómo cubrir mis cicatrices?

—Q Virtus es una organización discreta y segura —afirmó su padre—. Sepan lo que sepan sobre nosotros, no me cabe duda de que la información estará a buen recaudo en sus manos.

Un comentario sorprendentemente ingenuo para provenir de un hombre que llevaba toda la vida en los negocios y la política, caviló ella.

—Papá, si tanto te gusta Q Virtus y quieres hacerte socio…

—No puedo —reconoció él, mientras se ajustaba la corbata, un tic que delataba los momentos en que su ego se sentía herido.

—¿Eres demasiado viejo? ¿Y Christian?

—No.

A pesar de que se consideraba una chica lista, Tiffany tuvo la sensación de que se le escapaba algo.

—Bueno, Paulie era miembro. ¿Qué requisitos piden?

—Dinero. Mucho dinero. Mi amigo Paul era miembro y, cuando su hijo Paulie lo sucedió, heredó los medios para pagar la cuota de socio —explicó su padre.

—Cuando estabas todavía en el hospital, solicité la entrada al club en tu nombre, esperando que podría asistir yo en representación tuya —señaló Christian—. Hasta hoy, no había tenido noticias de ellos —añadió, y miró a su padre—. Es un poco raro que sepan que Tiff se ha recuperado y ha retomado las riendas de Davis y Holbrook.

—Todo el mundo habla de ello. No es ningún secreto —replicó su padre, quitándole importancia.

Tiffany contuvo un suspiro. No podía avergonzarse de estar al frente de una compañía multimillonaria. Necesitaba algo que le diera sentido a su vida. Casarse y tener una familia no era una posibilidad para ella, no con esa cara.

Aun así, no era propio de una dama trabajar. O eso era lo que le repetía su madre a cada momento.

—No entiendo por qué la han aceptado. Es un club masculino —murmuró su padre.

Ella miró la máscara, recordando las historias que Paulie solía contarle cuando volvía a casa después de uno de esos encuentros Q Virtus.

—¿Son unas orgías de sexo y alcohol? —preguntó Tiffany.

—Son encuentros para hacer contactos —se apresuró a corregirla su padre.

Christian esbozó una sonrisa de medio lado.

—Es una oportunidad para que la élite mundial se suelte la melena. Muchos tratos se cierran con un Martini y un apretón de

manos. Es como un club de golf, pero a gran escala.

Tiffany sabía que era cierto. En esa clase de reuniones, las esposas e hijas posaban con sus joyas y sus tacones, planeando el siguiente picnic, mientras sus padres y sus maridos decidían cómo iban a intercambiar el dinero unos con otros. Su compromiso con Paulie había sido negociado entre los hoyos siete y nueve del campo de golf, su boda había sido diseñada por sus madres en una de las terrazas del club de campo, su tarta elegida por un famoso chef. Pero todo había estallado en llamas.

—Es todo muy interesante —mintió ella—. Pero ahora mismo estoy ocupada. Tendréis que solucionarlo solos.

—Tiffany.

Era la clase de tono que hacía que cualquier hija obedeciera.

—¿Sí?

—Nuestros amigos del Congreso confían en tener buenas relaciones con Bregnovia. Necesito a esos amigos.

Sin duda, era porque su nombre estaba en el candelero para las próximas elecciones, adivinó ella. ¿Por qué siempre era eso lo único que importaba?

—No sé lo que esperas de mí. ¿Quieres que venda nuestros servicios con una máscara puesta? ¿Quién iba a tomarme en serio? Aunque tampoco puedo tener una reunión sin máscara. A nadie le gusta vérselas con algo así —protestó ella, señalándose el lugar donde le habían implantado una mejilla nueva y le habían reconstruido la oreja.

Su padre se encogió y apartó la vista, sin negar que fuera desagradable. Eso le dolió a Tiffany más que todos los meses que habían tardado sus quemaduras en cicatrizar.

—Quizá, podría acompañarte como tu pareja —sugirió Christian —. No sé si los miembros pueden ir acompañados, pero…

—¿Quieres que vaya con mi hermano al baile? —dijo ella, indignada. Su propuesta solo confirmaba su certeza de que nunca más podría tener una pareja. Apretó los puños para no abrazarse a sí misma. «Quiérete tú, Tiff. Nadie más lo hará», se dijo.

—Deja que me cuele contigo y no tendrás que salir de tu habitación hasta que la fiesta haya terminado —insistió Christian.

Todos querían ocultar al monstruo desfigurado en que se había convertido, pensó Tiffany.

Su padre seguía mirándola con intensidad, ordenándole en silencio que obedeciera. Ella cerró los ojos para no verlo y se recordó a sí misma que no tenía intención de volver a ser la marioneta de nadie.

—¿Cuánto tiempo dura esa cosa? —preguntó Tiffany al fin. Al fin y al cabo, no le quedaba nadie más en la vida que su familia. Su vida estaría vacía del todo si su padre y su hermano se apartaban de ella.

—Llegamos al atardecer el viernes y todo el mundo se habrá marchado el domingo por la noche. Haré los preparativos para el viaje —se ofreció Christian con visible alivio.

—Me pondré la máscara para entrar y para salir. Ese es el trato, porque no pienso dejar que nadie se me quede mirando las cicatrices —advirtió ella. A pesar de su tono duro, estaba muerta de miedo. ¿Qué pasaría si la gente la viera? No podía dejar que sucediera eso.

—Que yo sepa, todo el mundo lleva máscaras todo el tiempo —comentó Chris, entusiasmado por que su hermana pareciera dispuesta a aceptar.

—Estaré en mi despacho si me necesitáis —murmuró ella antes de salir, preguntándose de dónde iba a sacar el valor necesario para su aparición en público.

Ryzard Vrbancic solo se inclinaba ante sus propias reglas. Sin embargo, tenía que desembarcar del nuevo catamarán que se había comprado antes de que el sol se pusiera en las costas de Venezuela. Si no lo hacía, no le permitirían el acceso a Q Virtus.

Pronto, de todas maneras, en cualquier parte estarían encantados de recibirlo sin restricciones, se dijo.

Como siempre, el equipo de seguridad de la organización fue rápido y discreto. En un momento, leyeron el microchip de su máscara y lo hicieron pasar. En la entrada, le recibió una azafata con traje rojo.

—Es un placer verlo de nuevo, Raptor. ¿Me permite que le muestre su habitación?

Era una chica bonita, pero otra de las reglas era no mezclarse sexualmente con las empleadas de la organización. Sabía que, si lo hacía, la sonriente joven acabaría de patitas en la calle. Era una pena, porque llevaba semanas sin tener una amante. La última se había quejado de que pasaba más tiempo trabajando que con ella, lo que quedaba claro por la cuenta que le habían enviado del spa y de las más caras boutiques. Sin duda, había sabido cómo no aburrirse.

Su situación mejoraría pronto, pensó Ryzard. Pero debía tener un poco de paciencia.

La azafata que lo escoltaba le entregó la tarjeta que abría su puerta y entró en su suite.

—Steel Butterfly ha pedido una entrevista con usted. ¿Acepto en su nombre?

—¿Es una mujer? —preguntó él.

—No conozco el sexo de nuestros clientes, señor.

—¿Alguna otra petición?

—Por el momento, no —contestó la solícita azafata—. ¿Quiere usted verse con alguien?

—Por ahora, no. Aceptaré una entrevista de presentación con esa tal Butterfly, pero algo breve —indicó él.

—Se le comunicará la hora y el lugar del encuentro a través de su reloj inteligente. Por favor, si necesita algo más, no dude en hacérnoslo saber.

Ryzard la despidió, seguro de que su suite estaría equipada con todo lo que había pedido de antemano. Zeus era muy bueno en su trabajo. Él no había tenido nunca ninguna queja en los Q Virtus, por lo que las altísimas cuotas de socio y los complicados preparativos logísticos y de seguridad para viajar siempre merecían la pena.

En el vestíbulo de recepción, vio a unas treinta personas. Casi todos eran hombres con esmoquin y máscara. Estaban acompañados de hermosas azafatas, vestidas con su habitual uniforme rojo.

Aceptó una bebida y se miró la muñeca. Un mensaje en su reloj inteligente le avisó de que Steel Butterfly estaba entre el grupo que había a su izquierda.

Ryzard no tenía ni idea de dónde sacaba Zeus esos nombres tan ridículos, aunque lo cierto era que su apodo era bastante adecuado para él. No solo porque estaba habituado a conseguir las cosas por la fuerza, sino porque se habían descubierto fósiles de esa clase de dinosaurio en el suelo de Bregnovia.

Mirando a su alrededor, se preguntó cuál sería su contacto. De todas maneras, no importaba. No estaba interesado en mantener una conversación en público con alguien con quien iba a verse en privado al día siguiente. Esperó a estar lejos del grupo, dentro de la sala de juegos, para activar su propio alias en su reloj inteligente.

Después, levantó la vista a una de las pantallas donde se informaba a los participantes de las actividades que tendrían lugar durante el evento. Líderes de la moda, pensadores, científicos y creadores de opinión estarían allí para proveer a gobernantes como él de la información más puntera sobre economía y tecnología. Mientras, podía ponerse al día sobre las últimas noticias en el mundo de la política, como un intento de golpe de estado fallido, una mentira aceptada como verdad para paliar el pánico mundial.

No quería ni pensar lo que se diría de él. A pesar de que mucha

gente lo miraba con desconfianza y desaprobación, lo importante era que su pueblo era libre y su país, independiente.

Aun así, no pudo evitar recordar el precio que había tenido que pagar. Haciendo un esfuerzo por alejar la culpabilidad de su pensamiento, se levantó de la mesa, tomó una copa de ron de la bandeja de un camarero y se dirigió al exterior en busca de entretenimiento.

Capítulo 2

Tiffany se sentía atrapada, otra vez.

Le gustaría poder culpar a Christian, que la había animado a entrar cuando a él le habían negado el acceso.

Como su peor pesadilla esos días era llamar la atención y que se quedaran mirándola, ella había entrado sin montar una escena.

Dentro, una bandada de azafatas había revoloteado alrededor de los hombres recién llegados. Ella se había quedado esperando un momento, hasta que un apuesto joven con uniforme de azafato se le había acercado y se había presentado como Julio.

A pesar de ser una mujer experta en las relaciones sociales, Tiffany se había quedado muda. Habían pasado más de dos años desde que se había quedado viuda en el día de su boda. Incluso sin las cicatrices, algo así creaba mal karma. Ningún hombre la llamaba, ni la invitaba a salir. Si alguna vez hablaba con alguno, no era sin que apartara la vista. Como mujer y como pareja potencial, había dejado de existir para el sexo masculino.

Julio no le resultaba tan atractivo, pero no había duda de que era un hombre guapo. Ignorando lo que ocultaba la máscara, él le ofreció sus servicios con gran solicitud.

—Veo que es la primera vez que nos visita —indicó Julio, tras echarle un vistazo a la tablet que llevaba en la mano—. Deje que le oriente.

De camino al ascensor, el azafato se interesó por cómo había sido su viaje y ella le respondió sin dar demasiados detalles. Luego, le preguntó si necesitaba algo en concreto mientras estuviera allí.

—Mi hermano necesita un pase de entrada o una máscara. ¿Puede conseguírsela?

—Le enviaré su petición a Zeus, pero las puertas se cerrarán dentro de pocos minutos. Una vez que eso suceda, nadie puede entrar ni salir. A menos que sea una emergencia, claro está —informó Julio.

Alarmada, Tiffany intentó enviarle a Christian un mensaje de texto, pero comprobó que las conexiones con el mundo exterior

estaban cortadas.

—Los teléfonos móviles no pueden usarse aquí. Y tampoco se permite enviar fotos fuera del club. El equipo de seguridad lo localizará y le comunicará cuáles son sus opciones —le aseguró Julio y le explicó que, si su petición de entrevista era aceptada, se le informaría del sitio y la hora del encuentro a través de su reloj de Inspector Gadget.

—¿Dónde estamos? ¿En el interior de un volcán? —preguntó ella, mientras el azafato le abría la puerta de su habitación.

—No, aunque la organización no descarta buscar uno para la próxima reunión —señaló Julio con gesto serio—. Es mejor que se ponga su reloj durante todo el fin de semana. Da más información que la hora. Funciona como una agenda electrónica. Si me lo permite, ahora voy a mostrarle sus habitaciones.

Saber que su reunión con el dictador bregnoviano no era algo seguro fue un alivio para ella. Al menos, si el plan de su padre fallaba, no sería por su culpa. De todas maneras, esperaba que Christian consiguiera entrar y pudiera ocuparse de todo. Sin esperar más, despidió a Julio, pidiéndole que la mantuviera informada sobre Christian.

Aquella suite era un oasis perfecto para calmar sus nervios.

Gracias a su posición privilegiada, a lo largo de su vida había conocido alojamientos muy lujosos, aunque tenía que admitir que ese superaba a todos. No se había reparado en gastos en los adornos de oro, las obras de artes originales o las sábanas de seda. Las ropas nuevas que guardaba su armario eran también una agradable distracción. Christian le había comentado que se regalaba a los miembros del club muestras de los prototipos de los últimos diseños de moda y tecnología.

A ella le interesaba más la ropa que el reloj inteligente que Julio le había entregado. Las etiquetas de los vestidos mostraban que provenían de los mejores diseñadores del mundo.

Sin embargo, no tenía intención de lucirlos en ninguna parte. No pensaba salir de su habitación, pero no por eso iba a dejar de disfrutar de las distracciones que le ofrecía su suite. Podía tomárselo como unas vacaciones de su familia. Así, podría trabajar en paz durante un par de días.

Aunque sería casi imposible sin ninguna red inalámbrica a la que conectarse con el mundo exterior. Además, una banda de calipso la estaba invitando a abrir las puertas del balcón y asomarse fuera. A ella le encantaba bailar.

La noche había caído, así que se ocultó entre las sombras para

espiar la fiesta que bullía abajo. Había una piscina iluminada y rodeada de esculturas de hielo y mesas de buffet llenas de exquisiteces. Varios camareros hacían malabarismos con las botellas y llenaban las copas de alcohol, mientras jóvenes mujeres vestidas de uniforme rojo daban conversación a los invitados masculinos, todos ataviados con esmoquin y máscaras.

Eso de las máscaras era bastante extraño. En su vuelo a Venezuela, Christian le había explicado que servía para que la élite mundial pudiera establecer relaciones de forma discreta. A veces, era mejor que los grandes líderes se reunieran en secreto, para no suscitar especulaciones en el mercado bursátil. Otras celebridades aprovechaban aquellos días para descansar sin verse acosadas por sus fans. Q Virtus ofrecía todo aquello que los más ricos pudieran necesitar.

Tiffany necesitaba una nueva cara, se dijo, pero ni siquiera la inmensa fortuna que su marido le había dejado bastaba para comprar el milagro.

Suspirando, miró hacia la silla donde había dejado su máscara.

A pesar de la ansiedad que le había producido el inesperado cambio de planes a su llegada, había sido una bendición poder caminar por aquellos pasillos sin que nadie la hubiera reconocido. Había sido como sentirse de nuevo una persona normal. Nadie se había quedado mirándola. Con aquel disfraz, era solo una más.

Eso significaba que no tenía por qué quedarse encerrada en su torre de oro como Rapunzel, mientras todo el mundo se divertía bajo su balcón.

Con el corazón acelerado por la excitación, volvió a revisar los vestidos que había colgados en el armario. El de seda de color azul esmeralda dejaría al descubierto su pierna derecha, la que no tenía cicatrices. Al margen de las partes de su cuerpo que habían quedado marcadas, estaba en muy buena forma, pues no había dejado de hacer ejercicio y yoga después del accidente.

Armándose de valor, se decidió a probarse el vestido.

Ese Zeus, fuera quien fuera, sabía cómo vestir a una mujer. Sobre todo, a una con defectos que ocultar. El atuendo solo tenía una manga, que le llegaba hasta la muñeca y terminaba en un acabado de encaje alrededor del dedo medio. El cuerpo de vestido se le ajustaba a la cintura y al torso, resaltando sus pechos, uno de sus mejores atributos. Tampoco su trasero quedaba nada mal, realzado por unos finos tacones de color azul cielo.

Al mirarse al espejo, se reconoció a sí misma como había sido antes del accidente y lloró de emoción. Hacía mucho tiempo que no

se veía guapa.

El maquillaje no cubrió del todo las cicatrices, pero disfrutó de todos modos de tomarse su tiempo con aquel viejo ritual. Cuando empezó a hacerse tirabuzones con el rizador de pelo, se sentía de buen humor, como en los viejos tiempos. Se preguntó qué pensaría Paulie si la viera.

De pronto, sin embargo, la cruda realidad la golpeó en el espejo. Nunca volvería a ser una princesa de cuento de hadas. Solo podía ser una de las horribles hermanastras de Cenicienta.

Pero esa noche, no, se dijo. Por primera vez desde el día de su boda, se veía hermosa y tenía seguridad en sí misma.

Con cuidado, se ató la máscara a la cabeza y dejó que unos cuantos rizos le cayeran sobre la cinta, para ocultarla. El artilugio no era tan incómodo como había esperado al verlo por primera vez. Por una parte, le cubría las cicatrices y por otra resaltaba sus ojos y daba un aspecto mucho más largo a sus pestañas. Además, era ligera como una pluma.

Mirándose en el espejo de cuerpo entero, tuvo que admitir que estaba guapa. Después de pintarse los labios de rojo, dio una vuelta sobre sí misma y sonrió. Era una sensación extraña sonreír, como si los músculos implicados se le hubieran atrofiado después de tanto tiempo.

Llena de entusiasmo, salió de la habitación para unirse a la fiesta.

Ryzard podía beber como todos ellos y más. Había pasado la mitad de su infancia en Munich, había dirigido viñedos en Francia e Italia, y había vivido en algunas zonas de Rusia donde no terminarse una botella de vodka era un insulto a su anfitrión. Dos o tres copas y la brisa del mar mezclada con aromas a piña y cochinillo asado le abrieron el apetito… todos sus apetitos. Mentalmente, desnudó a la azafata más cercana. Barajó la posibilidad de cortejar a una de las invitadas femeninas del evento, aunque todas estaban acompañadas de algún hombre, soltero o casado.

Sin embargo, su amigo Narciso, el mago de Wall Street, no parecía interesado en serle infiel a su esposa. Unos minutos de conversación con él le bastaron para comprender que estaba muy enamorado de su mujer. Para contener su envidia, Ryzard se recordó a sí mismo que el amor era una espada de dos filos. Hacía años, él también había soñado con la felicidad en pareja. Pero Luiza había muerto antes de que hubieran podido disfrutar de esa bendición, dejándolo sumido en la más completa angustia. Por

mucho que se alegrara por su amigo Narciso, él nunca volvería a arriesgarse a pasar por ese sufrimiento.

Ryzard prefería dedicarse a las aventuras pasajeras, como las que solían darse en esa clase de fiestas.

Sobre la piscina, habían colocado paneles de cristal a modo de pista de baile, iluminada por debajo. Varias parejas movían el esqueleto a ritmo de salsa.

Al mirar a la banda, vio que el batería giraba la vista a la derecha y esbozaba una sonrisa de embeleso.

Cuando Ryzard siguió la dirección de su mirada, se quedó hipnotizado.

Lejos de la luz de la piscina, en una esquina medio tapada por una mesa y por una escultura de hielo, una mujer ondulaba el cuerpo como una cobra, con fascinantes movimientos al ritmo de la música. Movía las caderas como una experta bailarina oriental.

Sin dudarlo, Ryzard dejó su copa y se dirigió hacia ella. No estaba seguro de si la dama estaba acompañada, pero no le importaba. Tenía que conocerla.

Se la encontró sola, sujetándose el pelo con las manos y con los ojos cerrados mientras bailaba.

Aprovechando el momento, la agarró de la cintura y la tomó entre sus brazos, haciendo que siguiera su paso en el baile. Tras unos segundos, ella se recuperó de su estupor, sin dejar de moverse al son de la música, y clavó los ojos en él.

Estaba decidiendo si aceptarlo o no, adivinó Ryzard, lleno de excitación ante el reto que se le presentaba.

Tras unos pasos más, la giró de lado, sujetándola primero de una muñeca y, luego, de la otra, mientras disfrutaba del delicioso contacto de su pierna desnuda.

¿Cómo era posible que estuviera sola? Era exquisita, pensó.

Levantando el brazo por encima de la cabeza de ella, la hizo girar hasta que la colocó de espaldas contra su pecho. Al sentir sus glúteos firmes y redondos, dio las gracias al cielo por aquel regalo. Se inclinó e inspiró el aroma de su pelo y siguió moviéndose al ritmo de aquellas caderas tan apetitosas.

Tiffany tenía el corazón tan acelerado que parecía a punto de salírsele del pecho. Al principio, un poco bebida, había estado entregada a la música. En ese momento, era un desconocido quien la llevaba en el baile. Y lo hacía bien. Primero unos pasos de vals, acto seguido unas expertas maniobras de tango.

De pronto, el extraño la hizo girar de nuevo, dio unos pasos atrás, la atrajo contra su pecho y se detuvo.

Mientras una conga animaba la pista, él le recorrió los costados con las manos. Ella no se lo impidió. Era demasiado agradable. Con la punta de los dedos, él le rozó el borde de los pechos y bajó hasta su cintura, la sujetó y la colocó de espaldas, apretándola contra su entrepierna.

Un sensual placer la recorrió. Hacía mucho tiempo que ningún hombre la había tocado. Era maravilloso sentirse capaz de cautivar a alguien del sexo opuesto. Mirando de reojo hacia atrás, Tiffany frotó contra él las caderas. Entonces, el desconocido volvió a girarla, sosteniéndola de la mano a cierta distancia, mientras no dejaban de mirarse a los ojos.

En el pasado, Tiffany había disfrutado de provocar a los hombres. Todo el mundo había sabido que estaba comprometida, por lo que había podido flirtear con ellos sin el riesgo de que fuera a más. La atención de aquel extraño era como lluvia en el desierto para su desolada autoestima femenina. Pasándose una mano por entre los pechos, hasta el cuello, dejó que la música la meciera en sinuosos movimientos, bajo la abierta admiración de su compañero de baile.

El hombre irradiaba sensualidad y virilidad. Se había quitado la chaqueta y la pajarita y se había desabrochado los primeros botones de la camisa, que llevaba remangada hasta los codos. Su máscara tenía un toque pirata, negra con bordes dorados, alas en las sienes y una nariz que sugería el pico de un ave de presa.

Si él era un cazador, Tiffany quería ser cazada.

Separando los pies, ella aprovechó la abertura de su vestido para dejar al descubierto una pierna, observando a su acompañante mientras trazaba ochos con las caderas, hipnotizándolo en un ritmo sensual.

Él puso una pierna entre las de ella y la rodeó con los brazos por la cintura. Ella se agarró a sus fuertes hombros y deslizó las manos hasta su cuello, acercándose y alejándose al son de la música, haciendo que sus cuerpos se rozaran.

Con manos sabias y poderosas, él la sujetó de las caderas, sin dejar de mirarla a los ojos, y la apretó contra su tremenda erección.

A Tiffany la inundó una oleada de deseo. Sus pechos ansiaban ser tocados, sus pezones estaban duros y erectos. Entre las piernas, le latía un pulso húmedo y caliente.

Como si lo hubiera adivinado, él apretó el muslo entre sus piernas. Ella echó el cuerpo hacia atrás, mientras la sujetaba de la cintura. Despacio, el desconocido inclinó la cabeza y llevó los labios a su cuello, para luego acercarlos con suavidad a su boca.

No lo conocía de nada, se recordó Tiffany a sí misma. Aun así, deseaba con desesperación sentir la pasión de sus labios…

El sonido de un trueno explotó en el cielo.

Sobresaltada, Tiffany se encontró entre sus brazos. Él la apretaba con fuerza, protegiéndole la cabeza con una mano llena de tensión.

Los estallidos continuaron, pero los brazos de él se relajaron. Cuando Tiffany miró hacia arriba, vio el cielo pintado de fuegos artificiales de colores.

Apartándola de la multitud, él la llevó a una esquina, donde podían admirar el espectáculo con cierta intimidad. Ella apoyó la espalda en su pecho, mientras él la sujetaba por detrás, y contempló embelesada los estallidos que teñían el cielo y el agua de color, al mismo tiempo que la banda tocaba una melodía clásica.

Cautivados por ese mágico momento, los dos se convirtieron en un solo ser. Él la acariciaba, mientras ella apretaba los glúteos contra su erección, la prueba de que todavía podía excitar a un hombre. Cuando él posó las manos en sus pechos, ella arqueó la espalda hacia atrás, entregándose a sus caricias.

Tiffany ladeó la cabeza y levantó la cara, sus labios se entreabrieron en una invitación silenciosa. Él se inclinó sin dudarlo y la besó, sin prisa, en profundidad, mientras no dejaba de acariciarla.

Sus lenguas se entrelazaron en un ritmo sensual y ardiente. Se estaba comportando de una forma muy poco habitual en ella, reconoció Tiffany vagamente. Esa noche, estaba actuando como la mujer que le hubiera gustado ser. Una mujer cien por cien.

Esa noche, no tenía nada en que pensar excepto en ese hombre. No le importaba que fuera un extraño. Paulie había sido, en cierta manera, también un desconocido para ella, pues no habían llegado a conocerse en el sentido bíblico. Nunca se había acostado con él, ni con ningún otro.

Pero quería hacerlo. Desde hacía años, había querido experimentar el sexo.

Una fuerte mano masculina le acarició el abdomen y, después, deslizó los dedos bajo la falda. Ella contuvo un grito de sorpresa cuando notó que la tocaba entre las piernas. Y se quedó paralizada.

Como respuesta, él también se puso tenso y titubeó un momento antes de seguir acariciándola, con suavidad, llenándole de promesas de placer.

Tiffany gimió y se estremeció.

Cuando los dedos de él la tocaron por encima de sus braguitas de encaje y satén, no pudo evitar apretarle la mano en las partes

donde más ansiaba su contacto.

Sin embargo, el desconocido parecía saber mejor que ella misma cómo darle gusto. Cuando deslizó un dedo en su interior, Tiffany cerró los ojos y apoyó la cabeza en su hombro. Se mordió el labio inferior, recorrida por oleadas de placer. ¿De veras estaba haciendo aquello?, se preguntó, mientras frotaba los glúteos contra la erección de él, sin importarle que estuvieran en público.

Cuando él iba a retirar la mano, Tiffany volvió la cabeza con un quejido decepcionado. Pero, enseguida, se dio cuenta de que solo estaba bajándole las braguitas, para volver de inmediato a jugar con sus pliegues secretos.

Ella soltó un gemido del más puro gozo.

Mientras la sujetaba del rostro con una mano para besarla con pasión, sus caricias se hicieron más profundas y decididas.

Dejándose llevar, Tiffany se entregó a sus labios, sumergiéndose en sus expertas caricias.

Los fuegos artificiales volvieron a estallar sobre el agua, haciendo eco en ella. Estremeciéndose con fuerza, envuelta en oleadas de placer, sucumbió al más delicioso éxtasis, mientras él seguía meciéndola con los movimientos de su dedo.

Cuando de los fuegos artificiales solo quedaban manchas de humo en el cielo, su clímax fue cesando, dejándola desmadejada y satisfecha entre aquellos fuertes brazos.

Él le volvió a colocar las braguitas y la hizo girarse. Ella obedeció a su mandato silencioso, ansiosa por besarlo, por darle las gracias…

Sin decir palabra, el extraño la llevó a unas escaleras que conducían a la playa. Como apenas podía andar sobre la arena, en parte, porque tenía las rodillas como un flan y, en parte, por los afilados tacones, él la tomó en sus brazos y la llevó a una cabaña oculta tras tupidas cortinas.

Dentro, la depositó sobre sus pies y cerró la cortina que hacía las veces de puerta. Sin hablar, se quitó la máscara, se desabrochó la camisa y se despojó de ella.

Tiffany no podía verle bien la cara. Era apenas una sombra allí dentro, aunque sí pudo fijarse en el brillo satinado de su piel cuando se quitó los pantalones y los calzoncillos, dejando al descubierto su erección.

«Vaya hombre», se dijo. Como hipnotizada, se dedicó a palparle el abdomen y, cuando bajó un poco más, los músculos de él se tensaron, reaccionando a su contacto. Ella sonrió, satisfecha de excitarlo.

Sus manos se encontraron. Él se estaba poniendo un preservativo.

Con curiosidad, Tiffany exploró aquel guante de látex. Su compañero hizo ademán de ir a quitarle la máscara. Al instante, ella le apartó la mano.

Él se quedó rígido. Sin duda, pensaba que ella se estaba arrepintiendo de haber llegado hasta allí.

Pero no era eso. Ni hablar. Quizá, Tiffany no volvería a tener la oportunidad de perder la virginidad. Al menos, no de esa manera, tan poseída por el deseo que temblaba.

—Déjamela puesta —susurró ella.

Entonces, él bajó las manos a los hombros de ella y palpó en busca de la cremallera del vestido.

—Tampoco me lo quites —pidió ella, retirándole las manos, y lo llevó a la cama.

Con un rápido movimiento, él la colocó sobre el colchón y se tumbó encima. A continuación, le agarró las braguitas e hizo una pausa, como preguntándole si podía quitárselas.

Tiffany levantó las caderas, invitándole a hacerlo.

Al momento, el desconocido se colocó entre sus piernas, dispuesto a penetrarla. Más sorprendida que asustada, ella se quedó quieta, esperando. Quería que la poseyera, aunque no estaba tan entregada al momento como hacía unos minutos. Quería recordarlo todo de aquel encuentro, desde la fuerza de sus hombros, sus expertas caricias, el peso de sus caderas, el contacto de sus piernas entre los muslos…

Entonces, él comenzó a frotar la punta de su erección contra ella, excitándola cada vez más, besándola con pasión. En cuestión de segundos, el fuego volvió a arder con intensidad entre los dos. Sin darse cuenta, ella levantó una pierna y lo abrazó con ella, urgiéndolo a continuar.

De pronto, notó cómo él presionaba para entrar. Le dolía… un poco. Pero la gustaba al mismo tiempo. Mordiéndose el labio inferior, ella se concentró en darle la bienvenida, intentando ignorar la quemazón.

Maldiciendo, él se puso rígido.

—Te estoy haciendo daño.

—No pasa nada. Me gusta —aseguró ella, bebiendo de su aroma, lamiéndole el cuello.

Al arquearse y echar un vistazo, Tiffany descubrió que no la había penetrado por completo. Le apretó con la pierna para animarlo pero, en vez de empujar, él salió un poco y deslizó la

mano entre sus cuerpos. En pocos segundos, sus caricias hicieron que ella se retorciera de excitación. Entonces, la penetró en profundidad.

Ah, de eso se trataba, se dijo Tiffany.

Con los ojos muy abiertos, se abrazó a aquel fuerte cuerpo, cuyos músculos se flexionaban al entrar y salir de su interior con controlados movimientos, despertando en ella las más ricas sensaciones. Todavía notaba la quemazón, pero el placer era increíble.

Ronroneando como un gatito, levantó hacia él las caderas, dándole la bienvenida con todo su cuerpo, besándolo con locura, jurándole que le encantaba todo lo que le hacía.

Mecidos por el lejano sonido de una música sensual, Tiffany deseó que aquel exquisito baile durara para siempre. Pero el placer iba intensificándose cada vez más, llevándola cada vez más alto. Cuando él le agarró un glúteo y apretó, levantándola contra sus rápidas arremetidas, ella gimió una aprobación desesperada. Era justo lo que necesitaba.

El orgasmo la envolvió de pronto y con mucha más fuerza que el primero. Tiffany le clavó las uñas, perpleja por las intensas sensaciones que la poseían. Él gritó y se estremeció, apretándola contra su cuerpo en aquel momento de éxtasis perfecto.

Inundada por el gozo, sin moverse, se quedó esperando a que su corazón recuperara el ritmo normal. En la distancia, se oía la música y el sonido de risas y conversaciones lejanas.

Cuando él hizo el primer movimiento para separar sus cuerpos, ella lo liberó del abrazo de su pierna al instante. Había aprendido que las separaciones dolorosas eran más llevaderas si se hacían rápido.

Pero el extraño la sorprendió al quedarse tumbado a su lado, sin dejar de abrazarla, y depositó un beso en sus labios.

—Ha sido increíble. Gracias —le susurró él al oído.

—Gracias a ti —contestó ella con una sonrisa y lágrimas de gratitud en los ojos—. No esperaba que nada así pudiera pasarme esta noche —confesó.

—Me alegro de haber podido hacer que tu primera vez sea inolvidable.

—¿Cómo sabes que es mi primera vez? —preguntó ella, atónita.

—Vengo a todas estas reuniones y conozco a las asistentes habituales. No te había visto antes, si no, no te habría olvidado —contestó él, y la besó en el cuello.

Oh, cielos, se refería a eso, pensó Tiffany, y tragó saliva.

Entonces, se sobresaltó al oír unas voces que se acercaban a la cabaña.

—Deberíamos ir a un sitio más privado —propuso él, y la ayudó a levantarse. Con gentileza, volvió a cubrirla con la falda del vestido—. Yo estoy en la primera planta. ¿Y tú?

—No puedo —susurró ella, titubeando. Con rapidez, posó un dulce beso de despedida en los labios de su amante, envuelta en su aroma y su masculino calor.

—¿Por qué no?

—Es complicado. No tenía que haber venido —explicó ella, con sus bocas a unos milímetros—. Espero que no me olvides —admitió.

—No me vas a decir por qué, ¿verdad? —inquirió él, contrariado.

—Es mejor que recuerdes que no quise dejar que la vida real lo estropeara.

De nuevo, sus bocas se encontraron con pasión, mientras ellas se aferraba a su cuello, sin querer soltarlo nunca. Pero no podía arriesgarse a que llegara el día o a que se encendieran las luces. Por nada del mundo quería que le viera el rostro.

Zafándose de sus brazos, Tiffany se quitó la ropa interior por debajo del vestido y la dejó sobre la cama. Algo así como el zapato de Cenicienta, pero mucho más desvergonzado, tal y como habría pensado su madre.

Sin embargo, ella no se sintió avergonzada ni culpable, mientras salía de la cabaña y corría escaleras arriba, hasta la terraza, los ascensores y, finalmente, a su habitación. Solo una profunda satisfacción sexual la acompañó a la cama.

Capítulo 3

El reloj de Ryzard le avisó de que tenía una reunión al cabo de diez minutos.

Molesto, se levantó de la pequeña mesa donde se había sentado a comer. Miró a su alrededor en el comedor una vez más, en busca de cierta dama con una máscara que semejaba la cabeza de un halcón.

Al recordar su reciente encuentro, su cuerpo subió de temperatura. Nunca se había sentido tan…

Al instante, se reprendió a sí mismo por haber estado a punto de comparar una aventura de una noche con la única mujer a la que había amado. No podía compararse. Era una locura.

Había estado a punto de pedirle a una de las azafatas que le entregara a la misteriosa mujer una invitación para acompañarlo a desayunar, pero se había contenido.

No quería parecer desesperado. Además, después del sorprendente pensamiento que acababa de tener, prefería no volver a verla. El encuentro de dos extraños en la noche no podía significar nada. Si le había parecido especialmente intenso, debía de haber sido por el chute de adrenalina que había sufrido su cuerpo al oír la primera explosión de los fuegos artificiales. Por un segundo, se había sentido transportado al calor de la guerra civil de Bregnovia, con su vida y la de la mujer que amaba en peligro.

Meneando la cabeza para librarse de ese recuerdo, se dijo que sus ganas de verla solo se debían a su necesidad de satisfacción sexual rápida y fácil.

La noche anterior, había tenido que tomarse su tiempo de forma deliberada para vestirse en la cabaña y contenerse para no ir tras ella, desnudarla y rogarle que pasara con él toda la noche.

No tenía sentido preguntarse por qué no se había quedado. Todo el mundo en Q Virtus tenía sitios adonde ir y gente con la que no quería ser visto. ¿Sabría ella quién era él?

Tal vez había regresado corriendo a los brazos de su novio o su esposo, pensó. Irritado, recordó que no había dado el paso de

casarse con Luiza hasta que había sido demasiado tarde. Sin embargo, si su amante desconocida había estado engañando a otro hombre…

No quería pensar en ello. Ella era solo un sueño y el día había llegado. Era hora de olvidarla. Tenía una reunión por delante, a la que por cierto no le apetecía nada ir, y esperaba que acabara pronto.

Después de eso, se concentraría en la cita que de veras estaba esperando, la que le daría noticias sobre el reconocimiento de su país por las Naciones Unidas. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para ganarle a su pueblo la legitimidad que se merecía. Esa era su prioridad. Había sido el sueño de Luiza y debía centrar la atención en lograrlo.

Y dejar de dedicarle tiempo a la muñeca fácil que lo había distraído durante unas horas.

Antes del accidente, Tiffany siempre había sido impuntual. Pero, después de haber empezado a trabajar, había descubierto lo irritante que podía ser esperar. Por eso, en el presente, se esforzaba por llegar pronto, como estaba haciendo esa mañana. Siguiendo las indicaciones de su reloj inteligente, llegó hasta unas puertas correderas y esperó a que se abrieran, deseando que la reunión terminara cuanto antes.

A primera hora, el solícito Julio había ido a devolverle su reloj inteligente, que Tiffany había olvidado a propósito en la recepción la noche anterior, incómoda por llevar algo tan pesado. El azafato le había mostrado cómo usarlo para guiarse por aquel amplio complejo.

—¿Puedo llevar la máscara puesta en la entrevista? —le había preguntado ella.

—Por supuesto. Los miembros del club suelen llevar sus máscaras durante todo el evento.

Con su respuesta, la única excusa que Tiffany había tenido para desconvocar la entrevista se había ido al traste.

Sin embargo, no se había sentido lo bastante segura de sí misma como para abandonar la habitación.

¿Y si se topaba con él?, se había preguntado, con una mezcla de excitación y pánico. Su comportamiento de la noche anterior había sido una locura, quizá provocado por la sensación de libertad que le daba estar lejos de su familia, o tal vez por los efectos del ron.

Había hecho el amor con un extraño.

Soltando una carcajada nerviosa, recordó lo extraordinario de su encuentro. En parte, se sentía orgullosa por haber sido tan atrevida.

Antes del accidente, era posible que hubiera fantaseado con algo así, pero nunca se había creído capaz de hacerlo en la realidad. En su familia, todos eran bastante convencionales y discretos. Siempre debían tener en mente las consecuencias que sus actos podían provocar para la carrera de su padre.

Lo sucedido la noche anterior era la clase de secreto que podría compartir con una buena amiga. Pero no tenía ninguna. Todas sus allegadas habían seguido con sus vidas tal y como habían planeado hacer. Su camino, sin embargo, había dado un giro de ciento ochenta grados. Nunca volvería a tener nada en común con ellas, excepto los recuerdos de los viejos tiempos. Y ese tema de conversación siempre desembocaba en miradas de lástima hacia ella.

Debía centrarse en su trabajo, se dijo a sí misma. Tenía una compañía que dirigir y había hombres en su vida que la querían como hija y hermana. La aventura de la noche anterior había sido excitante y divertida, pero no podía repetirse. ¿Qué otra cosa iba a hacer? No podía acudir a esos eventos cada año para acostarse con un desconocido distinto. La alternativa, dejar al descubierto sus cicatrices y esperar que a su amante no le importaran, le llenaba de miedo.

No, debía ser seria y enfocarse en su misión. Lo que había pasado sería su secreto íntimo, algo que le recordaría siempre lo excitante que podía ser estar con un hombre. Ese día, debía representar a Davis y Holbrook, una de las mayores empresas de construcción del mundo. Gracias a su matrimonio, había surgido tras la fusión de la compañía de arquitectura de su padre con Davis Engineering. En nombre de ambas, podía tomarse diez minutos de su tiempo para entregar la carta de presentación que su hermano había preparado.

Aunque ella no aprobaba del todo los métodos del hombre que su padre y su hermano querían como socio.

Al menos, podía ocultarse detrás de la máscara. Y eso era algo que la llenaba de seguridad.

Las puertas electrónicas que tenía delante seguían sin abrirse.

—¿Estarán estropeadas? —le preguntó Tiffany a una azafata que pasaba por allí.

—Nada de eso —respondió la otra mujer con gesto antipático—. Para asegurar la privacidad absoluta de nuestros invitados, la puerta solo se abre cuando el pasillo que hay a continuación está vacío. En este momento, hay algunas personas en él, por eso debe esperar. La sala donde tendrá lugar su reunión está al final de este

pasillo y se abrirá cuando ponga el pulgar en la pantalla táctil.

Minutos después, Tiffany miró sorprendida a su alrededor al entrar en la sala de reuniones. Era un acuario en el fondo del mar. Los peces manta sobrevolaban el techo de cristal como golondrinas, mientras las paredes transparentes mostraban un mundo de coral y peces de colores.

Impresionada, dejó la carpeta de cuero que llevaba sobre una mesa situada en el centro de la habitación y se dirigió a unas sillas con una mesita blanca, donde había una jarra de fino cristal y dos vasos.

De pronto, las puertas correderas se abrieron y él entró. Su desconocido.

Tiffany se quedó perpleja, incapaz de moverse.

Sí, esa era la máscara de la noche anterior. Y reconocía su poderoso y fuerte cuerpo bajo aquel elegante traje de chaqueta.

El hombre tragó saliva, contemplándola con sus ojos verdes y dorados.

¿Cómo la había encontrado?

Detrás de él, las puertas se cerraron. Él dio unos pocos pasos hacia el interior de la habitación, metiéndose las manos en los bolsillos. No parecía abrumado por el impactante escenario. Sus ojos nunca dejaron los de ella, mientras se acercaba a la mesa y se quitaba la máscara.

Con el rostro al descubierto, era muy guapo. Tenía rasgos aguileños, fuertes mandíbulas y una boca muy sensual. Sus ojos tenían un brillo de inteligencia y seguridad.

—Podías haberme dicho cómo te llamabas anoche, así nos habríamos ahorrado ocupar una de las salas de reuniones, que están muy demandadas —señaló él con tono de desaprobación.

Con un nudo en la garganta, Tiffany tardó un poco en procesar sus palabras, teñidas de un marcado y profundo acento. Entendió que él la reconocía de la noche anterior, pero no sabía su nombre. Después, asimiló que estaba acusándola de desconsiderada. Sin duda, él pensaba que ella había conocido su identidad la noche anterior. Y eso significaba que su presencia no se explicaba porque hubiera estado buscándola, sino porque…

Oh. Cielos.

—¿Ryzard Vrbancic? —preguntó ella en un murmullo, rogando por que no fuera él.

Él esbozó una mueca burlona.

—Como puedes ver, sí. ¿Y quién eres tú?

Así que aquel era el hombre que se había autoproclamado

presidente de Bregnovia, el oportunista líder de un movimiento de resistencia que se había apoderado del tesoro nacional y lo había usado para comprar su puesto en el nuevo parlamento.

—Ha habido un error. Me he equivocado —indicó ella, sin poder dejar de pensar en las implicaciones de su descubrimiento. ¿Qué diría su familia si supiera que había entregado su virginidad a un tipo así?

A pesar de ello, su cuerpo reaccionó por su cuenta a tan imponente espécimen. Aunque no estaba bebida, ni había ninguna música sensual que pudiera distraerla, no podía apartar los ojos de su fuerte pecho, el mismo que había acariciado hacía apenas unas horas. Y sus brazos, los mismos que la habían sujetado con gesto protector cuando habían comenzado los fuegos artificiales y la habían llevado a la cabaña como si hubiera sido la más bella y delicada de las princesas.

Sin poder evitarlo, bajó la vista a sus pies, embutidos en unos caros zapatos de cuero italianos, y recordó cómo le había despojado de ellos la noche anterior… y de todo lo demás. Su piel había estado bronceada y caliente, brillante por el sudor y el deseo.

Y sus caricias… Había sido generoso con ella, tocándola con suavidad, entregado a darle placer. Tiffany intentó no mirarle las manos, pero no pudo, consciente de cómo la habían llevado al orgasmo de forma tan exquisita… y en público.

Mortificada, Tiffany se sonrojó. Todo en él le hacía desear repetir la experiencia. ¿Cómo? ¿Por qué? La innegable excitación que sentía le resultaba en extremo desconcertante. Tenía que salir de allí cuanto antes.

Ella dio dos pasos hacia la salida, pero él se puso delante, impidiéndole el paso.

Mirando al suelo con el corazón acelerado, Tiffany se sintió de pronto como presa en una jaula de tiburones. Y ella estaba atrapada dentro con el tiburón.

—Anoche no sabía quién eras —indicó ella, mirándolo con desconfianza.

—¿No? —repuso él, arqueando una ceja como si no la creyera.

—¡No!

—¿Sueles acostarte a menudo con extraños?

—Al parecer, tú, sí, así que no me juzgues.

—¿Quién eres? —preguntó él tras un momento de silencio.

Tiffany se cruzó de brazos, pensando qué hacer. Si se iba en ese momento, sin decirle nada, Christian podía no perderlo todo. Ella, por supuesto, nunca volvería a entrar en escena, aunque tampoco

había tenido intenciones de hacerlo.

Sin embargo…

En la mesa, esperaba su carpeta con una carta de presentación y un informe sobre su compañía. Sin querer, la mirada de Tiffany delató su desazón al recordar la presencia de esa carpeta.

Él se dio cuenta y, con los ojos clavados en la mesa, esbozó una maliciosa sonrisa.

—Eso no es para ti —dijo ella con firmeza—. Tengo que irme —añadió. Pero solo tuvo tiempo de dar un paso hacia la mesa con la carpeta, porque él la agarró antes—. He dicho…

Lanzándole una mirada de advertencia, Ryzard abrió la carpeta.

Debía irse, se dijo ella. Pero no tenía sentido. No podría escapar de la vergüenza, fuera a donde fuera. Con el estómago encogido, esperó que la expresión de él delatara alguna reacción a lo que estaba leyendo.

Un suave timbre la sobresaltó.

—Su tiempo de reserva ha alcanzado el límite —informó una voz femenina por unos altavoces camuflados.

«Gracias a Dios», pensó ella, aliviada.

—Amplíalo —ordenó Ryzard.

—¿Serán suficientes otros treinta minutos?

—No puedo quedarme —insistió ella.

Los ojos de él la paralizaron, dejándola muda.

—Envíame un informe completo a mi tablet sobre Davis y Holbrook, en especial, sobre su directora, la señora de Paul Davis —pidió Ryzard a la azafata que escuchaba al otro lado del interfono —. Treinta minutos serán suficientes.

—Muy bien, señor.

Apretando los puños, Tiffany subió la barbilla, preparándose para dar rienda suelta a toda su indignación si él se atrevía a sacar conclusiones desagradables sobre ella. Para empezar, Ryzard podía pensar que estaba casada. Intentando hacer memoria de lo que había visto en la televisión o leído en la prensa, trató de recordar si el presidente de Bregnovia tenía esposa. Pero no lo consiguió.

Sin embargo, él no la estaría mirando en ese momento con un gesto tan despreciativo y burlón si hubiera estado casado.

Ryzard lanzó la carpeta a la silla vacía y se metió las manos en los bolsillos para no estrangular a la mujer que había querido tratarlo como a un tonto. Ya era bastante malo que ella estuviera casada. Él no era la clase de persona que juzgaba con benevolencia las aventuras extramaritales.

Lo peor era que ella había creído poder comprarlo con sus

encantos. Muy a su pesar, lo cierto era que Ryzard no podía evitar reaccionar excitándose al verla, a pesar de que iba vestida de una forma muy convencional con unos pantalones largos de color arena y una recatada blusa amarilla bajo una chaqueta entallada verde.

Nada en su aspecto recordaba a la mujer sensual que había conocido la noche anterior. Hasta sus rizos habían desaparecido bajo un estirado moño.

—Quítate la máscara —ordenó él, sin poder disimular su irritación.

—No.

Su tranquila y firme respuesta estalló en los tímpanos de Ryzard. No estaba acostumbrado a que le negaran nada.

—No es una pregunta.

—No está abierto a discusión —le espetó ella con hostilidad.

«Qué mujer tan curiosa», se dijo él. Pero no podía dejarse intrigar de esa manera. Debía quitársela de la cabeza cuanto antes.

—Dile a tu marido que has fallado. No estoy en venta —dijo él, apartando la mirada como si así pudiera dejar de sentirse abrumado por ella—. Quizá él disfrute de tus encantos sexuales, pero yo soy más selecto.

Ella se encogió como si la hubiera apuñalado. Al notar su reacción, Ryzard volvió a mirarla. Tenía los labios blancos y temblorosos.

Sorprendido por el efecto que había causado su insulto, él trató de no dejarse conmover por esos ojos que parecían inundados de rabia y de dolor. Mostrándose impasible, le sostuvo la mirada como si estuviera clavando un cuchillo en una herida.

—¿Cómo quieres que se lo diga? —preguntó ella con infinita amargura—. ¿Contrato a una médium? Está muerto —informó, y se giró hacia la puerta.

Antes de pensar en lo que hacía, Ryzard la tomó del brazo y la hizo volverse.

Ella aprovechó el impulso para lanzar la mano hacia su cara.

Ryzard la sostuvo de la muñeca, echando la cabeza hacia atrás. La guerra le había hecho cultivar unos buenos reflejos. Aun así, el peso de la culpa le atenazó. La había insultado porque estaba enfadado, pero no lo habría hecho si hubiera sabido que su esposo estaba muerto. Era necesaria una disculpa, se dijo, mientras ella luchaba por desasirse, como un gato al que quisieran meter en un saco.

—No te resistas —rugió él, sorprendido por la determinación y fuerza con que ella forcejeaba.

—¡Vete al infierno!

Con un rápido movimiento, le sujetó ambas muñecas detrás de la espalda y la apretó contra su cuerpo para impedir que se moviera.

—Qué macho eres para inmovilizar a una mujer indefensa —le espetó ella, jadeando.

—Tú no eres una mujer indefensa —observó él, admirando su espíritu combativo.

Era viuda. Por alguna razón que Ryzard prefería no analizar, era un detalle muy importante para él. De todas maneras, tenía claro que no pensaba dejarse manipular ni comprar, por mucho interés que le despertara aquella mujer.

Al retorcerse contra su torso, lo rozó con los pechos, haciendo que su erección aumentara. Notando la dureza de su miembro, ella volvió a retorcerse, obligándolo a sujetarla con más fuerza.

—Suéltame —rugió ella con furia.

—Dentro de un minuto —respondió él, y alargó la mano para quitarle la máscara…

Ella intentó morderlo y estuvo a punto de conseguirlo.

—Eres una tigresa —le espetó él, impresionado por su ferocidad. Sus pequeños dientes eran perfectos, pensó, igual que esa boca…

—Pienso denunciarte —lo amenazó ella.

—Tengo derecho a saber con quién me acosté anoche —le increpó él y la voz le tembló un poco al decirlo, delatando cómo le afectaba su recuerdo.

—Nada de eso —negó ella—. Soy yo quien decide quién puede ver o no cualquier parte de mi cuerpo. Y, quizá, no quise mostrarme por completo anoche porque estaba aburrida y quería terminar cuanto antes. ¿No se te ha ocurrido?

—Supongo que me lo merezco —murmuró él, sin poder evitar sentirse ofendido.

Enredando los dedos en su moño, Ryzard tiró con suavidad, dejándole el cuello expuesto para demostrar que la tenía a su merced. Necesitaba que ella entendiera que, a pesar de que podía hacerlo, no pensaba lastimarla.

—Ahora que ambos hemos dicho cosas crueles, podemos no volverlo a hacer.

—¡Ja! —le espetó ella, indignada.

Ryzard se fijó en la forma de sus labios, color fresa. Su aroma a rocío y rosas calientes por el sol amenazó con hacerle olvidar todo menos su deseo de volver a hacer el amor con ella.

—Yo dije lo que dije porque pensé que estabas casada. Y porque

me engañaste. No me gusta que intentaras aprovecharte de mí. Para igualar los términos… —comenzó a decir él y volvió a agarrar la cinta que sujetaba la máscara de su rehén.

—Noooo.

La aguda angustia de su voz sorprendió a Ryzard. Parecía aterrorizada de veras, mientras se retorcía como una leona herida para impedir que le desatara el lazo.

Al momento, Ryzard la soltó, arrepentido de haberla asustado tanto. Ella se tambaleó, en su esfuerzo de sujetarse la máscara. Con manos temblorosas, se giró el tocado en la cara, desesperada por encontrar la posición correcta y volver a atársela. Un sollozo angustiado escapó de sus labios.

Era demasiado tarde. Él había visto lo que había estado intentando ocultar. Con el alma en los pies, le sujetó la barbilla, queriendo verle mejor el rostro.

Tiffany le dio un golpe en la mano con una mirada de furia y dejó de intentar colocarse la máscara. Si hubiera estado armada en ese momento, Ryzard habría tenido motivos para temer por su vida.

—¿Contento?

«Ni un poco», pensó él.

Mientras contemplaba los trozos de piel roja y rosa, lo único que veía Ryzard era dolor. Él había estado en una guerra. Sabía lo que las balas, las llamas y los químicos podían hacerle al cuerpo humano.

Pero esas heridas estaban ya curadas aunque, al mismo tiempo, no se curarían nunca. El borde de la cicatriz era como la roja frontera de un país en el mapa, marcando el límite con la piel sana con un tono rosado. Subía hasta encima del ojo izquierdo, pasando por su borde. Ella podía haber perdido la vista, caviló con el estómago encogido. La cicatriz continuaba debajo del ojo, en diagonal hasta la nariz, y bajaba hacia la boca y bajo la mandíbula para perderse en el pelo.

El cuello estaba solo un poco descolorido, aunque todo indicaba que las cicatrices continuaban por el brazo y el torso, quizá, más abajo.

Al volver a posar la vista en los ojos de ella, percibió tanto dolor que se avergonzó de sí mismo por haberla obligado a exponerse. No había sido su intención humillarla.

—No trabajaría para ti ni aunque tu país fuera el único del mundo —le espetó ella, lanzándole puñales con la mirada—. Ahora, me voy.

Ryzard no trató de impedírselo. Sabía que se había equivocado

de cabo a rabo al juzgarla.

Tiffany se ató la máscara sin volverse. A continuación, apretó el botón de apertura de las puertas, que no obedecieron. Maldiciendo, se miró el maldito reloj inteligente que no le servía para nada bueno.

—Tiffany —llamó él. Sabía que ese era su nombre por lo que había leído, pero no estaba seguro de qué podía decirle para impedir que se fuera.

—Muérete.

Entonces, las puertas se abrieron y salió.

Capítulo 4

Por primera vez en meses, Tiffany lloró. Lloró con ganas, abrazándose hecha un ovillo debajo de la ducha. El llanto la sacudió con tanta intensidad que estuvo a punto de vomitar. Odiaba la vida, se odiaba a sí misma. Y lo odiaba a él.

La había mirado con repulsa, como si hubiera sido un objeto expuesto en un museo del horror.

El sexo no merecía la pena. Ni los hombres. Ella tenía la educación suficiente como para saber que un marido e hijos no eran requisitos necesarios para la felicidad. Pero ¿por qué se acongojaba tanto cuando tenía que admitir que ningún hombre iba a quererla nunca y que la vida de familia no estaba hecha para ella?

Era una trampa de autocompasión y tenía que superarla.

Obligándose a ponerse en pie, cerró el grifo y se apoyó en los azulejos de la pared, fríos y mojados, hasta que tuvo fuerzas para ponerse el albornoz. No se sentía mejor. Ni peor. Se sentía vacía sin más.

Sentada en la cama, se preguntó qué podía hacer. Podía esconderse en su habitación hasta que aquel ridículo club abriera sus puertas para salir. Podía fingir apendicitis para que un helicóptero la sacara de allí. Estaba mareada, sudorosa y febril. Estaba débil y le dolía todo el cuerpo.

Entonces, un bostezo la tomó por sorpresa. Mientras decidía qué camino tomar podía hacerse un pequeño favor y echarse una siesta. Así que, metiéndose entre las sábanas, perdió la consciencia.

Cuando el sol asomó por el balcón de Ryzard, él ya llevaba un buen rato despierto. Había estado leyendo el informe que el equipo de Q Virtus le había enviado.

Davis y Holbrook era una compañía excepcional, muy bien considerada en el mundo de la construcción. No era mala idea en absoluto encomendarles a ellos la reconstrucción de carreteras y edificios. Habían hecho bien en darse a conocer, pues él iba a necesitar a alguien para el trabajo.

El resto del informe, sobre la señora Davis, era todavía más

interesante. Había empezado como una dama de la alta sociedad, se había casado con un amigo de la familia en una ceremonia salida de un cuento de hadas, incluido el vestido de novia con cola y velo y la tarta de varios pisos.

Entre los regalos, los novios habían recibido un coche deportivo, enviado por el hermano de la novia. Había sido demasiado tentador probarlo para el novio borracho, que lo había puesto a su máxima potencia en el patio del club de golf y había acabado estrellándose contra un muro de ladrillos.

Tras el anuncio del funeral, la prensa había dejado de publicar noticias sobre el tema. Solo se sabía que, dos años después del accidente, la novia había tomado las riendas del negocio de su marido. Y, al parecer, lo estaba haciendo bastante bien.

Toda aquella información no habría sido tan significativa si no hubiera implicado que Ryzard se había equivocado al pensar que ella había querido manipularlo con el sexo. ¿Qué razón podía haber tenido? Dirigía una compañía de éxito y era una mujer inteligente.

Tal vez, su encuentro sexual había sido solo el encuentro de dos personas sanas disfrutando de los placeres de la carne.

Ese pensamiento hizo que le subiera la temperatura. Tal vez, ella se le había entregado porque se había sentido presa, igual que él, de una poderosa atracción física.

Al instante, su mente le recordó que la química excelente que había existido entre ellos no era más que cuestión de hormonas. Ryzard había aprendido, hacía mucho tiempo, a no mezclar el corazón con sus necesidades físicas. El sexo era algo meramente funcional para él, como comer o dormir.

No estaba siéndole infiel a Luiza, se dijo.

Y Tiffany no tenía razón alguna para acostarse con él a cambio de lograr un trato de negocios con él. El sexo solo complicaría lo que, de otro modo, podría ser una asociación sabia y provechosa para ambas partes.

Era algo que debía tener en consideración, se dijo, frotándose la barba incipiente del mentón.

Sin embargo, había algo en el informe que le inquietaba. El señor Holbrook, el padre de Tiffany, era arquitecto de carrera, aunque llevaba años metido en política. Había llegado a senador y había presentado su candidatura para presidente.

Si lo de la noche anterior había sido pura coincidencia, ¿por qué le habían solicitado los Holbrook encontrarse allí, bajo la discreta cortina del Q Virtus? Si hubieran temido que asociarse con él perjudicaría a los fines del senador, no habrían contactado con él en

absoluto. No. Debía de significar que sabían que Estados Unidos se inclinaba a reconocer la legitimidad de su país.

Al pensarlo, Ryzard se sintió abrumado por la emoción. Pero debía tener paciencia. Si Estados Unidos lo respaldaba, eso facilitaría mucho las cosas en las Naciones Unidas. Aunque todavía nada era seguro.

Aun así, necesitaba volver a reunirse con Tiffany Davis.

Tiffany se despertó un poco aturdida al oír un ruido de platos. Se levantó al momento y, al asomarse al recibidor de su suite, vio a Ryzard Vrbancic dándole indicaciones a una azafata para que dispusiera la mesa en el balcón.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, cubriéndose medio rostro con la solapa de su bata.

—Pensé que te estabas duchando, pero ya veo que te habías quedado dormida.

—¿Qué? —le espetó ella—. ¿Cómo sabes lo que he estado haciendo? Pensé que estas habitaciones eran seguras —añadió, dirigiéndose furiosa a la azafata vestida de rojo que colocaba la mesa.

—Usé mi llave maestra para traer la comida que han pedido, ¿o no la han pedido? —replicó la azafata, y posó los ojos en Ryzard con gesto de sospecha.

—Sí, claro que sí, gracias. Yo me ocuparé. Puedes irte —se apresuró a responder Ryzard. Luego, se volvió hacia Tiffany—. No confundas a las empleadas solo porque hayamos tenido una riña.

—¡Fuera de aquí! —gritó Tiffany.

La azafata corrió a la puerta y salió.

—Quiero que te vayas —repitió ella, mirando a Ryzard a los ojos.

—Vamos, no exageres —replicó él—. Vengo a hacerte una oferta que no podrás rechazar. Deja de esconderte y acepta.

Tiffany afiló la mirada, clavando los ojos en la espalda de Ryzard, mientras él se adentraba en el balcón. No estaba interesada en nada que pudiera ofrecerle, excepto la promesa de que nunca contaría a su familia lo que había pasado entre ellos.

—¿Qué clase de oferta? —inquirió ella.

—No te oigo —gritó él desde el balcón.

Apretando los dientes, Tiffany se asomó a la puerta del balcón. No pensaba dejarse manipular. Y, sobre todo, no pensaba salir allí fuera sin maquillarse las cicatrices, algo que hacía incluso en su casa para ir a por leche en medio de la noche, por miedo a asustar a su asistenta.

Ryzard la había visto sin maquillaje, sin embargo, y eso la hacía sentirse como un pez fuera del agua. Lo único que quería era esconderse. Aunque, tal vez, si permitía que volviera a verla, le causaría tanta repugnancia que se lo quitaría de encima de una vez.

—No estoy interesada en ninguna oferta que puedas hacerme. Por favor, vete.

—Pensé que ibas a vestirte —comentó él, echándoles un poco de limón a unas ostras dispuestas en una bandeja de plata. También había en la mesa guacamole, pan de pita, jamón y algo que parecían burritos, pero envueltos en hojas verdes.

A Tiffany le rugió el estómago.

—Tienes hambre. Come —la urgió él con aire magnánimo, como si estuviera en su propia habitación.

—Prefiero comer sola —replicó ella, señalando hacia la puerta.

Ryzard tomó una ostra y, con los ojos puestos en su interlocutora, absorbió su viscoso interior, masticó y tragó. Se suponía que las ostras crudas eran afrodisíacas. A ella siempre le habían parecido asquerosas, pero lo que él acababa de hacer había sido una de las cosas más sensuales que había visto, reconoció para sus adentros, mirando embobada cómo se relamía.

Sin embargo, Tiffany se mantuvo firme y no apartó la mirada. Ryzard contempló la cicatriz de su mejilla, pero no se detuvo allí. Bajó hasta su escote, donde asomaba el canalillo de turgentes pechos, a sus caderas y a sus tobillos.

De forma involuntaria, ella se estremeció bajo su masculino escrutinio. No sabía si la encontraba deseable o repugnante. Pero no importaba, se recordó a sí misma. No necesitaba su aprobación ni la de ningún hombre.

—Siéntate —ordenó él, sacándole una silla.

Ella tragó saliva.

—No debe darme el sol en las cicatrices.

—Se pondrá dentro de veinte minutos —informó él, encogiéndose de hombros.

—Mira, ya no sé cómo decirte que desaparezcas. No quiero tener nada que ver contigo. Desde el principio, estaba en contra de darte la carta y siento haber venido a este ridículo evento. No trabajaremos para ti.

Ryzard se comió otra ostra, mientras parecía devorar a Tiffany con la mirada. Ella se esforzó en ignorarlo.

—¿Por qué?

«¿Por qué qué?», se preguntó ella, perdida, pero enseguida retomó el hilo.

—Porque no apruebo tus métodos. No eres mejor que el criminal al que has sustituido.

—Soy mucho mejor que el criminal al que he sustituido. Si revisas mi trayectoria, verás que nunca he atentado contra los derechos humanos —se defendió él, profundamente ofendido.

Tal vez, no tenía por qué seguir haciéndole daño, pensó Tiffany. Sin embargo, quería perderlo de vista para siempre. Por eso, hacía bien en cultivar su antagonismo.

—Vives a lo grande mientras tu pueblo se muere de hambre. ¿Cuánta gente ha muerto para que tú puedas comer ostras a la puesta del sol?

—No sabes lo que yo he perdido para que mi pueblo pueda comer —le espetó él con tono letal.

Al escucharlo, Tiffany percibió en él un dolor tan profundo que se contuvo de contraatacar. ¿Acaso lo había juzgado mal?, dudó un momento. No era posible, se dijo enseguida, meneando la cabeza.

—¿He dado en el clavo? ¿No te gusta que tu lado repulsivo quede expuesto?

Cuando él le devolvió la más fiera de las miradas, Tiffany comprendió que debía callarse.

—Es tu amargura la que habla por ti. Prometimos no ser crueles.

—Tú lo prometiste. Yo no —contestó ella, bajando la mirada.

—¿Te gusta hacer daño a la gente a propósito? Eso está muy feo.

Avergonzada, Tiffany pensó que la crueldad nunca había sido propia de ella. Aunque estaba enfadada y mucho. Y él era el objetivo perfecto donde descargar su rabia. Por eso, apartó la mirada de aquellos ojos que demandaban una disculpa.

Ryzard Vrbancic era un dictador, se recordó a sí misma, no un inocente pastorcillo.

—¿Qué esperabas? ¿Un abrazo de bienvenida? —le espetó ella, cruzándose de brazos—. Has invadido mi territorio…

—No estás enfadada porque haya venido a tu habitación. Estás furiosa porque has tenido que encararte con el hombre con quien hiciste el amor anoche. Y porque he descubierto tu secreto. No eres repulsiva, Tiffany.

—Como te acabo de decir, estás pisando territorio al que no has sido invitado.

—Sí fui invitado —la corrigió él, y jugueteó un momento con la lengua en otra ostra antes de comérsela.

La parte más íntima de Tiffany se estremeció, enviándole oleadas de placer hacia el ombligo.

Cuando él dio un paso para acercarse, ella retrocedió y se topó

con la barandilla del balcón.

Ryzard arqueó las cejas, adivinando qué clase de nerviosismo la invadía.

—Quiero que te vayas.

—Primero, tenemos que aclarar las cosas.

Tiffany no quería aclarar nada. Solo quería morder y dar patadas. Quería que la dejaran en paz.

Era como un animal herido, dispuesto a atacar a quien se le acercara para ayudarlo. Esa era la fuente de sus disputas con su familia. Sus seres queridos no sabían qué hacer con esa nueva Tiffany que odiaba la vida y todo lo que contenía.

Miró a Ryzard, odiándole por haberle hecho reconocer lo retorcida que era. La noche anterior, la había conocido en un momento de terrible debilidad y se había colado tras el tejido cicatricial de su corazón.

—El sol está a punto de ponerse. No te hará daño salir —insistió él.

Tiffany vio cómo el astro rey se acercaba al horizonte marino. Desde hacía dos años, apenas se había expuesto a sus rayos, más que para ir de casa al coche y al revés. Al salir y sentir su calor en la cara, se sintió bien.

Entonces, contuvo la respiración.

Cuando la banda empezó a tocar bajo el balcón, dio un manotazo a la barandilla, decepcionada.

—¡Quería escucharlo!

—¿El qué?

—Cuando el sol toca el agua.

Ryzard la miró un momento con escepticismo.

—Eres muy sensible, ¿verdad?

—No.

—Y combativa —añadió él, y señaló a la silla que le había sacado—. Tengo algunas preguntas importantes que hacerte. Siéntate.

—No soy un perro.

—No, eres tan esquiva e indomable como un gato mojado. Aunque, cuando ronroneas, todos los arañazos merecen la pena.

—No quiero hablar de eso —advirtió ella, nerviosa por su sugerente comentario.

—No hablaremos de eso. Todavía, no —la tranquilizó él y le posó la mano en el hombro para que se sentara.

Tiffany se sentó, sobre todo, para evitar el contacto de su mano, que le hacía subir la temperatura. Por otra parte, no podía olvidar

las enseñanzas de su madre. Como todos sus hermanos, había sido educada para comportarse con exquisitos buenos modales y estar por encima de las situaciones desagradables.

Además, tenía mucha hambre. La buena comida se había convertido en uno de los pocos placeres que se permitía. Y todos aquellos manjares tenían un aspecto delicioso. No quería seguir haciéndoles esperar.

—¿Qué pasa?

—No estoy acostumbrado a ver a una mujer comer con tanto apetito.

Tiffany se mordió la lengua para no responderle que debía de estar acostumbrado a ver cómo mujeres y niños se morían de hambre en su pueblo. No quería ser tan ácida.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Por qué estás tú aquí, Tiffany? —preguntó él a su vez—. ¿Por qué te ha enviado tu familia a reunirte conmigo?

Su intensa mirada le produjo a Tiffany un escalofrío.

—Parece ser que soy la única de la familia que puede ser miembro del club.

Él arqueó las cejas, sorprendido.

—Heredé la fortuna de mi marido. Mi padre no es un hombre pobre, pero no cumple los requisitos.

—He leído lo de tu accidente. Siento tu pérdida.

Ella esperó que siguiera ahondando en su herida, pero no fue así.

—Yo soy miembro desde hace mucho, desde antes de la guerra civil. El dinero que me acusas de haber robado es de Bregnovia. Pertenece al Tesoro Público.

Tiffany lo contempló un momento, decidiendo si creerlo o no.

—Tendré que pedir un informe sobre ti y averiguar cómo has hecho tu fortuna —indicó ella.

—Yo te lo diré. Se debe a un sistema de extracción que he desarrollado para la industria del petróleo, después de terminar mi doctorado en Ingeniería.

A pesar de su intención de despreciarlo, ella se sintió intrigada.

—¿Quieres un poco de vino de mi país? —ofreció él, abriendo una botella de color verde—. Te va a gustar.

Lejos de resultarle molesta, su arrogancia le resultaba a Tiffany insoportablemente atractiva.

—Si pides un informe sobre mí, averiguarás que mis padres me enviaron a vivir a Alemania cuando tenía seis años —prosiguió él—. Lo hicieron por mi seguridad y para darme una vida mejor. Nuestro

país no había dejado de ser invadido por naciones vecinas desde la Primera Guerra Mundial. Había revueltas continuas para luchar por la independencia, seguidas de brutales represiones. Mis padres no podían irse, pero me entregaron a unos amigos suyos. No puedo quejarme. Mis padres adoptivos eran buena gente. Él era ingeniero de automóviles y me animó a seguir sus pasos. Cuando terminé la carrera y desarrollé mi invento, decidí irme a Rusia para labrarme una fortuna en la extracción de petróleo.

—¿Y tan importante ha sido ese invento como para hacerte archimillonario?

—Sí.

—¿Lo sabe el resto del mundo? —volvió a preguntar ella con desconfianza.

—La prensa prefiere dar informaciones sensacionalistas sobre lo que he hecho con mi fortuna —reconoció él, encogiéndose de hombros.

—¿Financiar una guerra?

—He liberado a mi país.

—Y ahora eres su dueño.

—Su dirigente —la corrigió él—. ¿Qué te parece el vino?

Ella no era una experta, pero le gustaba su suave color y su gusto afrutado con un toque de… ¿vainilla?

Volvió a probarlo, decidida a averiguar qué era. Sin embargo, se recordó que debía tener cuidado con el alcohol. Durante dos años, la medicación le había impedido beber, por lo que se había vuelto demasiado sensible a sus efectos.

Al acordarse de su baile y todo lo que había ocurrido a continuación la noche anterior, la proximidad de una cama y estar allí sentada solo con la bata puesta le pareció increíblemente peligroso e íntimo.

Ryzard observó cómo un brillo de excitación se dibujaba en los ojos azules de Tiffany. Su instinto masculino sabía lo que significaba.

Incómodo, cambió de posición en la silla y abrió las piernas, para dejar sitio en los pantalones a su creciente erección.

Había ido a su habitación porque quería respuestas, se recordó a sí mismo. Aunque, en ese preciso instante, solo tenía una cosa en la cabeza: ella. Era más compleja de lo que había intuido al principio, cuando se había sumergido en el paraíso de su carne, o cuando había asumido que había pretendido manipularlo.

Y era mucho más hermosa de lo que había advertido antes. Esa mañana, había puesto su atención en la cicatriz y en todo el dolor

que delataba. En ese momento, sin embargo, podía adivinar cómo había sido su rostro antes de quedar marcado. Rubia, de ojos azules, con piel de bebé y estructura facial de aristócrata, era tan bella como Helena de Troya.

Su difunto marido debía de haber estado loco por ella, caviló.

—No es de buena educación quedarse mirando a alguien —comentó Tiffany, sonrojándose.

—No te estoy mirando. Te estoy admirando.

Cuando ella torció los labios en un gesto de rechazo, Ryzard se obligó a apartar la vista de sus largas pestañas y esos inmensos ojos azules. Aquella reunión no tenía como fin continuar la aventura empezada, sino cuestiones más prácticas.

Sin embargo, sin querer, lo abrumaba el recuerdo de cómo ella había apoyado sus glúteos en su entrepierna, retorciéndose de placer mientras la había tocado. El delicioso poder de llevarla al orgasmo lo había embriagado, casi tanto como el momento en que se había hundido en su cálido interior.

Pero su país estaba antes. No podía olvidarlo, se reprendió a sí mismo.

—Tu padre parece tener muy buenos contactos en Washington. Al enviarte a hablar conmigo, está indicándome que su país está dispuesto a apoyar mi petición de formar parte de Naciones Unidas. ¿Me equivoco?

—Eso es lo que él piensa, pero nadie sabe lo que pasará seguro. Ya sabes cómo funciona la política —repuso ella.

Ryzard lo sabía. Después de haber estado en una guerra, había aprendido cuándo debía usar la diplomacia en vez de la fuerza para lograr sus propósitos. También era una práctica común considerar el efecto que determinada relación podía tener en sus planes, antes de profundizar en ella.

Quizá, él no había tenido en cuenta cómo su aventura podía influir en su objetivo antes de acostarse con ella, pero, por sus contactos, lo cierto era que Tiffany sería una muy buena influencia.

Aquel pensamiento lo llenó de entusiasmo, al darle una razón válida para continuar con su aventura.

—¿Tu padre tiene alguna influencia sobre las personas que toman las decisiones en tu país?

—Tiene seguidores, gente que cree en él. ¿No es así como tú ganaste las elecciones también? —preguntó ella con cierto tono de ironía.

—Tú no pareces ser una de sus seguidoras —observó él—. Ni de las mías. Todavía.

—Ja —se burló ella, sin mirarlo a los ojos—. Nunca seré una de tus seguidoras. Y, aunque siempre apoyaré a mi padre, me he cansado de vivir solo para su carrera —admitió con seriedad, antes de meterse un tomatito cherry en la boca.

—¿Cuándo son las elecciones? —inquirió él, intentando no fijarse en cómo sus carnosos labios se cerraban alrededor del tomate.

—El año que viene, pero la campaña ya ha empezado. Cuando nosotros salimos hacia aquí, él iba rumbo a Washington.

—¿Nosotros? —preguntó él, poniéndose alerta de pronto, sin poder contener su masculino instinto posesivo.

—Mi hermano y yo.

—Ah. Eso está bien —opinó él, y frunció el ceño. El alivio que sintió al saber que no había otro hombre en la vida de Tiffany no fue nada comparado con lo que le sorprendió no ser capaz de ocultar sus emociones.

—¿Celoso? —preguntó ella, arqueando las cejas con una débil sonrisa que delataba su vulnerabilidad.

No debía desearla tanto, pero no podía evitarlo, reconoció Ryzard para sus adentros. La noche anterior había sido excepcional y, además, ella era un buen contacto para sus objetivos políticos. ¿Qué sentido tenía luchar contra sus impulsos?

—Posesivo —la corrigió él—. Tienes un amante, draga.

La expresión conmocionada de Tiffany ocultaba un complejo cóctel de emociones. Apretó los labios con desdén, mientras fruncía el ceño delatando dolor. El deseo pintó sus rasgos, pero tragó saliva como si tuviera miedo. Al momento, todo desapareció, dejando a Ryzard con una extraña sensación. Quizá, tener una aventura con ella podía ser más complicado de lo necesario, se dijo.

—Tuve —puntualizó ella—. En tiempo pasado.

—No hablaba de tu marido —replicó él. De nuevo, por alguna extraña razón, volvió a sentir la quemazón de los celos.

Tiffany se quedó un momento perpleja y se rio.

—Ni yo —dijo ella y, antes de que él pudiera comprender a qué se refería, continuó hablando para distraerlo—. Lo de anoche fue una locura y no volveré a repetirlo. De todas maneras, ¿por qué ibas a querer tú…? —comenzó a preguntar, pero se interrumpió de pronto. La angustia se dibujó en su rostro—. Ya. Hay cosas que nunca cambian, ¿verdad? —comentó con amargura.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él. Tenía las manos sudorosas, una reacción un poco exagerada por haber sido rechazado como amante, pensó.

—Todavía hay quien quiere utilizarme —repuso ella—. Crees que, si estás conmigo, eso te acercará a los amigos de mi padre.

Su comentario despertó la curiosidad de Ryzard.

—¿Quién te ha utilizado en el pasado? ¿Y cómo? —quiso saber él. La manipulación era un tema que no se tomaba a la ligera, sobre todo, desde que Luiza había acabado con su propia vida para evitar que la utilizaran para extorsionarlo.

—¿Quién no me ha utilizado? —replicó ella—. Pensé que, si mis cicatrices tenían algo de bueno, era que ya no sería utilizada como una marioneta. Gracias por la cena —añadió, y se puso en pie, lanzándole una mirada de desprecio—. Una chica en mi situación tiene suerte de que un hombre le preste atención.

Al parecer, ella no adivinaba lo mucho que Ryzard la deseaba. Haberla herido en su amor propio le hizo sentirse culpable… y algo más.

De pronto, sintió el impulso de abrazarla y compensarla por su metedura de pata.

Pero no quería actuar de forma tan emocional. Iba contra todo lo que se había prometido a sí mismo y a la memoria de Luiza. A pesar de ello, el miedo a que Tiffany fuera a echarlo de su vida para siempre le obligó a actuar, sin pensar en absoluto en los intereses de su país.

—No subestimes lo que hay entre nosotros, Tiffany. La atracción que sentimos es real.

—¡Vamos, déjalo! No me deseas. Tú…

—¿Quieres que te lo demuestre? —le espetó él, se levantó y con dos grandes zancadas llegó a su lado y la tomó entre sus brazos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —protestó ella, retorciéndose para liberarse. Sin embargo, al notar su erección, se quedó quieta—. Tú… —balbuceó llena de confusión, mirándolo a los ojos.

—Ya te lo dije —repuso él antes de besarla.

Tiffany intentó apartarlo. Estaba muy confundida. Por un momento, él le había dado esperanza, cuando le había hecho creer que podía resultar atractiva, pero no debía dejarse engañar. Por alguna razón, sin embargo, la tenía entre sus brazos y estaba consiguiendo que se derritiera ante el contacto de sus labios. Presa del pánico, hizo lo único que podía hacer. Lo mordió.

Ryzard echó la cabeza hacia atrás.

—¿Quieres jugar sucio, draga? —le espetó él, al tiempo que le deslizaba una mano bajo la bata y le sujetaba un pecho con firmeza. Con la otra mano, le desató el cinturón.

—¡No! —gritó ella, retorciéndose para impedir que se le cayera

la bata—. Por favor, Ryzard, no lo hagas. Cualquiera podría vernos.

Despacio, él apartó la mano, no sin antes acariciarle la punta de un pezón. Ella se estremeció, intentando ocultar las sensaciones que le despertaba su contacto.

—Tiffany —dijo él, hablándole como si fuera una niña—. No quiero hacerte daño.

Ella lo apartó del todo, hasta que sus cuerpos dejaron de tocarse. Se cerró la bata, sin levantar la vista.

—Conozco las cicatrices que deja la guerra —confesó él, y alargó la mano para apartarle un mechón de pelo de la mejilla con inesperada ternura.

Tiffany se zafó de su mano.

—¿Soy el primer amante que tienes desde el accidente? ¿Por eso eres tan tímida? —preguntó él, conmovido por su extrema vulnerabilidad. Hacía pocos minutos, se había mostrado hostil y atacante y, en ese momento, parecía un cisne herido en busca de protección.

—Sí —afirmó ella con tono burlón y le volvió la espalda, incapaz de controlar sus lágrimas.

De pronto, las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar en la cabeza de Ryzard. Recordó cómo había gritado cuando la había penetrado la noche anterior. Había creído que había sido solo porque no había estado lo bastante lubricada, pero…

Con cautela, la siguió dentro de la habitación y se agarró al marco de la puerta antes de preguntar:

—Tiffany, ¿soy el único amante que has tenido?

Ella no se volvió, solo ladeó la cabeza con gesto altivo.

—Por el momento, sí. Pero, con mi indiscutible atractivo, seguro que tendré más en el futuro.

Apretando el puño, Ryzard maldijo para sus adentros. Por una parte, deseó tomarla entre sus brazos y consolarla. Por otra, el recuerdo de su clímax juntos obtuvo un nuevo color al pensar en haber sido el primero. Le había sucedido en una ocasión en el pasado. Y conocía las implicaciones emocionales que tenía.

Sin poder evitarlo, volvió a compararla con Luiza. Asustado por sus propios sentimientos, tuvo el impulso de escapar de allí. Un mar de confusión se apoderó de su corazón, teñido por el dolor que había intentado bloquear después de haber perdido a su primer amor. Sin embargo, quien estaba delante de él en ese momento era Tiffany. Ella le había entregado su virginidad, algo que para él tenía un significado que no podía desdeñar.

—¿Puedes explicarme cómo es posible, señora Davis?

Tiffany miró al techo, tratando de contener las lágrimas. Nunca se había sentido tan vulnerable. En el pasado, nunca le había faltado seguridad y confianza en sus propias capacidades. Pero, después del accidente, se había vuelto débil y dependiente.

Odiaba a Ryzard por verla en ese estado. Él era un hombre fuerte y seguro de sí mismo. Una docena de respuestas sarcásticas le saltaron a la mente, antes de responder:

—Tenía miedo de enamorarme de otra persona si no me reservaba para Paulie.

Ajustándose el cinturón de la bata, se volvió y se sorprendió al ver la expresión de su interlocutor. No parecía tan compuesto y seguro de sí mismo como ella había pensado.

—Nuestro matrimonio estaba escrito. Nuestros padres eran amigos y su madre había sido la dama de honor de mi madre. Paulie y mi hermano, Christian, habían sido inseparables de pequeños. Nuestros padres decidieron que seríamos el puente entre ambas familias, cuando Paulie y yo todavía llevábamos pañales. Cuando llegué al instituto, ningún otro chico se atrevió a pedirme salir. Todos sabían que ya estaba comprometida.

—¿No saliste con nadie más? ¿No te acostaste con él?

—Paulie salía mucho. Tuvo toda una colección de amantes. Me llevaba al baile los viernes y, el lunes, me llegaban noticias de todo lo que había hecho después de haberme dejado en casa. Venía aquí a tener aventuras.

—¿Y tú se lo consentías?

Ella suspiró, abrazándose a sí misma.

—Lo creía cuando me juraba que dejaría de hacerlo cuando nos casáramos. Todavía creo que lo decía en serio. También me animaba a hacer lo mismo —admitió ella, encogiéndose de hombros —. Pero, como te he dicho, no tuve la oportunidad y decidí que sería más romántico esperar.

—¿Lo amabas?

—Lo adoraba como a un amigo —confesó ella tras un momento con el corazón encogido. Era la primera vez que compartía aquella verdad con nadie—. Eso debía de bastar para que el matrimonio saliera bien, ¿no crees? —añadió, abrumada por un cúmulo de dudas, rabia y dolor—. Lo echo mucho de menos. Él habría estado a mi lado durante la recuperación, animándome. Aunque estoy muy enfadada con él. Lo odio por haberse muerto…

Los sollozos fueron más fuertes que las palabras. Tiffany tembló a merced del duelo que había estado bloqueando durante tanto tiempo. Tardó unos minutos en recuperar el control y poder

continuar.

—Lo odio por haberse puesto tras el volante esa noche. Odio a Christian por haberle regalado el coche. Me odio a mí misma por haberlo acompañado cuando habíamos estado todos tan borrachos.

A través de los ojos borrosos, le pareció que Ryzard era también la viva imagen de la tristeza.

—Nunca lo había admitido ante nadie —reconoció ella—. Creo que necesitaba hacerlo. Gracias —añadió, frotándose los brazos. Estaba helada.

Al instante, Ryzard la abrazó sin darle tiempo a resistirse con los ojos llenos de una profunda angustia.

—No digas nada —le pidió él, sumergiéndola en su pecho—. Quédate en silencio solo un minuto.

Con suavidad, él le acarició la espalda. Tras un momento de titubeo, ella se rindió a su consuelo, apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Poco después, lo abrazó también. Se sentía protegida, al cobijo de su sólido cuerpo.

—A veces, la rabia y el miedo son las únicas cosas que podemos sentir cuando algo es injusto —observó él en voz baja—. Envidio a la gente que cree en Dios. Para ellos resulta más fácil aceptar su destino.

Tiffany tragó saliva. Estaban compartiendo un momento íntimo y personal y él la comprendía. Sin duda, había sufrido también la pérdida de un ser querido, igual que ella, adivinó.

Durante interminables minutos, se quedaron quietos y en silencio, abrazados. Relajándose entre sus brazos, poco a poco, sin embargo, Tiffany comenzó a sentirse excitada. Los pezones se le endurecieron al recordar cómo habían hecho el amor la noche anterior.

Mientras le subía la temperatura, trató de apartarse, sin levantar la vista para no delatar su reacción.

Pero él no la soltó. La sujetó de la barbilla, haciendo que lo mirara.

—¿Lo ves? —murmuró Ryzard con una débil sonrisa—. Hacemos buena pareja. Deberías dejar que te ofrezca la noche de bodas que te merecías.

—Tentador —repuso ella, un poco avergonzada por su propio deseo—. Pero no me gusta dar pena a los demás, ni quiero que me ofrezcas tu compasión. Dame tu correo electrónico y te escribiré para informarte si mi padre sabe algo nuevo.

—Lo que siento por ti no tiene nada que ver con mis intereses políticos —aseguró él, un poco molesto—. Te deseo.

—¿Por qué? —preguntó ella con un respingo.

—Si tuvieras alguna experiencia en el tema, Tiffany, sabrías que lo de anoche fue increíble. Hay parejas que llevan años juntas y nunca han experimentado algo así —reconoció él, encogiéndose un poco.

—No es lo que has dicho esta mañana —le recordó ella, fingiendo no sentirse ofendida, aunque todavía le dolía la injusta acusación que él le había lanzado.

—Me equivoqué y no me comporté bien. Lo siento.

Tiffany lo miró con escepticismo.

—No acostumbro a pedir perdón. Te sugiero que aceptes mis disculpas.

—Te creo —repuso ella, torciendo la boca. Lejos de serle desagradable, su arrogancia le resultaba extrañamente atractiva. De alguna manera, su fuerza interior y su magnífica virilidad física la justificaban.

—Ven aquí —invitó él con voz sensual, sin moverse, a pesar de que solo hubiera tenido que alargar la mano para tocarla.

—¿Por qué? —preguntó ella, luchando contra el impulso de obedecer.

—Quiero besarte y demostrarte la buena pareja que hacemos.

—¿Pretendes seducirme?

Ryzard esbozó una sonrisa tan masculina y tan traviesa que ella se estremeció de excitación.

—Me gustaría mucho volver a hacer el amor contigo —dijo él.

Entonces, Tiffany recordó la imagen de su cuerpo desnudo, la misma que evitaba ante el espejo todos los días, y se cerró un poco más las solapas de la bata, negando con la cabeza.

—Búscate a otra. No es que quiera hacerme la difícil, es que no veo que esto tenga sentido.

—He roto tu confianza en mí.

—No tenía mucha confianza en un principio —le aseguró ella con una sonrisa forzada.

—Otra vez sacas las garras —observó él, más intrigado que irritado—. Confiaste en mí lo suficiente como para entregarme tu… cuerpo.

—Sí, bueno, estaba fingiendo ser otra persona —replicó ella, quitándole importancia, aunque por dentro toda su certeza se estaba derrumbando.

—Hazlo otra vez.

—¡Ja!

—Lo digo en serio. Ponte la máscara. Iremos abajo y

encontraremos a esa mujer tan espontánea y sensual con quien me acosté anoche.

—Yo… no. No puedo.

Sin embargo, Tiffany no fue capaz de pensar por qué. Al menos, no lo bastante rápido.

—¿Por qué?

—Porque…

—Podríamos bailar de nuevo. A los dos nos gusta. También podemos bailar aquí, claro —propuso él, mirando hacia las ventanas abiertas del balcón. La música de la banda que tocaba abajo se mezclaba con la brisa del mar.

—No —contestó Tiffany con firmeza, sabiendo que, si volvía a tocarla para bailar, ella no podría resistirse a nada que le pidiera.

—Entonces, abajo. ¿Quedamos dentro de una hora? Yo puedo afeitarme y cambiarme en quince minutos, pero vosotras las mujeres necesitáis veinte solo para elegir un par de zapatos.

—Eso crees tú.

Sonriendo, Ryzard se acercó y le plantó un beso en la boca.

—¿Seguro que no prefieres que nos quedemos en la habitación? —susurró él.

—No estoy segura ni siquiera de si quiero quedar contigo abajo —replicó ella, haciendo un esfuerzo para no derretirse ante su tono sensual.

—Si no bajas, Tiffany, vendré a por ti.

Minutos después, Tiffany estaba a solas en su habitación, preguntándose cómo había pasado de llorar bajo la ducha a tener una cita que la hacía sentirse más viva… que nunca.

Pero debía tener cuidado, se dijo. No podía enamorarse del hombre equivocado.

No, no era tan patética y vulnerable, se aseguró a sí misma. Ni era lo bastante fuerte como para quedarse en la habitación y arriesgarse a que fuera a buscarla. Además, le gustaba sentirse normal. ¿Qué tenía de malo?

Aun más, le atraía la idea de que él la viera hermosa. Sin perder un momento, se volvió hacia el armario para ver qué preciosas sorpresas le habían dejado allí los mejores diseñadores del mundo.

Capítulo 5

Ryzard estaba rodeado de gente disfrazada. Casi todas las mujeres llevaban escasos bikinis de lentejuelas y aparatosas máscaras de plumas. Aquello parecía un desfile de carnaval de verdad, aunque no eran más que hologramas que se desvanecían al tocarlos con las manos. Cuando pasó ante un realista rebaño de hombres disfrazados de elefantes, su reloj le avisó de que Tiffany estaba cerca. Pero ¿dónde?

Su ansiedad por volverla a ver, por confirmar que ella había bajado para quedar con él era exagerada, reconoció para sus adentros. Tal vez, si podía volver a poseerla, sería capaz de olvidarla. Como siempre sucedía con la gente que conocía en las reuniones de Q Virtus, no volvería a hablar con ella de asuntos privados cuando salieran de allí.

Sobre todo, pretendía guardar bajo llave, incluso para sí mismo, el mágico momento en que se habían abrazado, compartiendo su duelo y su rabia. Aunque también debía admitir que, durante un par de minutos, mientras la había tenido en sus brazos, se había sentido en paz con el mundo por primera vez en mucho tiempo.

La música festiva sonaba a todo volumen, mezclada con conversaciones y risas. De pronto, se le erizó todo el vello del cuerpo. Ella estaba allí.

Mirándose el reloj, Tiffany se giró sobre sí misma, tratando de orientarse. Estaba preciosa. Alta y esbelta, con curvas generosas en los sitios adecuados. Llevaba un vestido ajustado hasta las rodillas y los codos, que se deshacía en volantes hasta los tobillos. Resaltaba su trasero de una forma tan deliciosa que le temblaron las rodillas al admirarla.

Para intentar controlar su libido, recitó las cifras de población de todas las ciudades de Bregnovia mientras se acercaba a ella. Al llegar a su lado, acercó la boca a su cuello e inspiró el delicado aroma antes de hablarle al oído.

—¿De qué diablos vas disfrazada?

—¿No te gusta? —preguntó ella, levantando la vista del reloj—.

No entiendo este maldito aparato.

—Aquí estoy, no hace falta que me busques más.

—Ya te veo —repuso ella—. Hola, hombre misterioso —añadió, contemplando su máscara—. ¿Me invitas a tomar algo? He tenido un día horrible con el tipo más engreído y arrogante que te puedas imaginar.

Pocas personas se atrevían a insultarlo con tanto descaro, pero Ryzard encontró su pulla excitante. Incluso, le gustó. Ella no parecía tan vulnerable como en la habitación. Eso era bueno.

—Yo también necesito una copa. Llevo toda la tarde con la mujer más irritante que existe, muy lista, pero es rubia. No te ofendas —replicó él, tocándole uno de los pendientes con la punta del dedo.

Durante un momento, ella se quedó seria e inmóvil y Ryzard temió que se hubiera tomado a mal su broma. Luego, de sus labios brotó una risa femenina y musical, un poco oxidada, como si no se hubiera reído desde hacía mucho tiempo. De todos modos, era una delicia escucharla.

—No me ofendo —le aseguró ella de buen humor, y se agarró a su brazo llena de seguridad, demostrándole cómo podía ser cuando no estaba paralizada por los complejos—. Vaya desfile, ¿eh? Parece real.

Ryzard estuvo a punto de comentar el súbito cambio que había notado en ella, pero decidió no hacerlo.

—La primera vez que vi esta tecnología, fue una selva. El efecto del agua era muy realista.

—¿Hace mucho tiempo que asistes a estos eventos?

—Este es el vigésimo quinto. Me he ganado un pin —señaló él y le mostró un pequeño botón de oro que llevaba en la solapa.

—Qué bonito. ¿Para qué sirve? ¿Dispara láser?

—Le dice a la gente que no soy un extraño.

Ryzard apretó los labios después de hablar, como si no hubiera querido revelar eso sobre sí mismo. Eso excitó la curiosidad de Tiffany.

—¿Qué quieres decir?

Él meneó la cabeza, quitándole importancia, y cambió de tema.

—Hay una actuación en vivo en la playa esta noche. ¿Quieres verla?

—¿Te preocupa no ser aceptado? ¿Es por lo de las Naciones Unidas? Debes saber que los engranajes políticos giran muy despacio —observó ella, tratando de adivinar su expresión por debajo de la máscara.

—Ya lo sé, Tiffany. Y no me importa que me rechacen o me acepten a mí, pero no puedo soportar que mi país sea discriminado.

Tiffany no podía imaginarse cómo podía discriminarse a un hombre tan poderoso y que mostraba tan pocas debilidades.

—¿Cuándo te ha pasado eso a ti? ¿Por qué? —insistió ella, dejándose guiar bajo una lluvia digital de caramelos.

Ryzard se encogió de hombros.

—En distintas ocasiones. De niño, me pasó cuando todavía no hablaba alemán. Además, enseguida me ponía a pelear. Estaba furioso por no poder ver a mis padres. Conseguir un pasaporte legítimo era una pesadilla, así que estaba en el país de forma ilegal. Luego, cuando quise ir a Estados Unidos, no me dejaron cruzar la frontera.

—Por eso te fuiste a Rusia.

—Hay partes allí que todavía están en estado salvaje, donde ser ilegal es lo normal.

—¿Con qué pasaporte viajas ahora?

—Con el de Bregnovia —afirmó él, como si fuera obvio.

Tiffany pensó cómo podía sentirse alguien que siempre había sido dejado fuera. Ella siempre había tenido la entrada asegurada a casi cualquier sitio. Hasta con cicatrices, no le habían cerrado ninguna puerta. Era ella quien elegía quedarse en casa.

Miró a Ryzard y quiso preguntarle cómo había decidido volver a su país y patrocinar una guerra, pero habían llegado ya a la playa.

—Los teloneros son muy buenos —comentó ella, mientras caminaban descalzos hacia la orilla.

—Son la banda que va a tocar, no los teloneros —replicó él, sonriendo.

—Lo siento, no acabo de acostumbrarme a esto. Se paga un precio muy alto solo para ver un concierto en la playa, ¿no crees? Me refiero a la cuota de socio.

—Si no hubieras estado escondida en tu habitación, podrías haber asistido a alguna de las conferencias. Esta tarde, ha habido una excelente sobre la situación en África.

Ella sopesó sus palabras, preguntándose si de veras aquellas reuniones tendrían algún valor. Tal vez, volvería a asistir. Y, quizá, se encontraría con él de nuevo.

O lo vería con otra persona.

La angustia que le produjo ese pensamiento fue tan grande que se apresuró a cambiar de tema.

—No me escondía.

—Todavía estás haciendo pucheros —bromeó él y, sin esperar,

tomó su boca, mordisqueándole el labio inferior con suavidad. Luego, se apartó solo un momento, para contemplar con admiración sus rasgos enmascarados, y volvió a lanzarse sobre su boca. En esa ocasión, el beso fue más lento y profundo.

Cuando ella notó su erección, los pezones se le endurecieron al momento, mientras aplastaba los pechos contra su fuerte torso. La música los poseyó, meciéndolos en una lenta danza.

Más que un baile, era como si estuvieran haciendo el amor de nuevo en público. Pero ¿qué importaba?, se dijo Tiffany. Nadie sabía quiénes eran. Y a ella le encantaba recorrerlo con sus manos.

—Ven a mi habitación —le susurró él al oído.

Tiffany había deslizado las manos bajo su camisa. Su cuerpo quería quedarse pegado a él para siempre, tanto que sentía vértigo al pensar en lo dolorosa que podía ser la separación. Sin embargo, era demasiado maravilloso sentirse deseada y capaz de darle placer.

Sin pensarlo demasiado, igual que la noche anterior, ella asintió y se dejó guiar de vuelta al club y al ascensor, donde comenzaron a besarse con desatada pasión. Un minuto después, Ryzard abrió la puerta de su suite y la llevó dentro.

Después de quitarse la máscara, la besó, haciéndole saber con la lengua lo que pretendía hacer con ella. La recorrió con las manos por todo el cuerpo, hasta que al final echó hacia atrás la cabeza.

—¿Dónde diablos tiene esto la cremallera?

Por eso había elegido Tiffany ese vestido, precisamente. Hasta el cuello era difícil de meter por la abertura. No tenía el valor para desnudarse, pero quería hacer el amor con él.

Sonriendo, ella le desabotonó la camisa y contempló su pecho fuerte y bronceado. Un suave manto de vello le cubría los pectorales, planos y duros.

Sobre uno de los pezones, vio que tenía una inscripción tatuada con tinta azul. Solo entendió la palabra «Bregnovia».

—¿Qué dice aquí? —preguntó ella, acariciándole las letras con la punta del dedo.

Ryzard se puso tenso y tardó en responder.

—«Luiza, mártir de Bregnovia».

—¿Es como nuestra estatua de la Libertad?

—Sí —murmuró él—. Es reverenciada… por todo el mundo.

Tiffany quiso seguir preguntando, aunque el delicioso cuerpo de él la distraía. No podía dejar de acariciarlo.

—Eres tan perfecto, Ryzard… Eso me intimida un poco.

—Quítate la ropa —le pidió él, tocándole los pechos sobre el tejido de látex.

Pero ella no obedeció, limitándose a bajar una mano a su cinturón y más abajo, para explorar su erección. Él gimió de placer. Estaba tan duro que ella tragó saliva, humedeciéndose al imaginárselo dentro. Con la otra mano, le bajó la cremallera de los pantalones.

Cuando él intentó quitarle la máscara, Tiffany apartó la cara y negó con la cabeza.

—Todavía no —le pidió ella. Estaba demasiado concentrada en ser una mujer anónima, alguien que se dejaba llevar por su instinto y era capaz de seducir a un hombre. Tras bajarle la bragueta y liberar su erección, se quedó maravillada. Tanto que se puso de rodillas para admirarla mejor.

—Tiffany —gimió él.

Ella apenas lo había tocado con la punta de los dedos. Era del todo inexperta en ese terreno. Pero la respiración de él dio paso a gemidos de excitación y anticipación. Cuando lo recorrió con sus labios, él le sujetó la cabeza y le acarició una mejilla con dedos temblorosos.

Tiffany lo saboreó con un tímido lametazo. Era la primera vez que hacía aquello con nadie. Siempre había tenido curiosidad, pero no se había imaginado que le resultaría tan fascinante. Sintiendo el poder que tenía en ese momento, recorrió su erección con la lengua y los labios.

Cuando se metió la punta en la boca, Ryzard rugió de placer en un idioma extranjero. Concentrada en encontrar sus puntos sensibles, ella se propuso convertirlo en una experiencia que él nunca olvidara.

Al menos, ella nunca lo olvidaría.

Ryzard consiguió subirse los pantalones, pero no pudo hacer mucho más. Se sentía flotando, con todos los músculos temblándole. Tanto que ni siquiera podía subirse la bragueta y tuvo que apoyarse en la pared para mantenerse erguido.

En el baño, se oía un grifo abierto, pero él apenas era consciente de nada más. Lo que Tiffany acababa de hacerle le había dejado fuera de combate. Primero, su inexperiencia había sido obvia, pero después se había entregado a lo que estaba haciendo con tanta generosidad y dedicación que él se había quedado embrujado.

Tiffany salió del baño con la ropa y la máscara en su sitio, aunque podía adivinarse el rubor de su rostro y la excitación que emanaba de ella como una exquisita aura. Tenía los pezones erectos bajo el ajustado vestido.

Sorprendentemente, él volvió a experimentar una poderosa

erección. Al instante, la tomó entre sus brazos para desnudarla.

—Voy a comerte viva —susurró él.

—Tengo que irme —negó ella, meneando la cabeza.

—Nada de eso —rugió él. La ataría a la cama si era necesario.

—Sí, de verdad —insistió ella.

—¿Qué pasa? —quiso saber él, preguntándose qué habría cambiado desde hacía unos segundos.

—Nada. Es solo que… Ha sido muy divertido, pero quiero dejarlo así. Como un bonito recuerdo.

—Podemos dejar la luz apagada —propuso él, temiendo que se le escapara de entre las manos.

—Ryzard, por favor —rogó ella con lágrimas en los ojos—. Déjalo así, ¿de acuerdo?

Él se pasó la mano por la cara, incapaz de comprender qué había hecho mal. ¿Por qué diablos quería Tiffany apartarse de él otra vez?

—No te obligaré a hacer el amor conmigo. No hace falta que te vayas —dijo él. Aunque no estaba de humor para charlar, siempre sería mejor que dejar que ella se fuera.

—No, ya lo sé. Pero quiero irme. Gracias otra vez.

Dando un rodeo para no acercarse, Tiffany salió de la habitación y cerró la puerta.

Era la segunda vez que lo dejaba plantado y le daba las gracias, pensó él. ¿Cómo era posible?

Tiffany todavía temblaba cuando se metió entre las sábanas, furiosa consigo misma y aliviada al mismo tiempo. Quizá, debería haberse quedado con él. Tal vez, hubiera sido su oportunidad de superar el complejo de sus cicatrices para, así, poder tener una relación con otro hombre en el futuro.

Pero no quería estar con otro hombre. Y no tenía el valor de mostrarse desnuda delante de Rizard.

Con un gemido de desesperación, hundió la cabeza en la almohada.

El sonido del teléfono en la mesilla la sacó de sus lúgubres pensamientos.

—¿Sí? —dijo ella, tras descolgar el auricular.

—Soy yo. ¿Dónde estás?

Su voz hizo que a Tiffany le subiera la temperatura al instante.

—En mi habitación, ¿dónde si no? —repuso ella sin poder evitar un tono ronco y sensual.

—¿En la cama?

—Sí, estaba durmiendo —mintió ella.

—Mentirosa. ¿Qué llevas puesto?

—Pantalones de pijama y una camiseta.

—Bueno, quítatelos, draga. Voy a explicarte lo que te has perdido al huir de mí.

—¿Me vas a obligar a tener sexo por teléfono?

—Puedes colgar cuando quieras.

—Puede que ya haya tenido bastante —señaló ella, considerando colgar en ese momento.

—¿Sí? Bueno, nunca sé qué esperar de ti, Tiffany. Aunque estoy bastante seguro de que estás excitada. ¿Sabes que casi me matas de placer esta noche?

—¿De verdad? —preguntó ella, sonriendo.

—Sí, claro que sí. No te he dado las gracias y debí hacerlo. Eres una amante maravillosa.

Acurrucándose en la cama, Tiffany volvió a sonreír.

—Gracias por decir eso.

—¿Estás desnuda ya? Porque, si no me dejas tocar tu espléndido cuerpo, escucharé mientras tú lo haces.

—Eso te gustaría —replicó ella. Sin embargo, la idea le atraía. Un agradable calor inundaba sus zonas erógenas.

—Satisface mi curiosidad —susurró él—. ¿Sigues teniendo los pezones duros?

—Está oscuro. No lo sé.

—Tócatelos.

Tiffany cerró los ojos, tentada por su propuesta, pero…

—Ryzard, cuando te dije que deberíamos dejarlo así, hablaba en serio.

Hubo un silencio.

¿Le habría colgado?, se preguntó ella.

—¿Sigues ahí?

—Al menos, dime por qué quieres apartarte de mí —pidió él, sin poder ocultar una mezcla de frustración y ofensa.

—No es por ti, es por mí —contestó ella con un nudo en la garganta—. Soy un caso perdido.

—Te preocupa que me repugnen tus cicatrices.

—Sí —admitió ella, aliviada por que la comprendiera.

—¿Y qué te importa si es así?

—¿Có… cómo? —balbuceó ella, tensa. ¿Le resultaba repugnante?

—¿Qué más te da mi opinión? ¿Quién soy yo para ti? Solo un extraño con el que te has acostado una noche, ¿no es así?

Tiffany se quedó callada. Él no era un extraño, sobre todo, después de las conversaciones y la intimidad sexual que habían

compartido. Pero no podía admitirlo en voz alta, ni reconocer que su opinión era importante. No quería que supiera que significaba para ella más que una simple aventura.

—Esperas que me desnude y que me exponga y me arriesgue a ser rechazada —le espetó ella, tensa—. ¿A ti no te molestaría hacerlo si estuvieras en mi lugar?

—Lo que me ha molestado ha sido que te hayas ido esta noche. Yo estaba desnudo y expuesto —repuso él, lleno de rabia—. Es la segunda vez que me lo haces.

—Lo siento —se disculpó ella con el estómago encogido—. No lo había visto así. No estaba rechazándote.

—Tienes que empezar a ver más allá de ti misma, Tiffany.

—Acabo de pedirte perdón. No es algo que haga a menudo. Te sugiero que aceptes mis disculpas.

Ryzard suspiró con frustración.

—La vida te ha asestado un duro golpe, lo sé. Pero no te ha matado, así que debes aprender a vivir con ello.

—¿Cómo? —preguntó ella en un estallido de furia y desesperación—. No me dices nada que yo no sepa. Pero ¿qué quieres que haga para superar lo que me pasó?

—Quieres estar con un hombre, Tiffany. Te gusta cuando te toco. Sal conmigo.

Al escucharlo, ella se sentía más segura de sí misma. Sin embargo, harían falta doscientas conversaciones como esa para que se atreviera a quedarse desnuda delante de él.

—Podemos quedar para desayunar —sugirió ella, dudando al instante de que fuera buena idea.

—¿Dónde?

—Supongo que habrá un buffet abajo.

—Pensaba que te referías a quedar en mi habitación o en la tuya. Pero sí, tienen comedor abajo. ¿Quedamos a las nueve? —preguntó él, sin ocultar su decepción.

—A las nueve.

Después de colgar, Tiffany se quedó mirando al techo. ¿Qué estaba haciendo? No tenía sentido quedar con él en la última mañana que iban a estar allí. No volverían a tratarse nunca más después de aquello.

Aun así, solo de pensar en verlo, su cuerpo se llenó de deseo. Los recuerdos de Ryzard desnudo le hicieron la boca agua. Con un gemido de frustración, deseó haber aceptado su propuesta de sexo por teléfono.

Cuando Tiffany llegó al comedor y vio a Ryzard en la entrada,

hablando con otra mujer, estuvo a punto de darse media vuelta. Pero él volvió la cabeza hacia ella de inmediato y la saludó con la mano.

Mientras se acercaba, contempló embelesada lo guapo que estaba con pantalones negros de traje y una camisa blanca con dos botones desabrochados. Tenía el pelo todavía húmedo de la ducha.

Al mismo tiempo, experimentó un golpe de inseguridad. La mujer que gesticulaba con fervor delante de él llevaba un vestido transparente que resaltaba su espléndida figura. Su máscara era también escasa, solo una línea de sien a sien.

A su lado, Tiffany parecía demasiado vestida, con un traje de chaqueta pantalón y una elaborada máscara. Al llegar donde los dos hablaban, se sintió como una intrusa. La desconocida se interrumpió a mitad de una frase.

Ryzard agarró de la mano a Tiffany con firmeza, atrayéndola más cerca, y siguió mirando a la otra mujer.

—Continúa, por favor.

—Yo… —balbuceó la mujer, desconcertada por la llegada de Tiffany—. Me pregunto si serán verdad los rumores que circulan sobre los tratos sucios que ha cerrado la mafia griega este fin de semana. La reputación de Zeus es importante y, si no está a la altura, deberíamos hacer algo.

Tiffany estaba un poco perdida en la conversación. Además, el calor y la fuerza de su amante la distraían. Olía a limpio y a hombre y el fino tejido de su camisa le recordaba su fuerte pecho.

De todas maneras, le molestaba ser excluida. No pensaba actuar como un florero, del brazo del hombre importante pero con la boca cerrada.

—¿Quién es Zeus?

—Nadie lo sabe —respondió la otra mujer con tono paternalista —. Ese es el problema. Debería identificarse, para que podamos decidir si queremos seguir asociándonos con él.

Tiffany percibió la mirada seductora que su interlocutora le lanzaba a Ryzard.

—Eso sería un poco hipócrita, ¿no crees? —comentó Ryzard—. Todos nosotros mantenemos ocultas nuestras identidades.

—Es cierto. Es posible hacerse la impresión equivocada de alguien hasta que lo conoces mejor —opinó Tiffany, lanzándole una mirada a Ryzard.

—Bueno, nosotros no tenemos secretos para Zeus, ¿verdad? —insistió la otra mujer. Durante un instante, posó los ojos en las manos entrelazadas de Ryzard y Tiffany—. Eso es lo que yo pienso

—añadió con tono de impaciencia, y se fue.

Tiffany arqueó las cejas, observando cómo se alejaba.

—Buenos días —saludó Ryzard, y se inclinó para besarla.

Al principio, ella se mostró tensa, pero poco a poco fue rindiéndose a las caricias de sus labios.

—Me muero de hambre —dijo él al fin, separando sus bocas—. ¿Y tú?

Tiffany no estaba pensando en comida, pero lo siguió a una mesa situada junto a la piscina. Les sirvieron café y les tomaron sus pedidos.

—¿Siempre vienes a ligar a estos eventos? —preguntó ella, incapaz de seguir mordiéndose la lengua.

—Tus bonitos ojos azules se han vuelto de color esmeralda, draga —observó él, contemplándola con gesto serio.

—¿Quién era esa?

—No lo sé. Los miembros del club no conocen la identidad de los demás. Por eso no te la he presentado. Ya había hablado con ella en otra ocasión, por eso se paró a saludarme.

—¿Y sobre qué habíais hablado?

—Es confidencial.

—¿La has visto fuera de aquí alguna vez?

—Eso también es secreto.

—No me cuentas nada.

—Así funciona esto. Pero puedo decirte que nunca me he acostado con ella.

—¿Y esperas que me lo crea?

—Sí. Espero que confíes en mí. Si me hubieras dejado hacerte el amor anoche, no te sentirías tan insegura esta mañana.

—No me siento insegura —mintió ella con el corazón acelerado —. Pero no te conozco.

—Eso es.

Oh, era un hombre irritante, pensó ella. Y guapo, se dijo, comiéndoselo con la mirada. Sus dedos ardían en deseos de desabotonarle la camisa y dejar aquel fuerte pecho al descubierto.

—Estoy celosa de ella porque es guapa —admitió Tiffany en voz baja, avergonzada—. Yo antes lo era también y eso me daba confianza. No negarás que ser físicamente atractivo da mucho poder —añadió—. Mi madre todavía hace que los hombres vuelvan la cabeza cuando pasa y sabe sacar provecho de ello. Le da mucha importancia al aspecto —recordó, encogiéndose en su silla—. A veces, me pregunto si eligió por eso a mi padre y no a Paul, el padre de Paulie. Mi padre es un hombre imponente y sé que mi madre

quería tener a los hijos más guapos de Estados Unidos. Ahora, cuando me mira… —balbuceó con un nudo en la garganta.

—Por cómo la describes, tu madre parece muy superficial —observó él.

—Es la mujer de un político. El mundo gira en torno al qué dirán. En esa posición, te juzgan por todo. El aspecto importa.

—Supongo que sí —admitió él con gesto pensativo—. ¿Fue ella quien animó a tu padre a meterse en política?

—No, era algo que mi padre quería hacer. Pero, tal vez, esa fue la razón por la que se casó con él —afirmó Tiffany, pensativa—. Él es un buen padre y un buen marido, pero aspira a ser presidente y mi madre quiere ser la mujer del presidente. Ella me educó para que yo… esperara lo mismo de un hombre.

—¿Planeaba tu marido meterse en política?

—Al menos, eso intentaban nuestros padres —contestó ella, torciendo los labios.

—Tú no querías que lo hiciera.

Una vez más, Tiffany reconoció algo que no le había confesado a nadie.

—Si te soy sincera, no pensé que tuviera alternativa. Pero he visto cómo esa vida ha afectado a mi madre durante años. Tiene que medir cada palabra que dice. Cuando íbamos en familia a una feria, mi padre le daba la mano a todo el mundo menos a nosotros —recordó ella, suspirando con amargura—. Mi vida debía dar la apariencia de felicidad a todas horas.

—Otra razón por la que yo no quiero casarme. Exige demasiados sacrificios a la familia de un político.

—¿Otra razón? ¿No piensas casarte? ¿No quieres tener hijos? Yo estaba deseando ser madre cuando acepté casarme. Quería darles a mis hijos la infancia que yo nunca tuve —admitió ella, pero, al momento, se arrepintió de haber dejado al descubierto sus más íntimos sueños.

—Todavía puedes tener una familia. ¿Por qué no?

Encontrar esa clase de felicidad no era tan fácil como él pretendía, se dijo Tiffany. Y él lo sabía.

—¿Por qué tú no quieres casarte? —preguntó ella, cambiando de tema.

—Estoy casado con mi país. Todo lo que hago, lo hago por mi pueblo.

Intentando ignorar cómo se le contraía el pecho, Tiffany se dijo que eso era bueno. Así, las cosas serían sencillas entre ellos. No habría falsas expectativas.

—¿Cómo te convertiste en presidente? —inquirió ella, de nuevo ansiando hablar de otra cosa. Sin embargo, no se dio cuenta de que su pregunta podía resultar ofensiva.

—Fui elegido.

Tiffany esperó a que el camarero que les llevaba sus platos se retirara.

—Lo que te preguntaba es qué te hizo volver a tu país y aspirar a representarlo.

—Mi madre murió en un bombardeo. Cuando volví a mi país para asistir al funeral, mi padre estaba decidido a combatir. No quise dejarlo solo. Estaba furioso conmigo mismo por no haber regresado antes, por haber pensado que alguien resolvería las cosas y llevaría la paz a mi pueblo.

—Siento lo de tu madre —murmuró Tiffany—. Al menos, tu padre está bien.

—Murió en combate.

—Oh. Lo siento.

—Creo que él lo prefirió así. Quería estar con mi madre.

—Aun así… —balbuceó ella, tragando saliva al ver el rostro impasible de él. Era la clase de hombre que nunca se permitía derramar lágrimas, adivinó—. Seguro que estaría muy orgulloso de ti por lo que has conseguido.

—Una vez que has pagado el precio de perder a un ser querido, no te detienes hasta terminar el trabajo. Yo conseguí unir a los distintos grupos de la revuelta y, así, pude echar a nuestro gobierno corrupto. En mi campaña, prometí a mi pueblo un futuro de paz. Todavía nos queda mucho camino por recorrer. Por ahora, hemos juzgado a varios altos cargos por corrupción, lo que ha dado confianza a la gente. Son los detalles como ese los que importan.

Tiffany asintió, invadida por la más genuina admiración. Debía tener cuidado, se dijo a sí misma, si no…

—¿Damos un paseo para ver la exposición? —sugirió él, cuando hubieron terminado de desayunar.

—No sabía que hubiera tal cosa —contestó ella, mirando a su alrededor.

—La han puesto dentro, para que el sol y la humedad no estropeen las obras.

—¿De verdad? ¿De qué se trata? ¿Obras de valor incalculable? ¿Obras de Da Vinci?

—La mayor parte es arte contemporáneo, pero de gran valor, sí.

Momentos después, entraron en una exposición donde había dibujos para cómics, jirafas de madera tallada y cuadros de paisajes.

Tiffany se quedó enamorada de un paraguas de cristal, inútil pero bello.

—¿Cuánto costará? —preguntó ella, buscándole una etiqueta.

—La subasta comenzará dentro de unas horas.

—¿Podemos volver?

—Si quieres, sí.

—Quiero usarlo como parasol —bromeó ella. Debía de pesar cincuenta kilos. Era el objeto menos práctico jamás creado y quería ser su propietaria.

—Me encanta verte reír —comentó él, arrastrándola detrás de la enorme escultura de un zapato de tacón.

Sin dejarla protestar, la tomó entre sus brazos y la besó, como si no hubiera nadie más en la sala. Un segundo después, cuando deslizó la lengua en su boca, ella se olvidó de todo, excepto de él.

—Quiero acostarme contigo —susurró él, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Derritiéndose, Tiffany sintió que toda su fuerza de voluntad se desvanecía.

—Yo también quiero.

—¿Sí? —preguntó él, levantando la cabeza para mirarla a los ojos.

Ella tragó saliva, todavía aterrorizada por la idea de que la viera desnuda. Pero se odiaría a sí misma para siempre si perdía esa oportunidad solo por cobardía. Conteniendo el aliento, asintió.

Ryzard esbozó una sensual sonrisa, mientras sus ojos brillaban de excitación.

Con el corazón acelerado, Tiffany lo acompañó de regreso al vestíbulo principal, donde él habló con una de las azafatas.

—¿Nos vamos ya? —preguntó ella, dejándose guiar fuera del recinto, después de que la azafata les abriera una puerta cerrada con una clave secreta.

—Ser un miembro veterano tiene sus privilegios —comentó él—. Nos dejan salir antes que a los demás. Pero no podremos volver a entrar.

—¿Y qué pasa con mis cosas? —quiso saber ella, parándose en seco en la rampa que conducía al muelle, donde varios yates se mecían perezosos al sol.

—Nos prepararán y enviarán el equipaje, no te preocupes —repuso él. Acercándose a un catamarán, le dijo algo en bregnoviano a un joven.

El barco, de color blanco radiante, se llamaba Luiza.

—Nos quedaremos en puerto durante unas horas todavía —

informó Ryzard al marinero—. Dile al capitán que estamos a bordo y que pediremos la comida cuando estemos listos. Y que no queremos que nos molesten.

Tiffany se sonrojó, pensando que toda la tripulación adivinaría lo que iban a hacer. Sin embargo, a Ryzard no parecía importarle, mientras la conducía al interior de un lujoso salón en tonos hueso y tierra. Los grandes ventanales ofrecían vistas panorámicas del océano y el cielo. Tras dejar atrás unas escaleras que conducían al puesto de mando, la llevó al camarote principal.

—Es impresionante —señaló ella, admirada por la elegancia de la espaciosa habitación. Había armarios de teca bajo la enorme ventana y una puerta que daba a la cubierta. En la otra esquina, había un espacio de trabajo y, enfrente, un sofá delante de una televisión de pantalla plana.

La cama parecía un monumento al poder masculino, alta y gigante, con sábanas de color almendra y edredón de color chocolate.

Sorprendida, Tiffany se giró cuando cambió la iluminación. Ryzard había corrido las cortinas, envolviendo el espacio en una acogedora intimidad.

Girándose desde la ventana, él se quitó la máscara y se acercó para hacer lo mismo con la suya.

Ella lo detuvo.

—Ya te he visto la cara, Tiffany.

—No quiero que veas lo asustada que estoy.

—¿De mí? —preguntó él frunciendo el ceño.

—De tu reacción.

Meneando la cabeza, Ryzard trató de tranquilizarla, mientras le recorría el torso con sus cálidas manos.

—Yo tengo miedo de hacerte daño otra vez. Ojalá me lo hubieras advertido la otra noche. No fui tan cuidadoso como me habría gustado, si hubiera sabido que eras virgen.

—Comparado con lo que he sufrido, Ryzard, eso no fue nada.

—Pero te hice daño —repitió él, dándole un suave beso en la boca—. Nunca me lo perdonaré.

Con el corazón encogido, Tiffany deseó poder complacerlo, poder darle todo lo que él necesitaba. Pero sabía que no podría.

Debía terminar cuanto antes con aquello, se dijo a sí misma. Debía dejar que él la viera y la rechazara, antes de hacerse demasiadas ilusiones. Si lo hacía en ese momento, antes de que hubieran ido más lejos, podría vestirse otra vez, escabullirse de allí y llamar a su hermano para que la llevara a casa.

Debía reunir el suficiente valor.

Tras apartar con suavidad las manos de él, Tiffany dio un paso atrás y comenzó a desabotonarse la chaqueta de lino. Al despojarse de ella, dejó al descubierto su brazo, pintado de cicatrices que le daban un aspecto marmóreo, con zonas rojas y rosas mezcladas con otras blancas. Sin mirarlo a la cara, se desabrochó los pantalones y se los quitó también. Su pierna izquierda estaba tan malograda como el brazo y la parte superior de su muslo izquierdo tenía marcas rectangulares, donde le habían quitado piel para implantársela en las cicatrices. Su estómago tenía la misma clase de parches. Tras quitarse la blusa de seda sin mangas se quedó allí de pie, solo con la ropa interior y unas sandalias de cintas doradas.

Tenía los ojos pegados al suelo y, en la mente, le atormentaba la imagen de su cuerpo marcado y desnudo.

—Conoces lo que es el dolor, Tiffany —comentó él en voz baja.

Eso hizo que ella levantara la mirada. La estaba observando con gesto grave desde los pies a la cabeza. Luego, dio un paso hacia ella y, sujetándola de la barbilla, buscó sus ojos. En los de él, brillaba algo sombrío y fiero al mismo tiempo.

—Te admiro. No sé si yo habría podido pasar por lo que tú has pasado.

Tiffany se mordió los labios temblorosos.

Despacio, él le quitó la máscara.

—No te avergüences del valor que has tenido para sobrevivir.

Ella había esperado que le dijera que era hermosa a pesar de sus cicatrices. Sin embargo, lo que le dijo fue mejor y la llenó de una tremenda emoción. Poniéndose de puntillas, lo abrazó con fuerza.

Entonces, Tiffany percibió su erección, al mismo tiempo que él la sujetaba de las nalgas, apretándola contra su cuerpo.

—Estás excitado —observó ella, sin dar crédito.

—Te tengo desnuda junto a la cama. ¿Cómo diablos iba a estar si no?

Eso hizo reír a Tiffany. Sin esperar, él la agarró en sus brazos y la lanzó al colchón.

—Cavernícola.

—No lo niego —admitió él, arrancándose la camisa y despojándose de los pantalones y los calzoncillos—. Fuera lo demás —ordenó, señalando la ropa interior de ella con un gesto de la cabeza—. Esta vez, los dos estaremos desnudos —añadió y, sin poder esperar, le arrancó las braguitas.

—¡Oh! —exclamó ella, excitada por su fuerza y por la prisa que tenía en desnudarla.

Entre sus brazos, Tiffany se sentía a salvo, a pesar de sus primitivos gestos de posesión. Era impaciente, pero atento. Después de lanzar al suelo la ropa interior, la sujetó entre sus brazos, contemplando sus pechos.

—¿Te duele esto? —quiso saber él, tocándole donde la cicatriz cambiaba de color blanco a rojo fuego, en el borde de uno de sus pechos.

—Casi no puedo sentir nada. Solo un poco de presión. Tengo dañadas las terminaciones nerviosas. ¿Sabes cómo se siente la cara después de ir al dentista, cuando está empezando a desaparecer el efecto de la anestesia? Pues algo así.

—Es bueno saberlo. Me concentraré donde puedas sentirlo —indicó él, y comenzó a lamerle el pezón.

Ella se encogió, invadida por una sensación más aguda de lo que había esperado.

—¿No te gusta?

—No, sí, me gusta, es que… —balbuceó ella, sonrojándose. Aquello era surrealista. Estaba tumbada desnuda con un hombre impresionante. Por una parte, ansiaba rendirse al deseo y, por otra, quería tener tiempo para asimilarlo.

Como si estuviera haciendo un experimento, él le lamió el otro pecho, haciéndola estremecerse y gemir. Era increíble, pero la sensación no era tan intensa como con el izquierdo, pensó ella.

Al instante, como si le hubiera leído el pensamiento, Ryzard se centró en el pecho izquierdo, haciendo que se le inundara de húmedo calor su parte más íntima.

—Este es mucho más sensible —susurró ella, mientras le acariciaba el pelo a su amante y lo agarraba de los hombros. No sabía si quería que parara o que la llevara al clímax.

—Ya lo veo —comentó él, y siguió lamiéndola con suavidad y ternura.

—Ryzard —gritó ella, abriendo los muslos, ansiosa por tenerlo dentro.

Con un gemido, él bajó la cabeza y la mordisqueó en la parte interna del muslo.

—¿Sabes cuántas cosas quiero hacerte?

—Hazme lo que quieras —musitó ella, colocándose un brazo sobre los ojos, rindiéndose—. Me encanta todo lo que me haces.

Por un segundo, Ryzard se quedó parado. Cuando Tiffany abrió los ojos, preguntándose si habría pasado algo, sintió cómo le entreabría los pliegues de su feminidad con los labios. Llevándose la muñeca a la boca, reprimió un grito del más puro gozo. Ser deseada

de esa manera, ser devorada como en un festín, hacía que se le saltaran lágrimas de felicidad.

El placer la inundó, llevándola a la más dulce de las tensiones. Tiffany quería liberarse en el orgasmo y, a la vez, quería que aquello continuara para siempre. Entonces, cuando él deslizó un dedo en su interior, ella supo lo que quería exactamente. Y se lo dijo.

—Yo tampoco puedo esperar —admitió él. Con un rápido movimiento, alargó la mano hacia el cajón, sacó un preservativo y se lo puso.

Cuando la penetró, ella lo recibió con un grito de placer, clavándole las uñas mientras la poseía sin prisa, pero sin pausa. Al ver cómo la contemplaba, se mordió el labio inferior, sintiéndose a su merced, aunque conmovida por lo íntimo de aquel momento.

—No puedo creer que sea el único hombre que sepa lo increíble que eres —dijo él, meciéndose de lado a lado para penetrarla con más profundidad.

Tiffany tembló de excitación. Lo rodeó con las piernas y los brazos, ofreciéndole su boca, suplicándole que la besara.

Con un gemido torturado de placer, Ryzard la besó, penetrándola también con su lengua. Lo quería todo de ella. Quería marcarla para toda la vida.

Sin embargo, aquello no podía mantenerse para siempre, pensó él, mientras se sumergía en su olor, en su sabor. Se sentía por completo embrujado por aquella maravillosa criatura.

Cuando Tiffany gimió su nombre, él aceleró el ritmo, impelido por una fuerza invisible a complacerla. Sus cuerpos estaban tan sintonizados que escalaron al clímax juntos y se lanzaron al abismo en perfecta afinidad. Entonces, él se hundió en su húmedo interior, recorrido por espasmos de placer, y soltó un apasionado grito de triunfo.

Capítulo 6

Ryzard se quitó de encima de ella y se tumbó boca arriba, con sus cuerpos rozándose, pero de forma accidental nada más.

No la estaba abrazando ni tocando, observó Tiffany, y se volvió hacia él, para intentar descifrar su expresión. No parecía descontento, sin embargo…

Una sensación de estar fuera de lugar la invadió. Se había entregado por completo a hacer el amor, pero, en ese momento, de nuevo volvía a experimentar su vieja inseguridad. Se sentó en la cama.

—No te vayas —le pidió él, agarrándola de una muñeca.

Lo cierto era que no sabía dónde ir, reconoció ella para sus adentros. Ya no les permitían regresar al club.

—Pareces… —comenzó a decir ella, tratando de interpretar la velada expresión de él. Se había expuesto a sí misma, por dentro y por fuera y, en ese instante, solo quería esconderse—. Creo que es mejor que me vaya.

—No sé lo que parezco, pero solo intento asimilar algo que… —dijo él, y se interrumpió, musitando una palabra en lengua extranjera que ella no entendió.

Sin mirarlo a la cara, Tiffany cerró los ojos con el corazón encogido. Por un momento, le había dado la sensación de que él estaba tan sobrecogido por lo que acababa de pasar como ella.

—¿Estás bien? —preguntó él, acariciándole la espalda.

—Solo intento no actuar como una novata.

—Esto ha sido único para ambos.

Tiffany intentó no creerse del todo aquella afirmación. Ya estaba empezando a enamorarse de él y no podía permitírselo.

—Siempre tienes preservativos en el cajón de la mesilla —señaló ella—. No creo que sea tan única.

—Yo nunca he dicho que no hubiera estado con otras —repuso él tras un sombrío silencio.

¿Qué derecho tenía ella a ponerse posesiva?, se reprendió Tiffany a sí misma. En todo caso, debía considerarse afortunada por

haberla añadido a su lista de conquistas.

—¡Y esta no es la única cama en la que yo pienso estar!

Antes de que pudiera reaccionar, Ryzard la tumbó de espaldas y se colocó encima de ella en un rápido movimiento.

—Para que lo sepas, no se debe hablar de amantes futuros ni pasados, en especial, si todavía estamos en la cama —señaló él.

Ella parpadeó con el corazón acelerado por el susto. Sin embargo, su agresión se transformó pronto en una tierna caricia en la mejilla.

—No me hagas sentir culpable por mi vida antes de conocerte. ¿Cómo iba yo a saber que lo que había considerado placer…? —comenzó a decir él, pero se interrumpió con un gesto de profunda angustia.

—Esto es solo química —le aseguró ella. Aunque, en el fondo de su corazón, sabía que no era cierto, era su forma de acallar cualquier esperanza de ser especial para él.

—Una química excepcional —afirmó él, devorándola con la mirada, desde la cabeza hasta los pechos, las caderas…—. Pero ¿entiendes que esto es solo una aventura? No puede llevarnos a nada permanente. No soy el tipo de pareja que estás buscando.

Su comentario directo cayó entre ellos como una pared de acero, suavizado solo por la expresión de tristeza de él.

—Me alegro de que lo hayas dicho tú primero —indicó ella con una falsa sonrisa, tratando de ocultar su tensión—. Ya te he dicho que no quiero ser la mujer de un gran hombre. Tú eres solo un capricho que me doy, como quien se salta una dieta.

Él arqueó las cejas, indignado, pero divertido.

—Démonos un festín, pues.

Ryzard dejó de intentar trabajar. Llevaban solo tres horas navegando. Tras darle instrucciones al capitán, se quedó al mando del timón, admirando aquel precioso catamarán que acababa de comprarse.

Si hubiera permitido que su concentración le fallara de esa manera durante sus días de batalla, seguramente estaría muerto. Sin embargo, en ese momento, podía permitirse repasar cada minuto que había pasado con Tiffany. Durante horas, se había dedicado a explorar todo lo que la excitaba, dando y recibiendo placer, mientras le había dado lecciones aceleradas sobre el arte del disfrute carnal.

Como dos adictos, habían terminado empapados en sudor, marcados por miles de besos.

Frotándose la cara, Ryzard volvió a la realidad. Se abrió los

botones del cuello de la camisa, en busca de aire fresco para calmar su libido. ¿Cómo podía estar de nuevo tan excitado? Los dos habían caído rendidos en brazos de Morfeo, exhaustos de tanto hacer el amor.

Él se había despertado poco después, deseándola otra vez.

Cuando se había girado para levantarse, ella había protestado, pero pronto había vuelto a sumirse en el sueño. Entonces, él había aprovechado para ir a darse una ducha fría.

Y había tomado una decisión. Ella era suya.

La química no justificaba su pánico a separarse de ella.

¿Cómo era posible? ¿Por qué su reacción era mucho más intensa que la que había experimentado con la única mujer con la que había querido casarse? Se odiaba a sí mismo por ello, pero no podía negarlo.

Luiza y él no habían dispuesto de tanto tiempo y privacidad para disfrutar de su intimidad sexual. Su vínculo había sido forjado al calor de secretos e ideales compartidos. Ella lo había amado cuando él no había tenido a nadie más.

Apretando las manos en el timón, reconoció que el hecho de que Tiffany hubiera sido virgen había tenido mucho peso en su decisión. Ningún hombre quería ser el primero y peor. Le debía más tiempo y consideración que a las demás amantes que había tenido.

Además, Tiffany tenía el mismo apetito sexual que él. Y entendía que su asociación era solo temporal.

Su corazón le pertenecía a Luiza. Si no había podido casarse con ella, no se casaría con nadie más.

Después de ordenar sus pensamientos y darle a Tiffany el lugar que le correspondía, se sintió preparado para verla otra vez. Hizo una seña a su capitán para que tomara el timón.

Tiffany se despertó a punto de caerse de la cama. Con un grito, extendió las manos sobre el colchón, desorientada.

La habitación estaba bañada por una suave penumbra y le dolía todo el cuerpo. Tras unos segundos, se dio cuenta de que el barco ¡se movía!

¡Estaban navegando!

Corriendo a la ventana, abrió la cortina. Sí. Había solo un pedazo de tierra en el horizonte y olas relucientes bajo el sol.

—¿Dónde diablos estamos? —se preguntó en voz alta.

Tras buscar sus ropas, se miró al espejo y se encogió. Tenía el pelo pegado a la cara, por efecto del sudor. Y tenía enrojecido el contorno del pecho, donde su amante le había rozado con la barba incipiente. Al inclinar la cabeza hacia el hombro, percibió el aroma

de Ryzard impregnado en su piel.

De pronto, se sintió embriagada por una cálida sensualidad y tuvo ganas de meterse en la cama otra vez y llamarlo. Sin embargo, debía volver a la realidad, se dijo. ¿Adónde diablos estaba llevándola?

Se dio una ducha rápida, se vistió y fue a buscarlo. Se obligó a no ser tan cobarde como para ponerse la máscara.

Encontró a Ryzard recostado en un sofá en cubierta, leyendo algo en su portátil.

—Pensé que un par de giros bruscos con el timón te levantarían de la cama —comentó él, levantando la vista.

—¿Te suena de algo la palabra «secuestro»?

—Tengo cosas que hacer en Cuba.

—¿Me estás llevando a Cuba? —preguntó ella, alarmada.

—Me encantaría fondear en alguna playa privada y olvidarme de mis responsabilidades, pero no puedo. Tengo otros compromisos.

—¿Como el que yo tenía de tomar un avión con mi hermano hace dos horas? Estará muy preocupado —le espetó ella. Un poco aturdida, se llevó la mano a la cabeza, tratando de poner en orden sus neuronas para pensar en un plan.

—Mis empleados hablaron con él cuando fueron a por tu equipaje.

—Tus empleados han recogido mi equipaje. ¿Y lo han traído aquí? —inquirió ella, anonadada—. ¿Después de informar a mi hermano de que yo me iba contigo?

—Son lo bastante discretos como para no decir nada más que eres mi invitada. ¿Por qué estás disgustada? Relájate.

—Ryzard —dijo ella con un atisbo de histeria—. Dijiste que nos quedaríamos en el muelle.

—Durante unas horas, eso hemos hecho. Has dormido demasiado.

—¡Deberías haberme despertado! No debiste decirle nada a mi hermano. No tiene por qué saber nada de lo nuestro, ni nadie. ¡Es solo asunto mío! —gritó ella.

—Cuando dijiste que yo era tu pequeño y sucio secreto, no creí que hablaras en serio —comentó él con tono seco.

Quizá estaba exagerando, admitió ella para sus adentros. Pero él no tenía ni idea de la conmoción que podía haber provocado dentro de su familia.

—Deberías habérmelo preguntado. Y haberme dejado hablar con mi hermano —insistió Tiffany—. ¿Hay alguna manera de que me ponga en contacto con él? —preguntó, presa del pánico.

—Si tu teléfono móvil no funciona, pídele al capitán que te lleve a la costa en la lancha —repuso él.

Tiffany se dio cuenta de que Ryzard parecía ofendido, pero lidiar con él le parecía menos urgente que suavizar las cosas con Christian. ¿Qué estaría pensando su hermano?

Se había dejado el móvil en la habitación del club, pero lo encontró en su bolso, en el camarote donde habían colocado sus cosas. No era el camarote de Ryzard, sino otro, observó, sin poder evitar sentirse molesta.

Tras marcar el código pin de su móvil, vio que su hermano le había dejado una docena de mensajes.

¿Qué diablos pasa, Tiff?, fue lo primero que leyó.

Debería haber pensado qué le iba a decir antes de marcar su número, se dijo ella, cerrando los ojos. Estaba demasiado ansiosa por arreglar las cosas, pero ¿cómo?

—¿Cómo puede haber sucedido algo así?

La pregunta instantánea de su hermano al responder la dejó paralizada. De pronto, se sintió más frágil que nunca. Ryzard, a pesar de su forma autoritaria de hacer las cosas, no era el malo de la película. El problema de que su familia estuviera al tanto de su aventura era que rompería las expectativas que habían tenido con ella.

—Tú eres el experto en mujeres. Ya sabes cómo suceden estas cosas —replicó ella—. Supo cómo cortejarme. Y caí a sus pies.

Ryzard entró en la habitación a tiempo para oír lo que ella había dicho.

—Eres demasiado lista como para eso —le espetó su hermano.

—¿De veras? Quizá soy débil y estoy desesperada. Tal vez me siento afortunada por que cualquier hombre me preste atención.

—¿Es eso verdad? —preguntó Ryzard en voz baja desde una esquina de la habitación, mirándola con gesto sombrío, de brazos cruzados.

—Lo sabía. Se está aprovechando de ti —aventuró Christian.

Tiffany tomó aliento, más herida de lo que podía expresarse con palabras. Su familia pensaba que no merecía la atención de ningún hombre.

Furiosa por que estuviera siendo testigo de su humillación, ella le lanzó una mirada resentida a Ryzard. Al mismo tiempo, necesitaba con desesperación que alguien la apoyara.

—Gracias, Chris —dijo ella en un murmullo—. Gracias por hacerme saber que no es posible que ningún hombre se sienta atraído por mí. Soy una vergüenza para la familia y la culpa es mía.

¡Seguro que mamá está furiosa! —gritó—. Dime una cosa. ¿Cuántas veces te has ido a pasar el fin de semana con alguna amiguita tuya? Cientos. ¿Y cuántas veces has dado explicaciones por ello? Nunca. Sin embargo, yo nunca me había atrevido a besar a ningún hombre porque había tenido una reputación que mantener. No solo la mía, sino la de toda la familia, hasta la de Paulie.

—De acuerdo. Lo entiendo. Tienes derecho a una vida privada, pero este no es el momento —la acusó Christian, tras soltar una maldición—. Ni el hombre adecuado.

—No se lo has contado a papá y a mamá, ¿verdad?

—¡No sabía qué pensar, Tiff! Esto no es propio de ti.

—¿Cuándo he tenido oportunidad de ser quien soy? —gritó ella —. He sido la hija de papá, la prometida de Paulie. La novia llena de vendas. Por todos los santos, soy una mujer adulta. No tengo que defender mis actos como si fuera una delincuente.

—No, tienes razón. Lo siento. De verdad.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó ella, sujetándose la cabeza, pues se sentía culpable a pesar de todo lo que había dicho—. ¿Es mejor hablar con ellos o esperar?

—Ellos tampoco saben qué pensar. Pero no quieren volver a verte sufrir, nunca más. Ese asunto con Vrbancic, ¿va en serio?

Tiffany miró a Ryzard, que parecía exasperado.

—No, en realidad, no.

Christian lanzó un suspiro de desaprobación.

—Vaya, lo siento. ¿Es que tú te has casado con todas las chicas con las que te has acostado?

—Así que has llegado tan lejos —le espetó su hermano con tono implacable.

—Adiós, Chris. Diles a mamá y a papá lo que te dé la gana —repuso ella.

Colgó, lanzó el teléfono a la cama y lo tapó con una almohada.

—Me gustaría poder decir que no me importa lo que la gente piense de mí. Pero, cuando mi familia me juzga, me duele —comentó ella, mientras Ryzard la contemplaba pensativo.

—Sabías que no lo aprobarían. Por eso estabas disgustada.

—No es porque seas tú. Se habrían escandalizado de todas maneras, sin importar con quién me hubiera acostado. Aunque deben de estar más conmocionados porque fueron ellos quienes me enviaron a hablar contigo. De todas maneras, juro por lo más sagrado que jamás le contaré a mi madre que la primera vez no te había visto la cara, ni sabía tu nombre —dijo ella, rindiéndose a las lágrimas—. No es así como suelo comportarme, Ryzard. No puedo

culparles por que estén alarmados. Pero he de vivir mi propia vida.

Bajo la almohada, el móvil sonó. Ignorándolo, Tiffany se levantó.

—Voy a cambiarme. Hace demasiado calor para llevar pantalones largos.

Ryzard no se movió. Al parecer, tenía la intención de quedarse a mirar. Cielos, ese hombre la excitaba sin ni siquiera proponérselo.

Tras desnudarse sin ceremonias, sujetador incluido, se puso un colorido y corto vestido de tirantes.

—Adorable. Ven aquí.

—¿Y arriesgarme a terminar haciendo el amor sobre el teléfono? Podríamos presionar botones con terribles consecuencias. No. Me prometiste comer y tengo hambre.

—Pues yo estoy muy satisfecho con todo lo que he saboreado —comentó él, abriendo la puerta con una mano y, con la otra, acariciándole el trasero.

A Tiffany le subió la temperatura al instante y todavía estaba sonrojada cuando la guio a cubierta, donde los esperaba una mesa puesta y con una botella de vino esperando a ser descorchada. El sol estaba bajo en el horizonte, pintando el mar de tonos oro y plata.

—Siento haberme puesto así —se disculpó ella, tras sentarse—. Pero me has tomado por sorpresa. Creí que, después de comer, cada uno se iría por su lado y que, tal vez, te vería con otra mujer en la próxima reunión de Q Virtus. Esto está mejor —admitió, mirándolo a los ojos—. Pero tengo trabajo que hacer.

—Disculpas aceptadas. Ya he pedido a la tripulación que prepare un lugar de trabajo en el camarote donde están tus cosas. Estará listo por la mañana.

—¿Van a prepararlo mientras yo duermo allí?

—No vas a estar allí, draga. Y tampoco vas a dormir.

Ryzard revisó sus correos electrónicos mientras esperaba a que Tiffany terminara una llamada. Habían tenido una mañana muy productiva, a pesar de que se habían levantado tarde. Después de la explosiva reacción de su amante al despertarse en medio del mar el día anterior, las aguas habían vuelto a su cauce y se estaban llevando de maravilla.

Aun así, algo en la conversación telefónica de Tiffany con su hermano seguía molestándolo. Por alguna razón, le había herido sobremanera escucharla decir que estaba con él solo por desesperación.

Era una mujer volátil, pensó. Alguien capaz de tanta pasión en la cama debía de tener fuertes sentimientos respecto a todos los

aspectos de su vida. Sin duda, sería una madre excelente, cuando tuviera hijos, caviló.

Respirando hondo para disipar tan extraños pensamientos, Ryzard la miró. Ella acababa de colgar.

—Ya está. Lo siento mucho.

—No te disculpes. Los dos tenemos que trabajar. Yo te he hecho esperar a ti esta mañana.

Tiffany se sonrojó al recordar cómo habían estado devorándose después de la ducha, cuando él había recibido una llamada que no había podido esperar. Después, se habían comido vivos y apenas habían podido parar para desayunar.

De pronto, el móvil de ella volvió a sonar. A su lado, uno de los marineros los esperaba con el equipo de buceo preparado.

—No tengo por qué responder. Vamos a bañarnos, que ya has esperado bastante —propuso ella—. Oh, vaya, es mi hermano —añadió, al echar un vistazo a la pantalla—. Debería contestar. ¿Por qué me miras así?

—Porque me pones muy caliente —reconoció él, saboreando a distancia su cuerpo cubierto solo por un pequeño bikini—. Responde la llamada o no te quedarás tranquila, pensando qué querían.

Un poco sonrojada, ella se puso el albornoz. Tomó el móvil y contestó, apretando el botón de videollamada.

—Hola.

—¿Estás desnuda? —preguntó su hermano, frunciendo el ceño—. Es solo mediodía. Pensé que era buen momento para llamar.

—Disculpa, cariño —le dijo ella a Ryzard—. Mi hermano ha llamado para preguntar si es de día. ¿Puedes levantar las cortinas para verlo?

Christian resopló, Ryzard levantó los ojos al cielo en un gesto de paciencia.

—Íbamos a darnos un baño, idiota —explicó ella a su hermano—. ¿Lo ves? Llevo bañador —añadió, pasándose la cámara del teléfono por el cuerpo. Luego, enfocó el equipo que había preparado en cubierta—. Tenemos bombonas de aire y gafas para bucear. Ahora que mi reputación está a salvo, ¿te importa decirme para qué llamabas?

—Papá no ha averiguado nada nuevo todavía, pero dice que preguntará por ahí.

—Bien, dile que le agradezco todo lo que pueda decirnos.

—Yo también —indicó Ryzard cuando ella hubo colgado—. Si estás hablando de lo que yo creo.

—Le pedí a Christian que estuviera atento a las noticias. Mi padre no quiere hablar conmigo por el momento, pero no sé si es porque está en Washington y no tiene tiempo para la conversación que cree que debemos tener, o si es porque está muy enfadado. Me preocupaba que… —empezó a decir, y se encogió de hombros—. Yo soy su pequeña princesita. No quería que se enemistara contigo por mi causa y eso pudiera afectar a tu situación política. Si él sabe que yo estoy interesada en que tu país sea reconocido, se esforzará en apoyar tu petición. O, al menos, en no ir en contra.

—¿Tanta influencia tiene? —preguntó él, interesado.

—Tiene muy buenos contactos. Pero apoyar a un líder que no goza del reconocimiento internacional sería muy arriesgado para alguien que, como él, está en plena campaña de las elecciones. Pienso que va a ser más discreto y que averiguará todo lo que pueda. Tampoco va a preparar tu linchamiento, ya lo verás.

—¿No me obligará a casarme a punta de pistola? —inquirió él con la garganta seca.

—Claro que no.

En vez de experimentar alivio, Ryzard se sintió un poco decepcionado. Tal vez, si se viera obligado a casarse con Tiffany, no podría considerarse una traición hacia Luiza.

Apartándose aquella idea de la cabeza, se recordó que lo suyo era solo una aventura. Sin embargo, si lo pensaba bien, Tiffany no solo era una mujer hermosa e inteligente, con una profunda comprensión del mundo de la política, sino que podía ser pronto la hija del presidente de Estados Unidos. En ese caso, casarse con ella supondría un valor añadido para su país…

Tiffany se puso un poco pálida al colocarse las gafas de bucear. Le había hablado a Ryzard sobre su aversión a llevar cosas apretadas en la cara, pero a pesar de ello, estaba intentándolo.

—Me preocupa entrar en pánico allí abajo —dijo ella con los ojos llenos de ansiedad.

—Eres una chica valiente —observó él, admirándola con orgullo—. Podrás hacerlo.

Sin querer darle más tiempo para pensárselo, Ryzard se puso su propio equipo de buceo. Por alguna razón, tenía mucho interés en ayudar a su acompañante a vencer sus temores y mostrarle las bellezas del mundo submarino.

Era raro, reflexionó él. No solía comportarse así. Nunca había sido una persona dependiente, ni quería implicarse emocionalmente con nadie después de Luiza.

Sin embargo, la idea de casarse con Tiffany y dormir con ella

todas las noches no dejaba de resonar en su mente.

Podía ser un movimiento muy práctico, se dijo. Necesitaba lograr la estabilidad de su país y cumplir su promesa de paz.

—Pareces una rana —comentó ella, cuando se disponían a saltar al agua.

—Pues bésame, princesa de papá. Verás en qué me convierto.

Ella obedeció, volvió a cubrirse la boca con la máscara y se lanzó al agua.

Él la siguió.

Capítulo 7

Ha sido fantástico! —exclamó Tiffany, todavía sin aliento después de ascender a la superficie. Habían visto un barco hundido cubierto de coral, rodeado de coloridos peces. Ryzard había llevado un foco para que pudieran verlo mejor.

Él le tendió la bombona de oxígeno a uno de sus marineros y saltó a la lancha. Sentado en el borde, le tendió la mano a Tiffany.

—¿Te subo?

—Todavía estoy recuperando el aliento. Dame un segundo.

Contemplando el pequeño traje de baño que Ryzard llevaba, que resaltaba su virilidad, a ella se le hizo la boca agua.

—¿Quieres que nos quedemos en el agua un poco más? —preguntó él, sujetándola con cariño de la barbilla—. No puedes mirarme así sin provocar una respuesta. No soy de piedra.

Bajando los ojos, Tiffany se dio cuenta de que el pequeño traje de baño negro estaba a punto de explotar.

—No dejes que nadie te diga nunca que no eres hermosa. Cuando sonríes, lo iluminas todo y, cuando estás excitada, no puedo dejar de mirarte.

El agua debería hervir a su alrededor, pensó ella, caliente y sonrojada.

—¿Vendrás a Bregnovia conmigo?

Oh. La pregunta tomó a Tiffany por sorpresa. Así como lo que implicaba. Él quería quedarse con ella.

Tendiéndole los brazos, dejó que la ayudara a subir. Sus pechos se pegaron y sus bocas se encontraron con apasionada alegría.

—Sí.

Sujetándola de la nuca, él la besó en profundidad, mientras la sentaba a horcajadas sobre su masculinidad.

—Vaya. No tengo preservativos aquí —murmuró él con frustración—. Vamos a la habitación.

—Al menos, ya sé en qué te has convertido después del beso.

Ryzard arqueó las cejas, sin comprender.

—En un sapo caliente —repuso ella en un susurro, riéndose.

El paisaje que se veía desde el aeropuerto era el de un país en recuperación. Parecía una ciudad de juguete que hubiera sido pisoteada por un niño. Edificios bombardeados, puentes derruidos, carreteras destrozadas.

Un cuatro por cuatro los adentró en Gizela, la capital. Lo que quedaba de ella parecía sacado de un cuento de hadas medieval. Edificios gubernamentales de la época comunista convivían con centros comerciales más modernos, aunque nada escapaba a las heridas de la reciente guerra.

Tiffany apenas abrió la boca, hasta que atravesaron unas enormes puertas de hierro forjado con filigranas doradas.

—¿Esta es tu casa? Parece el palacio de Buckingham.

—Es un palacio —confirmó él, como si fuera lo más natural del mundo—. Fue construido en los tiempos del zar. Los comunistas lo expropiaron y fue el cuartel general de la KGB, hasta que se convirtió en la residencia de mi predecesor. Todavía lo estamos reparando.

A pesar de los impactos de bala y los escombros que rodeaban el lugar, el palacio hacía que la Casa Blanca pareciera una cabaña de veraneo, sobre todo, por el gigantesco banco de flores que servía de alfombra a la estatua de una mujer con una mano en el pecho y el otro brazo extendido en un gesto de súplica.

Cuando Tiffany leyó la inscripción, el corazón comenzó a latirle con fuerza en los oídos. Luiza.

Ryzard había dicho que era una mártir de su país, reverenciada por todos. Sin embargo, esa imagen no transmitía un estado de paz y optimismo. Más bien, a Tiffany la llenó de angustia e hizo que se le erizara el vello. No representaba un símbolo ni un ideal, sino a una persona cuyo nombre Ryzard llevaba tatuado en el pecho.

Sin querer prestar atención a la sospecha que comenzaba a forjarse en su subconsciente, Tiffany se bajó del coche y entró en el palacio. En la entrada, se topó con un enorme retrato de la misma mujer. En esa ocasión, Luiza exhibía una serena sonrisa, solo eclipsada por su inmaculada belleza.

De nuevo, no parecía un cuadro conmemorativo de un hecho político. Tenía un toque romántico, como si hubiera sido pintado para prolongar por siempre el recuerdo del ser amado.

Por suerte, el retrato quedó atrás enseguida, cuando subieron escaleras arriba a un lugar que él llamaba la Suite del Jardín.

—Es la única habitación en el ala de invitados que está habitable —comentó él con tono de disculpa—. Y aquí está tu zona de trabajo —indicó, guiándola a través de unas puertas dobles a una amplia

sala con un escritorio que bien podría haber utilizado María Antonieta antes de que le hubieran cortado la cabeza—. ¿No te supondrá ningún problema trabajar desde fuera de tu país?

—Llevo un par de años trabajando desde la mansión familiar. Nunca me presento en persona en la oficina —repuso ella—. ¡Mi paraguas! —exclamó al ver la obra de cristal colgada sobre la ventana, a la altura perfecta para colocarse debajo—. Dijiste que nos habíamos quedado dormidos y nos habíamos perdido la subasta.

—Ofrecí mi puja antes de marcharnos.

—Me estás mimando demasiado.

—Quiero que seas feliz. ¿Estarás bien aquí?

Tiffany miró por la ventana y se topó con la espalda de la estatua de Luiza. Su buen humor decayó al instante. No podía quitarse de encima la sensación de que Ryzard había hecho un monumento a su antigua novia en el jardín.

—¿Tiffany?

—¿Dónde te alojas tú? —preguntó ella, apartándose de la ventana.

—Demasiado lejos.

—¿Por qué? ¿Por seguridad? ¿No puede haber extranjeras en la habitación del presidente?

—Ciertas costumbres no han cambiado con el tiempo.

—Umm —murmuró ella e hizo una seña con la cabeza a la puerta—. Mira a ver si tiene cerrojo.

—No puedo —negó él—. Ahora tengo que salir a presidir el saludo de la bandera. Es una costumbre que siempre sigo cuando vuelvo de un viaje. La gente se reúne para verlo. Así, les recuerdo mi compromiso con ellos. ¿Te gustaría acompañarme?

Anonadada por su petición, Tiffany sintió renacer sus más profundos complejos.

—¿Algún problema? —preguntó él, como si le hubiera leído el pensamiento—. Se quedan en las puertas, por si te preocupa que te vean de cerca.

—Está bien.

Treinta minutos después, Tiffany estaba fuera, con un amplio sombrero que dejaba su rostro en sombras. Llena de admiración, observaba a Ryzard con su atuendo presidencial, pronunciando su saludo a la bandera. Sus motivos eran puros; su corazón estaba entregado a su país al cien por cien.

Con lágrimas de emoción en los ojos, lo vio inclinarse ante la bandera. Luego, se giró hacia la estatua de Luiza. Primero, se llevó

las puntas de los dedos a la boca y, a continuación, ofreció el beso al monumento de metal levantando la palma de la mano.

Tiffany se quedó paralizada, con el corazón encogido. No fue tanto por el gesto de Ryzard como por la expresión de angustia de sus ojos.

Sus sospechas estaban confirmadas. Él amaba a Luiza.

Sin pensarlo, alargó la mano y la posó en el hombro de él para consolarlo. Pero Ryzard se puso tenso, le agarró la mano y, con suavidad y firmeza, se la apartó.

—Cuando te pregunté por el tatuaje que tienes en el pecho, no me dijiste que…

—Lo sé —la interrumpió él, soltándole la mano y dando un paso atrás—. Es difícil hablar de ello.

—Claro —acertó a responder ella, mientras notaba que la sangre abandonaba su cabeza. Su rechazo le resultaba tan brutal que no podía soportarlo—. Lo siento.

—No pienso pasar por algo parecido nunca más. Amar así y perder… Nunca más —dijo él, lanzándole una mirada firme y aprensiva al mismo tiempo.

Su resolución hizo que Tiffany se encogiera. Comprendió que él nunca se permitiría volver a querer a nadie.

Entonces, fue cuando se percató de la gente que todavía seguía observándolos desde las puertas. Aquellos extraños habían presenciado su humillación. No aplaudieron, ni saludaron con la mano. Solo se quedaron mirando a la pareja unos segundos más antes de empezar a dispersarse. Era como si supieran que ella no encajaba allí.

Cuando siguió a Ryzard dentro del palacio, por suerte, los dos tenían trabajo que hacer y se despidieron por el momento. Ella necesitaba estar a solas, aunque fuera con la estatua de Luiza delante de las narices.

Más tarde, mientras se daba un baño de espuma, consideró los límites de su felicidad presente. Ryzard había tenido que atender una llamada y la había dejado cenar sola. Ella había comprendido cómo debía de haberse sentido su madre durante gran parte de su matrimonio. Así debían de ser las cosas cuando se vivía con un hombre poderoso. Si él por lo menos la amara, el sacrificio merecería la pena. Pero no era así.

Una pequeña corriente de aire hizo parpadear las velas que había puesto en una esquina de la bañera. Tiffany miró hacia la puerta y se incorporó en un ajetreo de agua y espuma.

Ryzard estaba apoyado en el marco con un pícaro gesto de

admiración.

Un delicado aroma a lirios flotaba en el aire húmedo, mientras sonaba un decadente solo de saxofón en el equipo de música. Pero eso no era nada comparado con el efecto que provocó en ella verlo con el pelo revuelto después de quitarse el suéter que llevaba.

—Había venido para llevarte a mi cuarto, pero me has hecho una oferta que no puedo rechazar. Antes de que se me olvide… —dijo él, y se inclinó para darle un apasionado beso—. Un miembro del Departamento de Estado de tu país me ha llamado. No me ha prometido que la votación salga a mi favor, pero es una señal de que vamos por buen camino.

—¡Oh! —exclamó ella, y aplaudió impulsivamente, esparciendo la espuma con las manos—. Es maravilloso.

—Y ha sido gracias a ti —observó él, se sentó en la bañera detrás de ella y la abrazó.

—Yo no he hecho nada.

—Estoy seguro de que la influencia de tu padre ha tenido mucho que ver.

—Umm —murmuró ella, apoyando la cabeza en su hombro. Le gustaba que las cosas le salieran bien y quería la paz para su país… Pero seguía teniendo el corazón encogido por lo que había descubierto sobre Luiza.

—Es un gran paso —señaló él, mientras le acariciaba un pecho—. Muchas naciones no se atreven a acercarse a nosotros por miedo a contrariar a tu país. Si Estados Unidos nos respalda, los otros dos tercios de votos que necesito irán a mi favor. Sé que te dije que no te obligaría a presentarte en sociedad, pero puede que tengamos que asistir a algunas cenas de estado en el futuro.

Debía negarse, se dijo ella.

Sin embargo, negarse a hacer su parte implicaba romper su relación. Y, a pesar de que no le veía mucho futuro, no estaba preparada para decirle adiós todavía.

Sobre todo, cuando Ryzard estaba jugueteando con su pezón. ¿Estaría manipulándola a propósito?, se preguntó ella, murmurando su aceptación. Entonces, notó su erección. Él también la deseaba.

Aun así, Tiffany se odiaba a sí misma por ser tan débil y fácil de manipular. Al menos, quería poder causarle el mismo efecto. Volviéndose, lo agarró con firmeza, como sabía que a él le gustaba, y le mordisqueó el labio inferior.

Ryzard echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos verdes y dorados relucían bajo las velas.

Sonriendo, ella se incorporó lo suficiente para sentarse a

horcajadas en su regazo. Mientras lo besaba con toda la pasión de que era capaz, usó su cuerpo para acariciarlo, meciendo las caderas.

Lamiéndole los labios, agarró su fuerte erección de nuevo y comenzó a introducirla en su interior.

—Draga, espera —gimió él—. Protección —añadió, y alargó la mano para buscar los pantalones.

Con una mezcla de angustia y vergüenza, ella se preguntó en qué había estado pensando. ¿Tan desesperada estaba por conseguir que su unión fuera permanente?

—Vayamos a la habitación, mejor. Estaremos más cómodos —propuso él, y la ayudó a salir de la bañera.

En la cama, cuando Ryzard iba a besarla, ella lo mordió.

—¿Qué te pasa? —preguntó él, agarrándola de las muñecas para impedir que le clavara las uñas.

—Nada. ¿Por qué tardas tanto?

Con un rápido movimiento, él se puso el preservativo y la penetró sin hacerse esperar. Tiffany estaba lista, pero no del todo. La súbita fricción le hizo gemir de sorpresa y anticipación.

—¿Mejor así? —preguntó él—. ¿Qué te pasa? —quiso saber, cuando ella dejó escapar un sollozo.

—Nada. Solo hazme el amor.

Ryzard hizo lo que le pedía, porque era incapaz de negarse. Pero se tomó su tiempo, entrando y saliendo muy despacio, como si así pudiera borrar el muro que, de pronto, se había levantado entre ellos.

Ella se retorcía de placer debajo de él, hermosa, aferrándose al momento, sin querer rendirse al orgasmo. Pero aquello no podía durar para siempre. Entonces, el éxtasis se apoderó de ellos y el resto del universo desapareció.

Durante horas, en un profundo trance de sensualidad, él trató de saciar su mutuo apetito. Se olvidó del muro que los separaba, pero solo hasta la mañana siguiente.

Cuando se despertó en la cama de Ryzard, Tiffany miró a su alrededor perpleja.

—¿Dónde estoy?

—En la habitación presidencial —contestó él, mientras se vestía con su traje de chaqueta.

—¿Por qué? —preguntó ella, incorporándose en la cama. Se atusó el pelo revuelto.

—Tu cama estaba mojada —contestó él, diciéndole solo la verdad a medias. Había querido tenerla allí, esa había sido la verdadera razón—. ¿Algún problema? —preguntó, al ver que ella

parecía aturdida y preocupada.

Tiffany se limitó a levantar la sábana y mirar su cuerpo desnudo.

—Por favor, dime que me vestiste para traerme aquí.

—Pesas mucho. No quería añadir ni un gramo más.

Cuando le respondió lanzándole puñales con la mirada, él sonrió y le tendió su albornoz como respuesta.

Tiffany se levantó para ponérselo, sin devolverle la sonrisa. Una molesta sensación de rechazo volvió a apoderarse de ella.

—¿Estás bien, draga? —quiso saber él, acercándose para sujetarla de la barbilla y hacer que lo mirara.

Ella torció los labios, sin querer encontrarse con sus ojos.

—Me duele todo el cuerpo.

—¿Quieres que te dé un masaje? —se ofreció él, acariciándole la espalda. Ansiaba mantener el contacto físico con ella, aunque no fuera sexual. Y le preocupaba que ella mostrara tanta resistencia.

—No hace falta. Me daré una ducha y haré mis estiramientos —añadió y, tras darle un fugaz beso en la comisura de los labios, desapareció.

Frunciendo el ceño, Ryzard observó que su relación se había vuelto, de pronto, algo distante. Quizá, era mejor, se dijo. Lo suyo era solo una aventura. No podían permitirse sentimientos más profundos.

Aun así, salió de la habitación con una insistente sensación de opresión en el corazón.

Capítulo 8

Tiffany intentó ignorar que Ryzard estaba enamorado de una mujer muerta y sumergirse en lo que le ofrecía, unas deliciosas relaciones sexuales que aumentaban su autoestima.

Tras tres días en Bregnovia, cada vez se encontraba más a gusto en su propia piel. Él seguía amenazándola con llevarla a actos públicos, pero ella siempre se negaba. En parte, ansiaba que pudieran salir solos como habían hecho en la reunión de Q Virtus.

Sacando del armario un vestido de tirantes de los colores de la puesta de sol, se dijo que esa noche fingiría tener una cita con él. Pensó que, como a todos los hombres, le gustarían las minifaldas y los escotes. Tenía la intención de hacer que se le cayera la baba.

Una hora después, se había dado un toque final de brillo en los labios, que les hacía parecer todavía más carnosos. El vestido dejaba ver la mitad de sus pechos y se le ajustaba a la cintura y a las caderas, tanto que apenas podía andar. El hecho de que sus cicatrices quedaran expuestas por aquel diminuto atuendo no le importó lo más mínimo.

Durante un instante, consideró la posibilidad de aplicarse maquillaje a las cicatrices del cuerpo, igual que había hecho con las de la cara, pero decidió no hacerlo. Ryzard no se fijaría en eso de todos modos. Además, a él le gustaba tal cual era.

Acariciando aquel dulce pensamiento, se dijo que debía tener cuidado. Estaba enamorándose de él. Cuando todo terminara, ¿cómo iba a soportar el dolor de la separación?

Pero no debía sufrir por el futuro, se reprendió a sí misma, sino vivir el presente.

Sin pensarlo más, salió de su habitación en busca de Ryzard. Lo encontró en su despacho, viendo las noticias con gesto sombrío y contenido.

—¿Qué dicen las noticias para que tengas esa cara? —le preguntó ella con tono jovial—. Una mujer hermosa acaba de entrar en tu despacho. Deja esa pantalla y mírame.

Ryzard la agarró de la cintura y la atrajo a su lado. Sus ojos, sin

embargo, parecían dos pozos negros.

—¿Quieres que lo dejemos para después? —dijo una voz en la pantalla.

Tiffany se sobresaltó al darse cuenta de que Ryzard no había estado viendo las noticias. La cara que había en la pantalla estaba hablando con él. Pertenecía a un prestigioso periodista, dedicado a temas de investigación política, que además era amigo de Ryzard.

—Lo siento —se disculpó ella, avergonzada—. No me había dado cuenta de que estaba interrumpiendo una videoconferencia. Dios mío, lo siento —repitió e hizo amago de levantarse para irse, pero él la seguía sujetando con un brazo de acero.

Al mirarlo a los ojos de nuevo, a Tiffany le sorprendió su seriedad. Ni siquiera su metedura de pata lo había hecho sonreír.

—¿Pasa algo malo? —preguntó ella, asustada de pronto.

—El día que estuvimos buceando, teníamos compañía —informó él.

—¿Paparazzi?

—No es grave, Tiffany.

—Claro que es grave —repuso ella—. Si no, tu amigo no te habría llamado para prevenirte. ¿Qué son? ¿Fotos o vídeo?

—Fotos —contestó Ryzard.

—El fotógrafo sabía que yo no las hubiera utilizado para fines sensacionalistas. Por eso, no me las ofreció a mí —explicó el amigo de Ryzard en la pantalla—. Creo que es mejor emplear medidas de urgencia, como te he sugerido, Ryzard. Para desviar el interés de las fotos.

—¿Qué clase de medidas? —preguntó ella, mirando a la pantalla y a Ryzard, presa del pánico.

—De acuerdo —replicó Ryzard—. Nos veremos en Roma —le dijo a su amigo—. Tienes razón, una entrevista cara a cara y en directo le quitará protagonismo a esa basura sensacionalista.

—¡No pienso ponerme delante de una cámara! —gritó Tiffany.

—No —le espetó él—. Pero vendrás conmigo a la entrevista…

Ella meneó la cabeza. Ansiaba salir corriendo y esconderse para siempre.

—Quiero volver a casa —dijo ella. ¿Se habría enterado su padre?, se preguntó, intentando liberarse de la mano de Ryzard, que la sujetaba como si fuera de acero.

—El sol volverá a salir mañana, Tiffany. No se ha muerto nadie.

—Ojalá me hubiera muerto yo. Eso es lo que mis padres estarán pensando.

—No digas eso. Nunca —replicó él. Sujetándola de los brazos, la

zarandeó un poco.

—Mi accidente ha sido lo peor que mi padre ha tenido que tratar con la prensa. Como era más una tragedia que un escándalo, no le influyó negativamente en su campaña, pero de todas maneras fue un espectáculo para los medios de comunicación. Esto no le va a gustar.

—¿Tu padre disfrutó de algún beneficio político porque casi te mueres? —inquirió él con tono feroz.

—¡No era su intención! Solo digo que es así como funcionan estas cosas. Esto tiene que parar. Tengo que irme —insistió ella, dándole otro empujón en el pecho.

—¿Para que te encierres en tu casa? No —negó él con la mandíbula apretada, sin soltarla—. No hemos hecho nada malo.

—Pero pronto seré quemada en la hoguera pública. Y no quiero… —comenzó a decir ella, pero se le quebró la voz. Le dolía la muñeca donde él la estaba agarrando—. En mi casa me siento a salvo, Ryzard. Prefiero estar allí cuando… ¿Tan terribles son? Me refiero a las fotos.

—No pienses en eso —ordenó él—. Si depende de mí, no las verás nunca —añadió con tono helado y lleno de amargura—. Pero no puedo permitir que estés lejos de mí cuando se publiquen. Vas a venir a Roma conmigo, Tiffany.

Ella se contuvo para no responder que tenía todo el derecho del mundo a negarse. Aunque lo cierto era que él parecía preocupado por sus sentimientos. Eso la hizo rendirse.

—De acuerdo.

—Buena chica.

—No tientes a la suerte —le advirtió ella. Cuando él le acarició la mejilla, no se resistió y cerró los ojos.

—Quiero que me des el número privado de tu padre.

—Oh, no, yo lo llamaré —repuso ella, enderezando la espalda.

—No, Tiffany. Esto es culpa mía. Debería haberme preocupado más de protegerte. Debería haberle presentado mis respetos antes de que algo como esto hiciera nuestra primera conversación más desagradable.

—De verdad, yo creo…

—No vas a convencerme, draga. Nos quedaremos aquí hasta que me des su número. Luego, iremos a Roma —señaló él, sin soltarla del brazo.

—Eres increíble —murmuró ella. Con un suspiro de derrota, porque en realidad no quería ser ella quien se enfrentara a su padre, le dio a Ryzard su número privado.

¿Cómo ha podido besar a un ser tan monstruoso?

No debía haberlo buscado en Internet, se dijo Tiffany. Pero había necesitado saber qué estaban diciendo de ella. Era horrible, más que cruel.

Ryzard había salido de la ducha y se la había encontrado con el portátil en el regazo, con los dedos blancos, la garganta seca, los ojos anclados en el suelo.

—¿Por qué lo has hecho? Es autodestructivo y tú no eres así —la había reprendido él, quitándole el portátil de las manos.

El vuelo a Roma fue agotador y en completo silencio. Ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Ella se sentía como una carga. ¿Cómo iba a querer él tener algo que ver con quien lo había hundido en la vergüenza de esa manera?

Debe de ser como acostarse con una piel de serpiente.

Su mente no podía dejar de darle vueltas a los comentarios de la prensa.

Su marido tuvo suerte de morir y no seguir casado con eso.

La entrevista de Ryzard iba a tener lugar en una habitación de hotel, demasiado blanca e iluminada para los ojos cansados y enrojecidos de Tiffany. Ninguno de los dos había dormido esa noche. Se habían quedado unas horas tumbados juntos. Él la había intentado acariciar, pero ella había estado demasiado helada por dentro como para responder. Se había sentido traicionada. Sus padres no la habían llamado, ni siquiera habían respondido al mensaje que los había enviado diciéndoles que estaba disponible, si querían hablar con ella. El único amigo que tenía en ese momento era Ryzard. Pero lo sentía tan lejano que bien podía haberse quedado en Bregnovia y haber enviado en su lugar a un doble de cera.

Tiffany había tenido demasiado miedo como para preguntarle qué pensaba decir. Desde una esquina en la sombra, contempló cómo se sentaba bajo los focos. La entrevista comenzó.

Su padre había hecho miles de entrevistas como esa. Así que a Tiffany no le sorprendió cuando comenzaron desbrozando temas políticos, antes de llegar a la carnaza que realmente buscaban los medios. Ryzard habló con devoción de su país, su deseo de paz y sus planes de prosperidad. Ella esperaba que, al escucharlo, la gente comenzara a tomarlo en serio. Él se lo merecía.

A medida que la entrevista continuaba, Tiffany estaba más y más tensa. ¿No se daban cuenta de que la audiencia estaba esperando que hablaran de ella?

Veinticinco minutos después, al fin, el periodista hizo la

pregunta.

—Han circulado unas fotos tuyas con la rica heredera estadounidense Tiffany Davis. ¿En algo serio?

—Yo me tomo muy en serio que tus colegas más ruines estén haciendo una fortuna con unas fotos que han sido manipuladas con un interés muy claro.

Ryzard era muy amable por intentar defenderla de esa manera, pero las imágenes no habían sido manipuladas. La habían fotografiado tal cual era.

—Quería decir si la relación va en serio —explicó el periodista con una tensa sonrisa.

—Eso es algo que solo nos incumbe a nosotros dos. No aireamos nuestra vida privada —afirmó él con tono implacable.

Tiffany contuvo una risa de amargura. ¿Acaso creía él que lo dejarían escapar tan fácilmente?

—Según mis fuentes, se conocieron en una de las reuniones del club secreto Q Virtus.

«Lo sabía», pensó Tiffany con ganas de llorar. La prensa nunca descansaba hasta sacarle la sangre del todo a su presa.

—Eso es verdad.

—Q Virtus es un club muy exclusivo, ¿me equivoco? ¿Qué puede decirme de él? —inquirió el periodista.

—Estoy seguro de que, si les pregunta en persona, les darán más información de la que yo puedo ofrecerle —contestó él con educación.

«Buena idea», caviló Tiffany, relajándose un poco. La insaciable curiosidad del público se volcaría en el club. Quizá, los telespectadores comenzaran a interesarse por quién más formaba parte de Q Virtus y se olvidarían de su nombre. Pronto, Ryzard y ella serían una noticia pasada de moda.

De hecho, cuando vio la entrevista televisada esa noche, Tiffany se dio cuenta de que, en la despedida del programa, mientras salían los títulos de crédito, la cámara la mostraba dándole la mano al entrevistador. Los tres charlaban en tono amistoso a micrófono cerrado, mientras la pantalla solo mostraba su lado bueno. Tenía el pelo arreglado y estaba bien maquillada. Con un sencillo traje de color marfil, parecía… una mujer normal, incluso bonita.

Ryzard apagó la televisión cuando empezaron los anuncios. Ella se dejó caer sobre la cama del hotel, emocionalmente exhausta.

Ryzard contempló a Tiffany mientras se quitaba la chaqueta y la camisa.

Todavía no podía perdonarse que hubiera pasado algo así. El

capitán de su barco le había advertido de que otra embarcación no identificada había aparecido en el radar, pero él no había hecho caso. Ninguna de sus amantes había suscitado tanta atención en el pasado. Sin embargo, su posición política también había cambiado y, en el presente, estaba en el punto de mira internacional. Para colmo, por ser hija de quien era, Tiffany era perfecta para despertar el apetito de las aves carroñeras de las revistas del corazón.

Los planes que había tenido respecto a Tiffany también estaban cambiando, aunque no había querido hablar de ello en la entrevista. La última vez que había hecho público su vínculo con una mujer, sus enemigos la habían utilizado en su contra y el resultado había sido fatal.

Haber visto a Tiffany destrozada por las palabras de la prensa había despertado su pesadilla de perder a Luiza. De nuevo, se había sentido impotente, presa de la más agónica culpabilidad. Debía haberla protegido mejor. Al menos, debía haber impedido que ella leyera aquellos titulares. La crueldad humana no tenía límites.

Precisamente, su trabajo al frente de su país consistía en erradicar la brutalidad de la guerra de sus fronteras. En cuanto a su vida privada, debía mantenerse al margen de cualquier implicación emocional, para no volver a sentir el mismo dolor que lo había hecho pedazos en el pasado.

No era fácil, cuando Tiffany estaba sentada con la cabeza gacha, con mechones de pelo dorado escapándosele del moño. Parecía en extremo delicada, como una libélula con las alas aplastadas. Cuando la veía así, despertaba en él sentimientos que prefería bloquear. Prefería verla como una joven desafiante y orgullosa, una compañera amistosa en sus juegos sexuales.

Sin embargo, el lado vulnerable de su amante lo asustaba. Le hacía sentirse protector, tanto que le daban ganas de matar al fotógrafo que había reducido su imagen a un sucio objeto de comercio.

Conmocionado por la profundidad de sus sentimientos, intentó quitárselos de la cabeza.

—¿Quieres cenar fuera o en la habitación?

Suspirando, ella levantó la vista hacia él. Su expresión mostraba una mezcla de angustia y desafío.

—Lo primero que he pensado es que no volveré a cenar en público jamás. Pero ¿cómo puedo ser tan cobarde después de lo bien que me has defendido? Nadie más lo ha hecho. No puedo explicarte lo mucho que significa para mí.

Poseído por una extraña sensación de vértigo, Ryzard se perdió

en sus ojos, llenos de indefensión. Ella era capaz de calarle en lo más hondo con aquella mirada, despertando emociones de las que había creído no ser capaz.

—Ya sabes que lo único que no me gusta de tus cicatrices es que sufrieras tanto al hacértelas. Pero las veo como una señal de tu capacidad de superación —admitió él—. Son la prueba de tu fuerza de voluntad, de tu instinto de supervivencia. Quizá tú no te das cuenta, porque luchar forma parte de tu naturaleza, pero no todo el mundo es capaz de encajar un golpe de la vida como el que tú has sufrido, y seguir adelante.

Luiza no había sido capaz, reconoció él para sus adentros con el corazón encogido. Pensar en ella cuando estaba con Tiffany, compararlas, no estaba bien. Aunque apartar a Luiza de su mente le parecía como arrancarse un pedazo de sí mismo, tenía que hacerlo. Las dos mujeres no podían ocupar el mismo espacio dentro de él. Y, en ese momento, Tiffany lo necesitaba.

—Toda mi vida, la gente me ha dicho que era muy guapa, como si eso fuera lo más importante. Tú eres la primera persona que me alaba por cómo soy por dentro. De veras creí que lo había perdido todo al perder mi atractivo.

Mientras que Luiza lo había convertido en el hombre que era con su fe en él, Tiffany lo asediaba con su sinceridad y su vulnerabilidad.

Cuando ella se levantó, se acercó y se puso de puntillas para darle un suave beso en los labios, Ryzard cerró los ojos, entregándose a aquella dulce sensación. En su interior, se dijo que no era adecuado que ella le importara tanto. Sin embargo, en ese momento, ella era lo único que tenía en la mente.

—Gracias por aceptarme como soy.

Así era. Ryzard la aceptaba y la quería de formas que no era capaz de expresar con palabras.

Diablos, pensó. La sensación de infidelidad hacia Luiza desapareció de pronto. A quien tenía que serle fiel era a la mujer que tenía entre los brazos. Tiffany.

Ese descubrimiento le causó tal conmoción que tuvo que apretarla con desesperación contra su pecho, como si temiera desangrarse si no la presionaba contra su corazón herido. Ella le respondió acariciándole el pelo, calmando su oscuridad con algo nuevo y lleno de esperanza.

Dos dedos le recorrían los bordes de la cicatriz. Ella estiró los brazos para tocarlo, sin abrir los ojos, pero solo encontró las sábanas vacías y frías.

—Ya me he duchado y me he vestido, draga —dijo él desde el otro lado de la cama—. Me pediste que te dejara dormir y eso he hecho, pero ahora tenemos que irnos. Tenemos un compromiso para cenar en Zurich.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella, dándose la vuelta. Lo encontró con el pelo todavía húmedo y recién afeitado, impecable con un traje negro y una camisa blanca inmaculada—. Vuelve a la cama.

—Tus padres nos esperan. Ya he aceptado su invitación, pero, si quieres que les envíe nuestras disculpas…

—¿Están en Zurich? —inquirió ella, y se sentó en la cama, tapándose con la sábana como si su padre hubiera entrado en la habitación—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Le propuse quedar cuando le informé de las fotos. Tu padre quería que volvieras a Estados Unidos. Le dije que ibas a acompañarme a Roma y que yo tenía un compromiso en Suiza, pero que nos encantaría encontrarnos con ellos allí.

—Muy neutral —observó ella con ironía—. Eso explica por qué no me han llamado, supongo. Han estado de viaje —dijo, y se levantó desnuda para buscar su teléfono, comprobando con satisfacción cómo él la seguía con la mirada.

Tras encender el aparato, leyó en voz alta el primer mensaje.

—«Estamos con los deHavilland, en Berna». Es el embajador estadounidense. Son amigos de la familia. Nos preguntan dónde vamos a alojarnos.

—En el hotel donde va a celebrarse el banquete. Mi equipo les habrá enviado ya los detalles. Les pediré que amplíen la invitación a los amigos de tus padres —indicó él, y se sacó el móvil del bolsillo.

—¿Banquete? —preguntó ella, perpleja.

—Lo tenía preparado desde hace meses —informó él—. Es una cena benéfica para una organización que se dedica a desactivar minas antipersona y a luchar por que dejen de usarse.

Tiffany se sintió a punto de pisar una de esas minas. Sin embargo, después de todo lo que había pasado, tal vez era hora de dejar atrás su miedo a aparecer en público. Siempre y cuando él estuviera a su lado, todo iría bien. ¿O no?

Capítulo 9

Unas horas después, Tiffany no estaba tan segura. Después de revisar una colección de vestidos, decidió que no tenía sentido seguir intentando disfrazar sus cicatrices y optó por un modelo azul esmeralda que resaltaba sus pechos y caderas.

Decidió fingir ser la misma de antes del accidente, esa joven que tantas veces había encabezado las listas de famosas mejor vestidas en las revistas de moda. Esforzándose por mantener la columna vertebral erguida y echando los hombros hacia atrás con orgullo, entró en el salón. Allí estaba Ryzard, imponente con su esmoquin.

—Sabía que no me decepcionarías —comentó él con una sensual sonrisa llena de aprobación.

Abrumada por su cumplido, Tiffany intentó disimular, haciendo como si buscara algo en su pequeño bolso. ¿Sabía él el efecto que le causaba? ¿Tenía idea de lo desarmada que se sentía a su lado? Tal vez, sí. Ryzard la conocía demasiado bien. Por otra parte, para ella, él seguía siendo un hombre impredecible.

Como si hubiera querido demostrarlo, le tomó la muñeca y le puso un delicado brazalete de platino y marfil, adornado con pequeños y brillantes diamantes.

—Es precioso.

—Cuando la gente se quede mirándolo, puedes decirle que Ryzard te lo regaló. Diles que pienso que eres una princesita malcriada, pero que no cambiaría nada de ti.

—Me estás malacostumbrando —susurró ella con voz emocionada—. No tengo idea de por qué.

—Eres mi musa —le confesó él, dándole un beso en la comisura de los labios.

De camino al vestíbulo, se detuvieron en la suite que Ryzard había reservado para los padres de Tiffany y los embajadores. Su padre la saludó con un fuerte abrazo. Luego, los miró a Ryzard y a ella, como si no supiera por dónde empezar.

Tiffany aprovechó para presentarlos. A continuación, al ver que su madre no estaba, preguntó por ella, sin poder evitar que se le

quebrara la voz.

—Las señoras están en el tocador —informó el embajador, tras besar a Tiffany en las mejillas—. Me alegro de verte, querida. Ryzard, ¿qué bebes tú? Nosotros estamos tomando un whisky.

—¿Te importa si voy a…? —le dijo Tiffany a Ryzard.

—Claro, ve a saludar, pero tenemos que estar en el salón dentro de quince minutos para recibir a los invitados.

—Volveré en cinco —prometió ella, y corrió en busca de su madre, nerviosa y ansiosa por verla.

Siguiendo las voces que salían del tocador, se acercó a la puerta a tiempo para escuchar la voz de Barbara Holbrook.

—¿Se supone que debemos creer que está enamorado de ella? Cualquiera puede ver que la está utilizando para aprovechar nuestra influencia.

—¿Cualquiera menos yo? —preguntó Tiffany, abriendo la puerta de par en par. Se sentía tan ofendida que apenas podía ver.

Ante el espejo, su madre se puso pálida. Antes de que pudiera abrir la boca para defenderse, sin embargo, recorrió a su hija con la mirada con gesto desaprobador.

—Con ese vestido, no vas a estar cómoda.

—Quieres decir que tú no vas a estar cómoda —replicó Tiffany, y se volvió para irse. Había deseado reencontrarse con su madre, recibir su bendición…

—Tiffany Ann —la llamó su madre con tono estridente—. Le ha dicho a tu padre que quiere casarse contigo. Le has conocido hace una semana. ¿Qué quieres que pensemos?

Tiffany volvió a girarse, sorprendida.

—No es verdad.

Su madre le respondió con una altiva mirada. No era la clase de señora que se dignara a discutir sobre qué era cierto y qué no.

—¿Cómo explicas que te invitara a su país? Es obvio que quiere que pensemos que tiene un interés especial en ti. ¿Qué te ha prometido?

Tiffany percibió preocupación en la voz de su madre, pero también temor y un fuerte impulso protector. Entonces, lo comprendió. Su madre creía que estaba siendo utilizada y que estaba demasiado ciega para darse cuenta.

Con toda su alma, deseó poder defender a Ryzard, poder afirmar que la amaba. Pero sabía que no era cierto.

—No me ha hecho ninguna promesa. Me quiere por mi cuerpo. Y es mutuo.

Aturdida, Tiffany se dio media vuelta y se fue. ¿Sería cierto que

Ryzard quería casarse con ella? Si era así, su madre tenía razón. Su motivo no podía ser el amor.

—¿Preparada? —preguntó Ryzard al verla llegar, tras tenderle el brazo—. Nos vemos abajo —les dijo a los otros dos hombres.

—Tiffany —la reprendió la mujer del embajador, que había llegado tras ella—. No puedes hablar así a tu madre. Está muy preocupada por ti, no solo porque te hayas fugado con un extraño, y siento si eso suena descortés —añadió, mirando a Ryzard—. Pero desde…

—Ya. Desde el accidente, he sido una carga para ellos. Es hora de que mi padre y ella me dejen vivir mi vida.

Tiffany deseaba que todos la dejaran en paz para poder lamerse sus heridas en privado. Le dolía que vieran lo irremediablemente enamorada que estaba de ese hombre guapo, encantador y generoso que había levantado su autoestima y se había abierto paso en su corazón. Todo con el propósito de lograr sus intereses políticos.

—¿Desde cuándo eres tan rebelde? —la regañó su padre—. Antes no eras así. Tu madre y yo no entendemos lo que te ha pasado. Es obvio que dejarte trabajar ha supuesto demasiado estrés para ti.

—¿«Dejarme»? —repitió ella, ultrajada.

A su lado, Ryzard la tomó del brazo, calmándola con su contacto.

—Si disculpan la observación de un extraño, todo hijo tiene que dejar el nido en algún momento, hasta los que han recibido un duro golpe y han necesitado a sus padres durante un tiempo. Su hija es adulta. Puede tomar sus propias decisiones.

Acto seguido, Ryzard llevó a su acompañante del brazo hasta el ascensor. En parte, ella comprendió que, incluso aunque la estuviera utilizando, también la estaba ayudando a encontrar su ansiada independencia.

—No puedo hacerlo, Ryzard —murmuró ella con un suspiro entrecortado, mientras esperaban el ascensor. Se refería al banquete, a la velada que tenían por delante, pero él la malinterpretó, pensando que se refería a su familia.

—No te disgustes, draga. Puedes estar segura de que a tus padres solo les mueve el amor. Tu padre me ha hecho todo un interrogatorio. Solo quiere proteger a su pequeña.

—¿Le has dicho que quieres casarte conmigo? —inquirió ella, levantando los ojos hacia él. Su voz estaba vacía de toda vida.

—Cuando lo llamé, me preguntó cuáles eran mis intenciones —admitió él con cara de póquer—. Le dije que eran honradas. ¿Qué

otra cosa podía haberle dicho?

—A mí me dijiste que nuestra relación no podía ser duradera. ¿Cuándo decidiste lo contrario?

Él apartó la vista con un gesto de impaciencia.

—¿Qué es lo que quieres saber en realidad, draga?

—No pensabas casarte, hasta que te diste cuenta de lo útil que podía serte mi padre. ¿Es así?

—Sí —afirmó él sin disculparse, su expresión era dura como el acero.

—Ya te he dicho que no me gusta que me utilicen, Ryzard.

Las puertas del ascensor se abrieron. Sus guardaespaldas lo estaban esperando. Uno de ellos sujetó las puertas para que salieran.

—Necesitamos un momento a solas —les ordenó él.

—No —negó ella, y salió del ascensor, sumergiéndose al instante en un baño de miradas. Volvió la cara hacia Ryzard, para que solo él pudiera ver cómo la torturaba ese escrutinio—. Si me has traído aquí para esto, adelante. Se me da mejor fingir que a ti. Sonríe. Lo único que importa es la apariencia de las cosas.

Colocándose en la cara la sonrisa elegante que había aprendido de su madre, Tiffany se apartó de su alcance.

—¿Dónde debo colocarme en relación al presidente? —le preguntó ella a uno de los relaciones públicas de Ryzard.

Sintiéndose en medio de un campo de minas, Ryzard dio la bienvenida a sus invitados. Sabía que, antes o después, Tiffany estallaría. Aun así, era una mujer con mucha clase y sabía cómo saludar a la gente que le presentaba, manteniendo siempre una impecable compostura.

«Ya te he dicho que no me gusta que me utilicen».

Al recordar sus palabras, Ryzard se encogió. Comprendía muy bien el precio que Tiffany estaba pagando por asistir a aquel banquete. Estaba tan sintonizado con ella que adivinaba sus ganas de salir corriendo y huir de él para siempre. Solo de pensarlo, se sentía aterrorizado.

Debería dejarla marchar, si era lo que ella quería, pero no podría soportar perderla sin haber tenido la oportunidad de explicarse.

Cuando Tiffany había sugerido que a él solo le importaba dar buena imagen, se había equivocado del todo. Ella le importaba y mucho, tanto que le daba vértigo admitirlo.

No tuvieron oportunidad de hablar en privado hasta que bailaron juntos después de la cena. Él se esforzó en no mirarla

demasiado, temiendo excitarse solo de tenerla entre sus brazos. Su instinto le empujaba a arrastrarla a la habitación más cercana y poseerla sin mediar palabra.

—A ti también te pasa —murmuró ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él y, al encontrarse con su mirada, percibió su rabia y su desdén.

—No puedes dejar de mirar a mi madre. Ya te dije que es hermosa.

Ryzard se dio cuenta de que había tenido la vista puesta en una aristocrática figura, rubia y de ojos azules que brillaban como zafiros. La señora Holbrook los contemplaba con intensidad, con los finos labios un poco apretados y mirada inteligente. Su sonrisa era el epítome de la elegancia y sus modales, impecables. A él le había dado las gracias con calidez por haberlos invitado, mientras con los ojos había estado mandándolo al infierno.

—Está a punto de congelarme con la mirada, draga. No aprueba nuestra aventura, ¿verdad?

—Pensé que estábamos prometidos —puntualizó ella con ojos tan heladores como los de su madre.

—Aquí no, Tiffany. No es el momento.

Ella dio un respingo burlón. Al mismo tiempo, se encogió solo un poco, delatando lo herida que se sentía.

—Hablaremos arriba en cuanto pueda escaparme —prometió él.

—Mis padres vuelven a Berna por la mañana. Quieren que los acompañe, así que creo que será mejor que me quede a dormir con ellos…

—Nada de eso —la interrumpió él con la mandíbula apretada. La idea de perderla hacía que todo su cuerpo se rebelara.

—Te indignó mucho que mi padre usara mi accidente para su propio beneficio, pero en cuanto viste la oportunidad de utilizarme por el bien de tu país… —le acusó ella, sus palabras se perdieron en un hilo de voz.

—Ya basta. Yo no me tomo el matrimonio a la ligera. Solo de pensar en casarme contigo siento que estoy rompiendo el juramento que me hice a mí mismo y a una mujer muerta.

Tiffany se quedó paralizada. Él también dejó de moverse, tan conmocionado como ella por lo que acababa de revelar.

—Luiza —murmuró Tiffany con los labios pálidos.

Era un shock escucharla decir el nombre de su amada.

—Da —afirmó él y, con los miembros entumecidos, continuó bailando con ella.

Tiffany estaba bien entrenada para seguir fingiendo a pesar de la

tensión. Continuó bailando, sin dejar de sonreír, mientras le daba vueltas a lo que él acababa de confesarle.

El resto de su vals pasó como en cámara rápida, rodeados de esmóquines, vestidos enjoyados y risas. Cuando regresaron a la mesa, los padres de ella se levantaron para despedirse.

—Adiós, Ryz… —comenzó a decir ella.

—Ni se te ocurra —la interrumpió él.

—Me duele la cabeza —mintió ella—. Quiero irme.

—Entonces, nos iremos. Deja que se lo diga a mi equipo mientras te despides de tus padres.

Segundos después, Ryzard volvió a su lado y la llevó a su habitación.

—No vas a ganar amigos comportándote así —señaló ella, cuando él cerró la puerta de la suite—. Mi padre no te apoyará si sigues secuestrando a su hija.

—Sé que tu padre me odia, pero no dejarás que eso nos separe —replicó él, quitándose la chaqueta del traje y tirándola a una silla —. No toleraré que huyas de mí. Dime a la cara lo que quieras decirme.

Sus palabras llenas de ímpetu y emoción impactaron a Tiffany. Adivinó que era mejor no tomarlo a la ligera y tener cuidado con su respuesta para no herirlo.

Aquel pensamiento la dejó perpleja, pues no había creído tener tanta influencia en sus sentimientos.

El rostro de Ryzard estaba contraído por el dolor.

Ella no sabía qué decir. Pero tenía que hacer algo. No podía soportar verlo sufrir. Sabía que las raíces de su dolor estaban en otra mujer y, aunque hubiera preferido olvidar el tema, necesitaba saber más. Había que examinar una herida antes de decidir cómo curarla.

—Era… —comenzó a decir Tiffany y se aclaró la garganta—. ¿Quieres hablarme de ella?

Ryzard le dio la espalda para servirse una bebida en el mueble bar. Se terminó el vaso de un trago, lo volvió a llenar y sirvió otro para ella. Cuando se lo entregó, su expresión parecía distante, aunque cargada de emoción.

—¿Estabais casados? —inquirió ella en un tenso susurro. ¿La había amado?, pensó, pero esa pregunta no se atrevió a hacerla.

—Prometidos —contestó él—. Ella quería centrarse en ganar la guerra, no en planear la boda. Era una luchadora, una idealista, muy apasionada e inteligente. La conocí cuando volví para el funeral de mi madre. Yo estaba fuera de mí, ansiaba vengar su

muerte. Luiza me ofreció consuelo y me ayudó a darle sentido a mi lucha.

—Dijiste que era un icono de tu país, que todo el mundo la reverenciaba. ¿Qué pasó?

—La capturaron para utilizarla como chantaje para acabar conmigo —repuso él tras dar un largo trago a su vaso—. Ella se quitó la vida.

Horrorizada, Tiffany se quedó mirando a Ryzard, consciente de que no había palabras que pudieran compensarlo por su pérdida.

—Lo siento mucho —musitó ella, y alargó la mano para tocarlo.

Él se apartó.

—No tiene remedio. Los dos sabemos que la muerte no puede cambiarse.

—No —dijo ella con la cabeza gacha—. Solo puedes aprender a vivir con las consecuencias. Y preservar su recuerdo —añadió, sintiendo un agujero en el pecho—. Eso es lo que tú quieres hacer, ¿no es así? Por eso harás cualquier cosa para llevar la paz a Bregnovia. Lo haces por ella.

—No soy el único que ha perdido a un ser querido. Quiero hacerlo por todo mi pueblo.

Tiffany tragó saliva. Sufría por él, aunque al mismo tiempo ansiaba poder consolarlo. Tal vez, la estaba utilizando, sin embargo, su objetivo era noble. Y ella lo amaba demasiado para negarle lo que necesitaba.

Lo amaba.

Mirando al suelo, trató de asimilar el dolor agridulce que le latía en las venas. En parte, le parecía ridículo sentir algo tan intenso por un hombre al que acababa de conocer.

Sin embargo, cuando comparaba sus sentimientos con los que le había profesado a Paulie, de amistad y afecto, sabía que esa era una cara mucho más profunda y peligrosa del amor. Una extraña fuerza hacía que sus necesidades fueran secundarias al lado de las del ser amado.

—Me dije que, si no podía casarme con Luiza, no me casaría con nadie —continuó él y, tras dejar el vaso vacío en la mesa, se metió las manos en los bolsillos—. Luego, te conocí a ti.

Y se dio cuenta de lo útil que podía serle, pensó Tiffany.

—Lo entiendo.

—¿Sí? Pues yo no. No había hecho voto de celibato. Soy un hombre y me di a mí mismo el permiso para tener aventuras. Eso debería haber bastado. Con el resto de las mujeres que he conocido, siempre fue suficiente.

A Tiffany se le encogió el corazón, al querer ver más allá de sus palabras y abrirle un camino a la esperanza. Pero él le había ofrecido mucho más de lo que ella había soñado. ¿Por qué sufría por no poder tener todavía más?

—Entiendo que tienes que pensar en los intereses de tu país. Has sido muy amable y comprensivo conmigo…

—Cállate, Tiffany. Me dije a mí mismo que te estaba metiendo en la cama presidencial porque le convenía a mi país, pero me estaba engañando. ¿Crees que sería capaz de utilizarte después de que Luiza fuera usada como un peón contra mí? Claro que no. Sin embargo, no puedo dejar que la expulses de mi corazón, eso sería una traición.

Tiffany adivinó la lucha de sentimientos contradictorios que Ryzard libraba en su interior. Amarla significaría para él convivir con un profundo sentimiento de culpabilidad. Al comprenderlo, tomó aliento, sintiéndose sin aire en los pulmones.

—Pero cada vez que hablas de volver a tu casa, empiezo a pensar en cómo retenerte. Me gustaría atarte a la cama con unas esposas aquí y aquí —indicó él, señalándose su propia muñeca y la de ella.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Para ser un hombre tan bien educado y sofisticado, eres un bruto. ¿Lo sabes? —replicó ella, intentando rendirse como una tonta a su declaración de posesión.

—Tus padres tienen todo el derecho a sospechar de mí. Pero quiero que tú sepas que mis intenciones hacia ti no son deshonestas —aclaró él.

—No espero que me quieras, Ryzard —confesó ella con voz temblorosa—. Aunque sí te pido sinceridad. Si solo estás conmigo por mi padre, por favor, dímelo y yo…

—No puedo creer que vaya a decir esto, pero a veces desearía que hubieras tenido otros amantes para que apreciaras más lo que hay entre tú y yo.

—Bueno, tal vez siga tu consejo.

Ryzard la detuvo cuando ella había dado dos pasos hacia la puerta.

—¡Bruto! ¡Me haces daño! —protestó ella, mientras él la llevaba a hombros hacia el dormitorio.

—Yo también te pido sinceridad, Tiffany. Si me mientes, tendré que darte unos azotes, te lo advierto —dijo él, y la depositó sobre la cama.

—Tengo miedo —gritó ella, incorporándose—. Me asusta cómo

me haces sentir. Me aterroriza que dejes de desearme. No sé cómo afrontar lo mucho que significas para mí, ni lo mal que me sentiré cuando esto termine.

—No puedo imaginarme que sucediera eso.

—Si esto es solo una aventura…

Tiffany se interrumpió, distraída por el fuerte cuerpo de él, que se tumbó encima de ella. Su gesto de autoridad y sus ojos llenos de ternura la derritieron.

—Esto es más que una aventura —insistió él.

Su afirmación no disipó los temores de Tiffany. No tenía mucha experiencia con las relaciones, aunque adivinaba que todo se basaba en la confianza. Y, mientras ansiaba poder creer en Ryzard, su verdadero problema era que no tenía fe en sí misma.

—¿Ahora qué? —preguntó ella, acariciándole los labios con la punta del dedo.

—Tengo que participar en algunos actos públicos. Me gustaría que me acompañaras. ¿Lo harás?

Aunque ella quería negarse, sabía que eso significaría el final. Y no estaba preparada para decirle adiós. Así que dijo lo único que podía decir.

—Claro.

Capítulo 10

A pesar de que Tiffany había aceptado acompañarlo y a pesar de la pasión que ardía entre ambos, ella cada vez se mostraba más distante y menos alegre.

Ryzard sabía que la estaba obligando a representar el mismo papel que su madre representaba con su padre. Pero no podía evitarlo. Era una gran oportunidad y ella era perfecta para ese rol. Era capaz de hacerse presente cuando era necesaria y pasar a un discreto segundo plano el resto del tiempo. Cada vez que él le preguntaba, siempre le aseguraba que estaba bien.

Ryzard sabía que no era así.

A pesar de ello, Tiffany sonreía siempre, ignorando las miradas de curiosidad hacia sus cicatrices. Con calma y concisión, solía explicar que se debían a un accidente de coche y cambiaba de tema. Su calidez lograba disimular el hecho de que era una experta en mantener las distancias.

Habían viajado a Budapest para asistir a una conferencia internacional cuando, en la fiesta de despedida, a Ryzard le sorprendió verla estrechándole ambas manos a un desconocido. Por primera vez el rostro de ella había perdido su fría máscara y parecía más humano. El otro hombre tenía unos cincuenta años y Tiffany lo miraba a los ojos con intensidad.

Invadido por un fiero instinto de posesión, Ryzard se excusó con sus colegas y se acercó a ellos. Ambos se pusieron tensos al verlo y bajaron la vista.

—Ryzard, este es Stanley Griffin, ministro de comercio internacional de Canadá. Es el primo de mi difunto marido.

Sin demasiada sutileza, Ryzard aprovechó la presentación para tomar de la mano a Tiffany. Habló con el ministro sobre su deseo de participar en la política internacional, para lo que, primero, necesitaba el reconocimiento de su país. De paso, le preguntó si podía transmitirle su mensaje al primer ministro de Canadá.

Stanley le aseguró que así lo haría y, al despedirse, se dirigió a Tiffany.

—Estaremos en contacto.

Una molesta sensación de celos atormentó a Ryzard durante el resto de la velada.

—Parecías muy amiga de ese canadiense —comentó él, cuando estaban desvistiéndose en la habitación de hotel.

—Estuvo en mi boda. No le recordaba, si te soy sincera, pero él a mí sí. Empezó a contarme que Paulie había pasado muchos veranos en su casa cuando eran niños y que lo echaba de menos. Creí que los dos íbamos a… —dijo ella y se interrumpió, llevándose la mano a la boca.

Conmovido por su dolor, él la agarró de los hombros para consolarla.

—Shh. No hables de él.

Ella le apartó las manos con violencia, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

—Ah, vaya. ¿Por qué no puedo hablar de mi marido? Luiza está entre nosotros cada vez que nos desnudamos —indicó ella, clavándole un dedo en el pecho.

Su hostilidad tomó a Ryzard por sorpresa. Se contuvo para no responder que las cicatrices de ella también eran un recordatorio de que había tenido otra vida antes de conocerlo.

—No he dicho que no puedas hablar de él. Solo lo he dicho porque pensé que te hacía daño —acertó a decir él, forzándose a sonar civilizado.

—Sí, ya, si ese es el criterio a seguir, hay muchas cosas que yo debería dejar de hacer —le espetó ella con una carcajada de amargura.

Era mejor no preguntar, se dijo Ryzard. Sin embargo, la tensión que existía entre ellos era demasiado evidente como para seguir ignorándola. Hacía unas semanas, Tiffany ni siquiera se había atrevido a ir a la frutería. En el presente, estaba representando un papel público ante todo el mundo.

—No te gusta participar en la vida pública. Lo entiendo —señaló él. Se quitó el cinturón y lo tiró al suelo, furioso consigo mismo por haber ignorado a propósito lo que estaba dañando su relación.

—Stanley me ha dicho que la madre de Paulie siempre había estado celosa de mi madre porque lo tenía todo, pero al menos Maude ha tenido privacidad. Entonces, yo me pregunté qué estoy haciendo aquí —admitió ella, levantando las manos en un gesto de impotencia.

—Tiffany, se te dan bien las relaciones públicas.

—Se me da bien el sexo. ¿Debería hacerlo con cualquiera que

me lo pida?

—Como te he dicho… —murmuró él con la mandíbula tensa—. No deberías hacer nada que no te haga disfrutar.

La expresión fiera de él se desvaneció cuando la vio derrumbarse en una silla con la cabeza entre las manos, derrotada.

—Lo siento. No sirve de nada discutir. Al final, me sigues necesitando a tu lado.

—Quiero que estés a mi lado, Tiffany. No te necesito. Conseguiré los dos tercios de votos que necesito de las Naciones Unidas con o sin ti.

Ella levantó la cabeza y se quedó mirándolo.

—Eso me deja claro el lugar que ocupo.

—Quiero decir que no tienes por qué participar, si no quieres —explicó él, aturdido por el tono helado de Tiffany—. Podemos seguir juntos de todos modos. Eso no cambia nada.

—Lo cambia todo, Ryzard. ¿Qué quieres que haga? ¿Sentarme en tu palacio esperando a que vuelvas? ¿Seguirte a todas partes, pero sin mostrarme en público? Eso sería como volver a recluirme. Si tú… —comenzó a decir y se interrumpió un momento, bajando la mirada—. Si nos amáramos, todo sería diferente.

Ryzard se quedó callado. Arrancar su corazón de la tumba de Luiza era algo imposible. Allí, al menos, estaba a salvo de sufrir otra pérdida.

El silencio se apoderó de la habitación como una densa niebla.

—Pensé que mi vida había terminado, que nunca podría tener marido e hijos. Incluso lo acepté con resignación y pensé cómo podía llenar mi vida con otras cosas. Podría vivir sin casarme y sin hijos contigo, Ryzard. Pero fuiste tú quien me convenció de que no debo conformarme con menos de lo que deseo.

Ryzard apretó los puños, tratando de controlar el dolor que partía su pecho en dos. Ella se merecía ser amada. Si no era capaz de entregarse a ella por completo, debía dejarla marchar.

—Es hora de que vuelva a casa —dijo ella, hundida y derrotada.

Ryzard asintió. Un nudo de angustia en la garganta le impidió decir palabra.

—Iré a hacer los preparativos —informó ella en un susurro, se puso en pie y salió corriendo de la habitación.

Cuando Ryzard no pudo resistirlo más, se fue a buscarla, pero se encontró con una puerta cerrada con llave. Podía oírla llorar al otro lado, aunque no llamó. Él también estaba al borde de las lágrimas.

De regreso a su habitación, se pasó toda la larga noche despierto, rezando para que Tiffany volviera a él.

Capítulo 11

Barbara Holbrook quería saber qué había pasado exactamente.

—Mamá —protestó Tiffany, sintiéndose acorralada—. Soy muy mayor para que te preocupes tanto por mí. Ha sido solo un enamoramiento pasajero, nada más.

Eso era lo que ella se decía a sí misma. Era menos doloroso que afrontar todo lo que había compartido con Ryzard.

—¿Vas a volver a verlo?

—¿Por qué? Estoy cansada de que todo lo que haga sea examinado con lupa, mamá —replicó ella—. Debo seguir con mi vida. Es hora de que empiece a ir a trabajar.

Su madre la miró confusa.

—Pero si vas todos los días.

—No me refiero al despacho que tengo en casa, sino a las oficinas centrales. En la ciudad.

—¿Qué? ¿Cuándo? —preguntó Chris, sorprendido.

—¿Estás segura de que estás preparada? —inquirió su madre con preocupación.

Tiffany comprendió emocionada lo mucho que la quería su familia. Sabía que estaban a su lado para apoyarla y que nunca la abandonarían.

—Sois maravillosos. Os quiero —dijo ella. En silencio, le dio las gracias también a Ryzard, pues había sido él quien la había ayudado a verse a sí misma como una adulta independiente—. Me iré a Nueva York y me quedaré en el piso de la compañía hasta que encuentre casa.

Su madre puso el grito en el cielo, pero eso no la hizo titubear.

El lunes siguiente, entró por la puerta de Davis y Holbrook con manos sudorosas y unas enormes gafas de sol que le cubrían casi toda la cara. El jueves, ya no la miraban con tanta extrañeza. El viernes, la interrumpió un mensajero para entregarle un ramo de flores.

—Vaya —dijo ella, admirada por el precioso regalo. El corazón se le aceleró al instante—. ¿Quién lo manda?

—No lo sé, señora —contestó el mensajero uniformado, señalándose el logotipo de Q Virtus que llevaba en el bolsillo de la camisa—. Trabajo para ellos. Lo único que hago es recoger los paquetes y entregarlos en su destino.

—Ah. Entonces, ¿me lo envía Q Virtus? —preguntó ella, un poco decepcionada.

—Si es así, tendrá una tarjeta de Zeus. Si no la tiene, supongo que será de uno de sus miembros, pero no lo sé seguro —comentó el mensajero, encogiéndose de hombros.

Ella le dio una generosa propina, antes de oler el ramo. Al inspirar su fragancia, se sintió un poco más cerca de Ryzard. Sin duda, era la forma en que él quería felicitarla por haber tenido el valor de ir a la oficina en persona. ¿Cómo podía ser tan tierno y no amarla, ni un poco?

Luiza, se dijo a sí misma. No podía competir con una mujer que había demostrado tanto valor, pensó, acongojada.

Tratando de seguir adelante con su vida, se dedicó a buscar una casa nueva en Nueva York. Y encontró una a su medida, con excelentes vistas a Central Park. Según su madre, era perfecta para celebrar fiestas.

—No es así como imaginé que sería tu vida —comentó Barbara, dándole un trago a su bebida, en un sillón blanco a juego con el resto del salón. Había ido a visitar a su hija y a conocer su casa nueva.

—Supongo que habría terminado viviendo sola de todas maneras —reconoció Tiffany, preparándose para el impacto que podía causar su confesión—. No quería a Paulie. Nuestro matrimonio no habría durado mucho.

—Lo sé —dijo Barbara con un suspiro.

—¿Lo sabías?

—Al verte con el tipo de Bregnovia, comprendí que estabas dispuesta a cualquier cosa por él. Entonces, supe que Paulie y tú no habríais llegado lejos. Siento no haberme dado cuenta en su momento, pero vuestra alianza me parecía tan conveniente…

—Sí, bueno —repuso Tiffany con una amarga carcajada—. Mi relación con Ryzard era todavía más conveniente para él. En eso tenías razón, mamá.

—¿De veras? Parece preocuparse mucho por ti.

—Creo que es su naturaleza. Me apoyó siempre y me ayudó a sentirme bien conmigo misma. Pero, cuando llegó el momento, me comunicó que no me necesitaba ni a mí ni a mis contactos —confesó Tiffany y, con voz quebrada, añadió—: Él no me quiere.

—Tú sí lo quieres a él.

Con los ojos empañados, Tiffany agradeció el contacto de su madre, que le daba la mano como tantas veces había hecho durante su recuperación.

—Ahora me dirás que hay muchos peces en el mar, ¿verdad? —adivinó ella, mirando a su madre con una débil sonrisa.

—Me gustaría, pero no. La verdad es que pocos merecen ser pescados —opinó su madre, apretando la mano de su hija—. Me encanta verte sonreír.

Tiffany no sonreía mucho esos días. Cada vez que tenía un rato libre, se encontraba a sí misma pensando en Ryzard o buscando las últimas noticias sobre su país en Internet.

Al día siguiente, precisamente, se enteró de que, hacía dos horas, había tenido lugar una explosión en una mina de carbón en Bregnovia. Docenas de personas estaban desaparecidas.

Sin pensárselo, llamó a su secretaria.

Era un duro golpe para un país que apenas comenzaba a levantar cabeza después de una guerra. No había tiempo para culpar a los hados, ni para quejarse. Todos se habían lanzado a ayudar, buscando supervivientes entre los escombros. Estaba oscureciendo y la gente empezaba a perder las esperanzas. Los heridos más graves habían sido evacuados en el avión que Ryzard había podido encontrar con tan poco tiempo de antelación.

Cuando vio acercarse a tres helicópteros de la Cruz Roja en el horizonte, hizo una seña a uno de sus hombres para que los recibiera y les diera instrucciones. Sin perder tiempo, continuó con lo que había estado haciendo.

Dieciséis horas después, Ryzard estaba hundido en escombros hasta las rodillas, aturdido y muerto de cansancio. De pronto, le pareció ver algo que captó su atención. Una mujer con vaqueros ajustados, botas altas, chaqueta de cuero y el pelo rubio recogido en una cola de caballo asentía mientras hablaba con alguien del equipo de búsqueda.

Convencido de que estaba empezando a ver visiones, se acercó y agarró al supuesto espejismo del brazo. Sorprendido, se dio cuenta de que era una persona de carne y hueso.

—Eres de verdad.

Ella sonrió, tocándole la mejilla con dulzura, inundándolo con su calor.

—Ningún país puede estar equipado para atender a tantos heridos con quemaduras. Espero que no te importe, pero he organizado a mi equipo para enviar a las víctimas y a sus familias a

otros lugares, donde puedan atenderlas.

Incapaz de hablar, Ryzard se limitó a apretarla contra su pecho. Cerrando los ojos, inspiró el aroma de su pelo.

Tiffany le acarició la espalda, percibiendo su frío y el temblor de sus músculos.

—Ven conmigo —le urgió ella y lo arrastró de la mano a la tienda de campaña donde había café y mantas.

Al llegar allí, Ryzard tomó asiento y sentó a Tiffany en su regazo, sin dejar de abrazarla.

—Tienes que dormir —insistió ella.

Él contestó algo en bregnoviano con la voz rota por el agotamiento, pero no la soltó. Mantenía la cabeza de ella apretada contra su pecho.

—Necesitas descansar un poco. Ni siquiera puedes hablar en inglés —dijo ella, e intentó levantarse.

—No te vayas —rogó él, rodeándola con sus brazos.

Tiffany, cansada del viaje y las horas que había estado ayudando, se relajó y dejó que el sueño la envolviera. Poco después, la despertó el jaleo de su alrededor. Habían sido hallados más supervivientes y había que organizar su traslado. Con cuidado, se liberó de los tentáculos que la abrazaban y se levantó.

Ryzard se despertó creyendo que había sido un sueño, pero al ver la chaqueta de ella sobre su pecho, supo que no estaba loco. Tiffany estaba allí.

La encontró hablando con la mujer de un minero, cuyo esposo estaba siendo trasladado en helicóptero. Juntos, la tranquilizaron y le aseguraron que se reuniría con su esposo en París al día siguiente.

Poco a poco, la situación se fue calmando. Todos los heridos habían sido enviados a lugares donde pudieran ocuparse de ellos.

—No puedo agradecértelo lo bastante —le dijo Ryzard.

—Cuando eres parte de un club, se supone que tienes que ayudar a tus compañeros cuando lo necesitan, ¿no es así? —repuso ella, quitándole importancia.

—Espero que tus motivos no hayan sido tan superficiales. Quiero que vengas a Gizela conmigo.

Antes de que ella pudiera contestar, Ryzard hizo una seña a su chófer, que lo estaba esperando con un cuatro por cuatro. Por nada del mundo estaba dispuesto a aceptar un «no» por respuesta. En camino hacia la capital, los dos cayeron rendidos, abrazados.

El palacio había sido restaurado y ya no tenía impactos de bala en la fachada. Al entrar, a Tiffany le resultó más acogedor que la

vez anterior que había estado allí. Siguió a Ryzard a la planta de arriba, donde los dos se separaron para darse una ducha. Habían quedado una hora después, para acudir juntos al saludo de la bandera.

Cuando volvieron a encontrarse, él llevaba un traje negro y su fajín presidencial. Ella se había puesto una falda blanca y una chaqueta de lana a juego.

—No tienes por qué acompañarme, si no quieres —dijo él.

Por un momento, Tiffany titubeó. ¿Lo decía porque no la necesitaba? Sin embargo, al mirarlo a los ojos comprendió que no era así. La contemplaba como si fuera un tesoro.

—Quiero hacerlo.

Fuera, la bandera ondeaba radiante en sus colores verde y azul, mientras el presidente pronunciaba su discurso.

Una explosión de aplausos los hizo girarse hacia las puertas de palacio. Había mucha gente, más que la otra vez, cientos. Tiffany sonrió llena de orgullo.

—Tu predecesor no se habría estropeado las manos para rescatar a los mineros atrapados —le susurró ella y, de forma instintiva, le agarró una mano llena de cortes y rozaduras y se la llevó a los labios.

Los vítores del público se multiplicaron.

—Lo siento. No me he dado cuenta —se disculpó ella, soltándolo de golpe.

—Han venido a verte a ti también. Saben lo que has hecho por nosotros —señaló él, e hizo un gesto hacia ella delante de la multitud, inclinando la cabeza como reverencia.

Su gente reaccionó con pasión, ondeando banderas y levantando a los niños para que lo vieran.

—Te están dando las gracias, Tiffany —afirmó él y, llevándose la mano de ella a los labios, la besó.

Se quedaron allí largo rato con las manos entrelazadas, saludando a los asistentes. La multitud no se dispersó hasta que su presidente y Tiffany entraron en palacio.

—¿Estás llorando? —preguntó él, cuando estuvieron a solas en el despacho presidencial.

—Ha sido muy emocionante. No lo esperaba. Pensé que me consideraban una intrusa —reconoció ella, posando los ojos en el retrato de Luiza.

—Siento que te hayas sentido así —dijo él—. Pero intenta entender lo que ella significaba para mí. Me mostró que Bregnovia es mi hogar. Después de la muerte de mis padres, su amor me

ayudó a no perder mi humanidad y darle sentido a mi lucha.

Tiffany lo comprendía. Y no podía más que estar agradecida a la mujer que había mantenido su alma intacta a pesar de los horrores de la guerra.

—Yo también la admiro —acertó a decir ella al fin—. Me hubiera gustado conocerla. Tenía mucha fuerza de voluntad. Yo no habría tenido el valor de hacer lo que ella.

—Valor, dices. Cuando yo te miro, para mí eres la imagen del coraje, Tiffany. La tragedia te ha marcado con sus cicatrices, aunque no por eso has dejado de ser bella. Eres fuerte y determinada como pocas personas que yo conozca —afirmó él—. No me gusta compararos. Sin embargo, tienes razón cuando dices que Luiza y tú sois muy diferentes. Tú nunca te habrías suicidado. Habrías luchado con toda tu alma hasta que yo hubiera podido rescatarte. Tú sí que eres valiente —añadió, y le acarició el rostro con una mirada de profundo arrepentimiento—. Cuando te dejé marchar, podías haberte escondido en tu agujero de nuevo. Sin embargo, cuando continuaste con tu vida sin mí, me sentí orgulloso de ti.

Tiffany bajó la vista, conmovida.

—Gracias por las flores.

—Eran para disculparme. Quería ir a buscarte, pero debía cumplir con mi deber primero. Ahora ya está hecho. Pronto haré el anuncio oficial de que ya tengo los votos necesarios para que nuestro país obtenga el reconocimiento internacional.

—¡Oh, es maravilloso! —exclamó ella con auténtica alegría. Al mismo tiempo, se preguntó para qué había querido ir a buscarla…

—Ya era hora de que mi país recibiera buenas noticias. También significa que lo peor ha pasado. He decidido no presentarme a las próximas elecciones. ¿Querrías pasar conmigo dos años más en la vida pública, sabiendo que será solo temporal?

—¿Qué? —dijo ella, sin poder creérselo. De ninguna manera quería ser un obstáculo para él—. Ryzard, tú eres Bregnovia. Tu país apenas acaba de levantarse. No podría perdonármelo si la estabilidad por la que tanto has luchado se derrumbara.

—Es que no quiero esperar más tiempo para casarme contigo, draga. Te necesito.

—¿Sí? —preguntó ella, sin aliento—. ¿Quieres casarte conmigo? ¿Por qué?

—Porque nos queremos —señaló él, mirándola con ojos expectantes.

—Yo te quiero con todo mi ser, Ryzard. Me odiaba a mí misma porque mi amor no hubiera bastado para mantenernos juntos.

—No debería haberte hecho creer que todo dependía de ti —admitió él, sujetándola entre sus brazos—. Te amo con toda mi alma. Soy solo tuyo.

Por primera vez en mucho tiempo, ella se sintió satisfecha, feliz, llena de esperanza.

Antes de que sus besos subieran más la temperatura, la pareja se retiró al dormitorio presidencial. Allí, Ryzard descolgó la foto de Luiza de la pared y la llevó al salón. Cuando regresó, se encontró a Tiffany sentada en la cama.

—Hay algo más que tenemos que hablar antes que nada.

—¿Qué? —inquirió él.

—Hijos.

—Quiero, al menos, dos.

—Yo iba a decir seis. Cobarde.

—Qué ambiciosa. De acuerdo —aceptó él, sonriendo—. No sabes cuánto te he echado de menos.

Y ella se lanzó a sus brazos.

Epílogo

El cielo color índigo de Zanzíbar estaba plagado de estrellas.

—Nunca había visto algo así… —murmuró ella, maravillada. Mientras, la pista de baile se llenaba con los asistentes al encuentro de Q Virtus.

Cuando una camarera pasó con una bandeja, Tiffany rechazó su ofrecimiento.

—Allí hay helado de coco. No tiene alcohol —indicó él.

Todavía no habían hecho oficial su estado, ya que solo llevaban un día casados. Aunque habían dejado de usar protección hacía semanas. Ella estaba segura de su embarazo. Los dos estaban flotando de felicidad.

—Vamos, decídete y toma uno si quieres, o nos perderemos los fuegos artificiales.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Tiffany tomó dos vasos de helado y le tendió uno a su marido, mientras apoyaba la cabeza en su hombro. Rodeándola de la cintura con un brazo, él la llevó a la barandilla con vistas al océano Índico.

—Yo veo fuegos artificiales todas las noches. Soy una consentida.

—Sí que lo eres —repuso él, y le robó un poco de helado con la cucharilla—. Igual que yo.

—Umm. Hemos venido al lugar adecuado. Somos unos privilegiados, ¿no te parece?

Ryzard la tomó entre sus brazos y la miró a los ojos.

—Siempre que esté contigo, estaré en el sitio adecuado.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

